

Francesca Duran



Mi
Doctor ideal
romance y placer

MI DOCTOR IDEAL

Romance y placer

FRANCESCA DURAN

ÍNDICE

1. [Peters](#)
 2. [Beatriz](#)
 3. [Peters](#)
 4. [Beatriz](#)
 5. [Peters](#)
 6. [Beatriz](#)
 7. [Peters](#)
 8. [Beatriz](#)
 9. [Peters](#)
 10. [Beatriz](#)
 11. [Peters](#)
 12. [Beatriz](#)
 13. [Peters](#)
 14. [Beatriz](#)
 15. [Peters](#)
 16. [Beatriz](#)
 17. [Peters](#)
 18. [Beatriz](#)
 19. [Peters](#)
 20. [Beatriz](#)
 21. [Peters](#)
 22. [Beatriz](#)
 23. [Peters](#)
 24. [Beatriz](#)
 25. [Peters](#)
- [Epilogo](#)

Título: Mi doctor ideal
Copyright © 2020 Francesca Duran
Registro de la Propiedad Intelectual
Segunda Edición
Cubierta: Imagen utilizada con licencia Depositphotos

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

I
PETERS

“V a a ser malo”, sonreí y miré a mi amigo más cercano, Jackson. “¿Estás listo para esta mierda esta noche?”

Él resopló y extendió la mano para frotarse el puente de la nariz. La arrogancia en sus ojos era casi demasiada, pero reflejaba la mía, sin duda.

“Solo espero que estos otros tipos que traes del hospital no arruinen el flujo”. Él miró en mi dirección y sonrió. “Recuerdas cómo hacer esto, ¿verdad?”

“¿Conseguir una mujer?”, reí entre dientes y asentí con la cabeza al gorila en la parte delantera del club de striptease. “Es lo que hago cuando no estoy salvando vidas. Eres tú quien podría necesitar quitarse el polvo de encima mi amigo”.

“Cállate, imbécil”. Me metió un golpe en el pecho con el dorso de la mano e hizo una línea recta hacia el bar.

Me detuve y eché un vistazo a la habitación oscura. Las luces perfectas iluminaban a la clientela que llenaba el lugar. La música de jazz sexy bombea desde los potentes altavoces, y la máquina de niebla estaba en plena labor.

“Por aquí, hombre”. Freddy, uno de mis residentes favoritos de St. Marks me hizo señas. “Te guardamos un asiento y te conseguimos un regalo”.

Puse los ojos en blanco mientras extendía su mano con su grueso dedo envuelto alrededor de un fajo de billetes de un dólar.

“¿Crees que el tipo de mujer que me planeo follar esta noche en el baño quedará impresionada con billetes tan pequeños?”, dije arrogantemente.

“Oh, mierda”. Darek, uno de los cirujanos con los que trabajé, me echó una mirada. “Por favor dime que estás bromeando. ¿Sabes cuántos gérmenes hay en un baño?”

Cogí unos snacks y agarré una cerveza del cubo que había en el centro de la mesa. “Me aseguraré de sanitizar mi pene antes y después. ¿Suena bien?”

La mesa estalló en carcajadas, y la tensión en mi pecho se liberó. Estaba con amigos y sería acosado por mujeres que, sin lugar a dudas, sabían llegar a un hombre. Todo era perfecto.

“¿Dónde está Samuel?”, pregunté echando un vistazo hacia la barra para ver a Jackson coqueteando con la bartender. Él siempre tenía que ir detrás de la chica más desafiante en la sala. Era casi un juego para él.

“Sabes que a Leticia no le gusta que vaya a un bar de tetas, se irá a casa pronto”, dijo Freddy acercándose y agarrando la parte posterior de mi hombro, apretando con fuerza mientras se inclinaba y susurraba. “Solo no digas que lo dije”.

Negué con la cabeza. “Tranquilo”.

“¿Has visto a Leticia?”, preguntó.

“Sí, es hermosa, pero aun así”, tomé un largo trago de mi cerveza. “Es un problema. No vale la pena el esfuerzo”.

“Para ti nadie vale la pena”. Darek miró por encima del hombro y sonrió. “Ahora, adelante. Hicimos una apuesta sobre a quién elegirías esta noche”.

“¿Ya vieron a las chicas?”, me volví hacia mis amigos y sonreí.

“No, pero tienes un tipo”. Freddy se movió a mi alrededor y agitó su mano haciendo un gesto a Jackson para que se acercara. Mi mejor amigo era el único de mis amigos que no estaba en el campo de la medicina.

“No tengo un tipo”, agregué mientras tomaba otro sorbo de mi cerveza y vi que mi mentor, Samuel Ficher, cruzaba la puerta del club.

“Seguro lo tienes”, dijo Darek con una gran sonrisa. “Tiene que estar viva y tener más plástico que una empresa embotelladora”.

“A la mierda con ustedes”, balbuceé riendo. Volteé y caminé hacia Samuel. Él asintió con la cabeza hacia mi mano con la cerveza.

“¿Eso para mí?”, preguntó.

Sonreí. “No tienes tanta suerte”. Extendí mi mano hacia él. “¿Traes a Leti contigo?”

Se rió entre dientes. “No, y no me quedaré. Solo quería pasar y decirte que estoy aquí si me necesitas”.

“¿Aquí? ¿Aquí en la barra de tetas? Esto no se ajusta a tu estilo, viejo”.

Él agarró mi mano con fuerza mientras una sonrisa aparecía en la comisura de su boca. “Haz que me sienta orgulloso de ti en Boston Gen, ¿de acuerdo? Haz lo que tengas que hacer y regresa a St. Marks”.

Le estreché la mano y asentí. “Siento que estoy a punto de volar al espacio. ¿Quieres que dé un breve discurso o algo así?”

“No, engreído bastardo”. Soltó mi mano y palmeó mi pecho mientras sus ojos se oscurecían un poco. No había nadie a quien respetara más que a Samuel. Era un dios en la sala de operaciones, era brillante con su técnica y preciso con su habilidad. Todos en St. Marks querían ser Samuel Ficher, incluso yo.

Algún día lo sería.

“¿Algo más?”, pregunté mientras envolvía sus dedos alrededor de mi cuello como lo había hecho cientos de veces. El hombre era como un hermano mayor para mí. Yo quería su aprobación, y la tenía.

“Sí. No te metas con mi hermana. Ha pasado por muchas cosas, y sé que es el tipo de mujer que excita a un desgraciado como tú”. Me apretó el lado de mi cuello, haciéndome sentir un poco incómodo. “Apóyala, enséñale y entrena a su personal, pero no te atrevas a tocarla”.

“Amigo. Tu hermana es vieja como tú, ¿no? Me gustan las mujeres jóvenes. Son más flexibles. No me gusta la carne vieja, para ser honestos”, me incliné más cerca y sonreí como un gato. “¡Aburridoooo!”.

Él sonrió y me soltó, dándome otra palmadita en el pecho. “Hablo en serio. Ella y Agatha son todo lo que me queda en el mundo como familia. No hagas algo de lo que luego te arrepentirás”.

Levanté mi mano en una señal de boy scout, esperando estar haciéndola bien. “Honor del explorador”.

“Eso no funciona a menos que fueras un explorador, idiota”. Se movió hacia un lado un poco y saludó a los muchachos en la mesa antes de volverse hacia mí. “Sé puntual. Sé preciso. Muéstrale lo que te hemos enseñado en St. Marks y no juegues con las enfermeras como lo haces aquí”.

“Está bien, papá. Creo que lo tengo”. Le guiñé un ojo y crucé los brazos sobre mi pecho. “Dale saludos a Leti”.

“De ninguna manera”, me dirigió una mirada más severa y se volvió para salir, gritándome por encima del hombro: “Estoy aquí si necesitas algo. Solo a una llamada de distancia”.

Me quedé allí por un minuto, teniendo en cuenta su consejo, su advertencia y su oferta. No me metería con sus hermanas, con ninguna de ellas. Él significaba demasiado para mí, y yo había sido honesto acerca de que no me gustan las mujeres mayores. Eran demasiado mandonas o increíblemente seguras. No estaba interesado en ninguna de las dos.

‘Putas’ era el nombre del juego para mí. Fácil de entrar y salir. Sin compromiso y sin posibilidad de que se hicieran de mis bolas, mi billetera y mi corazón.

“¿Todo bien?”, Jackson se movió a mi lado, con los ojos fijos en la puerta por donde Samuel se había ido momentos antes.

“Sí. Me dijo que me mantuviera alejado de su hermana”, le sonreí. “Aunque una parte de mí la quiere aún más ahora”.

Él rió y envolvió su brazo alrededor de mis hombros, girándonos y caminando hacia los chicos mientras la primera chica salía al escenario. “¿Te gusta su hermana?”

“No”. Me alejé de él y me acerqué al escenario, sonriendo a la rubia platinada mientras sacaba un billete de un dólar y lo agitaba en el aire. “Voy por las jóvenes, tontas e inseguras”.

“¿Porque te hacen sentir mejor contigo mismo?” Levantó su mano con un billete de cien dólares entre sus dedos.

Imbécil. Siempre tratando de mostrarse superior al resto.

La chica me arrebató el billete y se acercó a él y tiró del suyo lenta y seductoramente. Se arrodilló frente a Jackson y sonrió, sus tetas se derramaron del pequeño top azul que llevaba puesto. “¿Quieres un baile privado, bebé?”

“Siempre tienes que ser el primero, ¿no?”, le dije resoplando.

Él me miró y me guiñó un ojo. “Tienes que competir a veces, Peters. O te esfuerzas o te bajas del bote, ¿verdad? No dominarás a esta mujer mayor con tus trucos de niño pequeño”.

“No quiero dominarla. Quiero una puta, como esta chica”. Asentí con la cabeza hacia la chica mientras mi humor se oscurecía. Jackson no tenía moral para hablar sobre crecer. Era un millonario playboy que follaba con una chica diferente cada noche en su lujosa oficina mirando el mundo desde las ventanas. Generalmente era así.

Se volvió hacia la chica y sacó otros cien. “¿Doscientos por una cogida rápida para mi amigo aquí?”

“Absolutamente”. Ella le arrebató el dinero y saltó del escenario, agarrando mi mano y tirando de mí hacia la parte más oscura del club.

Agarré su mano con fuerza y tiré de ella hacia atrás y envolviendo un brazo alrededor de ella para estabilizarla. “No necesito que tomes la iniciativa, princesa”.

“Entonces es toda tuya”, susurró y bajó su mano por mi estómago hasta agarrar mi pene. Sus uñas rojas oscuras coincidían con su lápiz labial y deberían haber sido excitantes, pero no fue así.

“Así es”. Me incliné y presioné mis labios en los de ella, dominando el beso mientras ella se derritió contra mí. Mis ojos se cerraron, y me imaginé que era alguien digna de mi tiempo y atención, el tipo de mujer por la que me rendiría. No tenía dudas de que la chica existía en alguna parte, pero no estaba dispuesto a ir en su búsqueda, así que me conformaba con que existiera en algún rincón de mi mente.

“Vayamos a la parte de atrás”, dijo mientras mordía mis labios, y vi sus ojos azules llenos de lujuria.

“No. Vamos a follar aquí”. Me dejé caer en una silla cerca del borde del escenario y busqué mi cremallera. “Haz que se vea como un baile, y te daré otros cien. Haz que acabe antes que tú, y daré quinientos”.

Ella rió y miró a su alrededor como si estuviera bromeando. “¿De verdad? ¿Justo aquí?”

“Eres una puta. Estás acostumbrada a que la gente te vea”. Saqué un condón de mi bolsillo y mordí el borde del envase. “Aunque es un gran pene. Vas a tener que trabajar duro para esconderlo y no ahogarte. ¿Lo quieres?”

Saqué la goma y metí mi mano en mis pantalones para agarrar mi pene. Mi erección no tenía nada que ver con ella, y todo que ver con la emoción de la exposición. Mi trabajo era lo único que me hacía bombear la sangre últimamente, así que follar en público me pareció bastante apetitoso.

“Bien, cariño”. Se giró, moviéndose para pararse frente a mí mientras sacaba mi pene y deslizaba la goma hacia abajo. Estaba lo suficientemente oscuro, y había demasiados focos hacia el escenario como para que alguien nos prestara mucha atención.

“Baja”, le dije. Levanté la mano y agarré sus caderas mientras ella se inclinaba hacia adelante y clavaba sus uñas falsas en mis muslos. Envolvió su mano alrededor de mi pene y tiró de sus bragas hacia un lado con su mano libre.

Me incliné hacia atrás y me agarré con fuerza mientras ella soltaba un largo grito mientras se deslizaba por mi grueso pene. “Eres tan grande. No estoy segura de poder...”

“Silencio. Guarda tu aliento para los gemidos”. Levanté mis caderas y llené su hendidura suelta con el resto de mi pene antes de acariciar el costado de su trasero una vez que llegué al fondo. “Ahora haz lo tuyo. Ya sabes las reglas”.

Ella se levantó y bajó de golpe, bailando y moviendo las caderas mientras me follaba bien. Levanté las manos y las puse detrás de mi cabeza, mirándola hasta que me aburrí. Eché un vistazo a la mesa para encontrar a mis amigos observándome con miradas confundidas.

Freddy inclinó la cabeza hacia un lado y me miró. Preguntó, '¿Te está follando?' Sonreí y me encogí de hombros. Yo no era el tipo de contar mis hazañas.

“No te detengas”, le dije. Agarré una nalga de su grueso culo y levanté mis caderas mientras ella se cernía sobre mí, temblando un poco y jadeando ruidosamente.

“Solo un minuto. Estoy tan cerca. No quiero perder”.

“Lo siento, pero tengo personas esperando por mí”. La empujé hacia abajo y la embestí reiteradamente con mis caderas mientras ella explotaba, convulsionándose y sacudiéndose sobre mí.

Me acerqué para agarrar una de sus tetas y bombeé mi pene un par de veces, forzándome a liberarme.

La vida estaba a punto de cambiar drásticamente, aunque, incluso si lo jugaba bien frente a todos los demás, estaba jodido por dentro.

Había estado en Nueva York toda mi maldita vida. ¿Qué demonios tenía Boston para ofrecerme?

“Lámpara C”, ladré y extendí mi mano. El paciente debajo de mí estaba bien, pero el tiempo era esencial. Siempre lo era.

“Abrazadera”. El doctor Bayes extendió la abrazadera hacia mí y asintió. “Estás haciendo un gran trabajo, Beatriz”. Era un hombre mayor y había estado a mi lado desde el día en que terminó mi residencia. Incluso después de ser ascendida a jefa de Neurología.

La música suave de jazz sonaba desde los altavoces sobre mi cabeza, y me permití ir al lugar tranquilo al que siempre asistía en medio de la cirugía. Eso me estabilizaba la mano y me permitía concentrarme. No había lugar para los recuerdos o la culpa aquí. Solo yo y mis instrumentos.

Acabé la cirugía y levanté la vista para encontrar a Henry mirándome con una sonrisa en su rostro. Apenas se notaba gracias a sus gafas y máscara facial, pero sabía que su expresión era la de un padre orgulloso. Algo que no tuve en ningún otro momento en mi vida. Estaba agradecida por eso.

“Otro que muerde el polvo”. Sonreí y me volví, extendiendo mis manos hacia la enfermera que esperaba detrás de mí.

“Odio esa frase”, él murmuró, y todos nos reímos. Él cerraría al paciente con suturas y grapas, liberándome para descansar durante el resto de la tarde.

“Buen trabajo. Nunca he visto tanta hinchazón”. La enfermera me sonrió y asintió. “Eres muy buena en lo que haces, Beatriz”.

“Doctora Ficher”, le recordé. “Y gracias. Lo he estado haciendo desde hace un tiempo”.

“Sí, Doctora”. Ella ofreció una cálida sonrisa, y me sentí un poco agradecida de haberla ofendido. Trabajé muchísimo por mi título, y esperaba que la gente lo usara. Ella era nueva y estaba haciendo un gran trabajo, y era bueno saber que no era sensible en lo más mínimo, pero una vez más, ella era un poco mayor que yo.

Caminé hacia el fregadero y me lavé las manos cuando una sombra apareció por la habitación. Miré por encima de mi hombro para encontrar a Alonzo de pie en el otro lado, con las manos en los bolsillos. Sus ojos marrones oscuros estaban llenos de preguntas, y por el atisbo de tristeza en su rostro, pensé que lo que lo traía por aquí, no era bueno.

Demonios, nunca traía algo bueno desde hace poco más de un año. Nuestro divorcio había sido desordenado y doloroso, pero ya estaba hecho, y el polvo comenzaba a asentarse. Al menos para mí era así.

Me di unas palmaditas en las manos y salí al pasillo donde esperaba. “Dr. Anderson”, lo saludé.

“Beatriz. Necesito un minuto”. Él intentó abrazarme cuando me detuve frente a él, pero le bajé

sus manos. Habían tantas cosas que no se dijeron entre nosotros.

“¿Conmigo o sin mí?” Sonreí, tratando de aligerar el estado de ánimo un poco.

“Contigo”. Asintió. “A mi oficina, por favor”.

“Por supuesto”. Lo seguí sacando mi teléfono y buscando mensajes. Mi hermano, Samuel había estado enviando mensajes de texto sobre un nuevo cirujano que se estaba transfiriendo de su equipo al mío. No me gustó mucho la transferencia, pero no fue mi decisión, y nadie escuchó mis inquietudes.

Alan “Peters” Petersen. El playboy de St. Marks. Por lo que yo sabía, se acostaba con más mujeres de las que salvaba en la mesa de operaciones en una semana. Arrugué mi nariz con disgusto y dejé caer mi teléfono en mi bolsillo. No entendía cómo alguien podría aguantar a un puto joven y engreído. Especialmente alguien tan serio como mi hermano mayor, Samuel.

Samuel era jefe de Neurología en St. Marks en Nueva York y era respetado por todos en nuestra comunidad, y por una buena razón. Era brillante, estable y un líder fuerte en la comunidad. Solo quería seguir sus pasos, y me dirigía hacia allí rápidamente.

Alonzo entró a su oficina y mantuvo la puerta abierta para mí. Entré y dejé escapar un suave gemido mientras me agarraba de la muñeca y me tiraba hacia él.

La presión de su mejilla contra la mía junto con la necesidad en sus hermosos ojos dejó mi corazón dolorido.

“No tenemos que hacer esto”. Pasó su pulgar sobre mi mejilla mientras tomaba un lado de mi cara. “Si quieres niños, adoptaremos, Beatriz”.

“Alonzo, no”. Aparté su mano de mi cara e ignoré los latidos de mi corazón. Era todo lo que quería en mi vida, y sin embargo... no era suficiente. Quería hijos propios, y me había engañado durante nueve años haciéndome creer que él también. Bastardo.

“Sabes qué ya no estamos juntos”, dije.

“Y es una tontería”. Tiró de las persianas de su puerta y volvió a alcanzarme. “Hicimos el amor la semana pasada. ¿De verdad quieres dejar pasar esto? Han sido nueve años juntos”.

“Hemos estado separados por un año, y-”

“Y ha sido horrible”. Se inclinó y me rodeó con un fuerte abrazo, inmovilizándome como solía hacerlo y me encantaba. “Por favor, detén esta locura”.

“¿Qué te pasa Alonzo? Sabes que hemos terminado”. Presioné mis manos contra su pecho, pero no retrocedí.

Todo lo que amaba de él cobró vida dentro de mí. Quería perdonarle por engañarme con el control de natalidad, por manipular nuestro sexo con mi ciclo, por hacerse una vasectomía sin hablar conmigo antes, pero no pude. Era un hombre maravilloso en un millón de formas y un monstruo en una, pero esa forma rompió mi espíritu. A los treinta y cinco años no tenía hijos y estaba divorciada. No tenía las dos cosas que más quería en la vida y las consecuencias provocaron una versión fría, dura e iracunda de mí misma.

“Tu cambio de nombre finalmente llegó”. Rozó su nariz con la mía y cerró los ojos. “Simplemente me traje de vuelta a la realidad”. Tomó una respiración superficial, y mi corazón se rompió por enésima vez. “Pediré una revocación y lo intentaremos si eso es lo que quieres. No quiero hacer esto sin ti. Lo sabes”.

Levanté la mano y le toqué el costado de la cara, tirando de él hacia abajo en un cálido y amoroso beso. Quería derretirme contra él, pero sabía que nunca podría confiar en él otra vez. Jamás. Nada podría deshacer lo que me había hecho.

“Me transferiré de hospital si quieres que lo haga, Alonzo”. Retrocedí, reuniendo mis fuerzas. “Puedo irme. Eso ayudará. Tenerme aquí, justo frente a ti no va a permitir que ninguno de nosotros

se cure”.

“No quiero sanar”. La ira llenó su rostro. “Fue un error egoísta. Merezco el perdón. Todos tienen una segunda oportunidad. ¿Por qué yo no?”

Fue la misma conversación que tuvimos un millón de veces durante el último año de nuestra separación.

“¿Y cuántas veces se supone que debo perdonarte?”, me exalté y mi propia furia se apresuró a ayudarme a responder. “¿Se supone que debo barrer debajo de la alfombra todas las veces que arruinaste mis posibilidades de quedar embarazada? Me mentiste una y otra vez, Alonzo. No cometiste un error una vez. Me engañaste una y otra vez durante nueve malditos años”. Mi voz era estridente, y estaba cerca de las lágrimas, otra vez. “Tú nunca soportarías algo así. Ni siquiera una vez”.

“No quiero niños. Nunca lo quise”.

“Soy consciente de eso”. Apreté los dientes mientras todos los músculos de mi cuerpo se bloqueaban. “Esa habría sido una gran información antes de casarnos”.

“No empieces esto de nuevo”, dijo. Extendió la mano y se apoderó de mis hombros. “Te amo con una pasión que no vas a encontrar en ningún otro lado. ¿Por qué eso no es suficiente?”

“Porque quiero una familia, Alonzo. Perdí a mis padres hace años. Quiero revivir eso en mi propia vida. Ese vínculo que tuve con mi madre. Con mi padre”. Las lágrimas borraron mi mirada mientras el recuerdo de perder a las personas que más amaba corría por mi mente. Los gritos de mi hermano me llenaban la cabeza como siempre lo hacían. Mi hermano mayor, fuerte, inteligente y valiente, tirado en el piso, gritando de forma desgarradora que pensé que mis oídos sangrarían. “No puedo hacer esto. No lo haré”.

“Beatriz”. Se movió hacia la puerta cuando me sacudí de su agarre y me volví para irme. “Tienes treinta y cinco años. No vas a encontrar a alguien pronto ni tendrás niños inmediatamente”. Su tono era frío. Clínico. “Tener un hijo a los treinta y ocho años o más no es seguro. No lo es para ti ni para el bebé. ¿Qué pasa si tiene una deformidad y tiene que vivir con eso por el resto de su vida? ¿Todo por tu egoísmo?”

“Te odio”, susurré y le di una bofetada en la cara. “No te atrevas a cagar en mis sueños o llamarme egoísta. He renunciado a todo por ti y mira dónde estoy”.

“Bea”

“Soy la Doctora Ficher para usted, Doctor Anderson. Me voy por el día. Si el hospital me necesita, escíbame”. Salí y extendí la mano para secarme las lágrimas antes de que alguien pudiera ver que mi corazón se estaba rompiendo de nuevo. Maldito manipulador. Él había tomado mi juventud y me había dado un impulso en mi carrera, seguro, pero me dejó sin la única cosa que más quería.

Una familia.

“Correcto. ¿Tienes todo lo que necesitas?” Jackson deslizó sus manos en los bolsillos de sus jeans e inclinó su cabeza a un lado. “¿Seguro que solo quieres llevar la motocicleta?”

“Sí. El hospital pagó por que mis cosas fueran enviadas ayer por la mañana”. Levanté la mano y pasé mis dedos por mi cabello. El sueño me evadió la noche anterior y, de repente, me sentí al borde de todo. “La motocicleta funcionará durante el poco tiempo que estaré en Boston”. Eché un vistazo a mi casa. “Y es otoño, así que el clima debería estar bien”.

Extendió la mano y se apoderó de mi hombro. “Ten cuidado. Eres el único amigo que tengo en el mundo”.

Me volví hacia él y me reí entre dientes. “¿Y de quién diablos es la culpa de eso?”

“Mía, y es a propósito”. Él liberó su control de mí. “¿Sigues pensando en ir a ver a tu viejo antes de mudarte?”

“Sí. Pensé en terminar esto de una vez”. Intenté alejar cualquier emoción asociada al ver a mi padre. Ha pasado un tiempo. Mucho tiempo, pero una parte de mí moría cada vez que me paraba frente a él.

“Genial. Ahora sal de aquí y ve a hacer lo que mejor haces”.

“¿Follarme a las enfermeras y salvar vidas?”

“Sí. ¿Qué más hubiera querido decir?” Retrocedió hacia su Mercedes y sonrió. “Y no llames. No somos chicas”.

“No te preocupes. De todos modos, apenas somos amigos”. Tomé la motocicleta, agarré mi casco y le sonreí. “Que no te atrapen fraternizando en tu oficina otra vez. La gente podría darse cuenta de la mierda que eres realmente”.

Él encogió la mirada engreída en su rostro tan familiar para mí. “Sucederá cuando sea necesario”.

Me puse el casco y agarré las manijas con fuerza. Una nueva vida me esperaba en Boston, y la sola idea de eso me asustó bastante.

No quería una nueva vida.

Me gustaba mi vida anterior.



EL CONDUCIR HASTA LA CASA DE MI PADRE ME DIO TIEMPO MÁS QUE SUFICIENTE PARA PENSAR EN todo lo que había estado sucediendo últimamente. El cambio al Boston General me haría bien y

me ayudaría a establecerme como una referencia confiable en mi campo.

Era algo bueno, y me acercaría a la hermana de Samuel, Beatriz lo mejor que pudiera. He escuchado más de una vez que es una perra fría, pero la mayoría de los cirujanos lo son. Yo soy algo atípico, seguramente, y sinceramente espero seguir siendo así.

La puerta de entrada a la casa estaba abierta, y el sonido de la música de piano se elevó por la puerta principal cuando llegué y me bajé de la motocicleta.

Después de tomar una respiración profunda y quitarme el casco, caminé por esas escaleras tan familiares y asomé la cabeza adentro. Mi padre estaba encorvado sobre su piano, con la espalda hacia abajo y la cabeza gacha. La canción más hermosa que había escuchado llenó la habitación a mi alrededor, y tuve que luchar contra un millón de emociones.

Me aclaré la garganta y me deslicé en el interior con la fachada más neutral que pude fingir. “Papá”.

“¿Peters?” Él calmó sus dedos y levantó la cabeza, su voz era suave y arrastrada. Borracho. Siempre estaba borracho.

“Sí. Quise pasar por aquí antes de irme a Boston. ¿Estás bien?” Puse mis manos en mis bolsillos y caminé hacia el lado del piano mientras mi corazón se rompía en mi pecho. A pesar de mi bravuconería y arrogancia, ver a mi padre matarse a sí mismo un trago a la vez siempre me destruía.

Volvió la cabeza lentamente mientras una sonrisa tonta se extendía por su rostro envejecido. “Estoy fantástico. He estado trabajando en una nueva pieza. ¿Quieres escucharla?”

Extendí la mano y pasé mi mano por la parte posterior de su cabeza antes de inclinarme y besarle la parte superior de la cabeza. “Sí quiero escucharla. Voy a limpiar un poco. Tú me tocas algo bueno mientras lo hago”.

“No limpies. Yo lo haré”. Me dio una palmada en el costado de mi brazo y volvió a su lugar para tocar su última obra maestra.

Caminé hacia la pequeña cocina, pasando por encima de las botellas de cerveza y las latas abiertas de comida. Algunas cucarachas se escabullían mientras me movía a través de la inmundicia y la culpa prometía una profunda retribución. No debería haberlo ignorado de la manera en que lo hice.

La música llenó el aire otra vez, y tragué mis lágrimas. Estar aquí duele demasiado. Estar ausente era mi único mecanismo de defensa.

Me arrodillé y saqué un rollo de bolsas de basura debajo del fregadero mientras mis entrañas temblaban. Nada me dolía tanto como regresar a la casa de mi padre. Nada.

La profunda voz de barítono de mi padre llenó la habitación cuando comencé a recoger botellas de basura y licor, tomándome mi tiempo para limpiar completamente la cocina y la sala de estar de los escombros mientras él continuaba tocando y cantando. Cuando se perdió en su música, volvió a sonar vivo, totalmente restaurado.

No pude evitar preguntarme cuánto tiempo se había sentado al piano antes de llegar. Por el aspecto de su ropa y el hedor que se desprendía de él... días.

Después de llenar dos bolsas de basura, tomé otra bolsa vacía y caminé hacia el piano, recogiendo todo lo que había caído a su alrededor en montones.

“¿Te gusta, hijo?” Miró hacia abajo, y la luz en sus ojos se encendió. Estaba en otro mundo cuando tocaba. Un mundo donde mi madre todavía estaba allí y la vida no era el oscuro abismo que se había convertido para él.

“Me encanta”. Me puse de pie y me moví detrás de él, pasando mis manos sobre sus hombros y masajeando algunos de los nudos de su espalda.

Él dejó caer sus manos sobre su regazo y dejó escapar un triste suspiro. “Te he extrañado. Es bueno verte tan bien”.

“Yo también te he extrañado”. Le apreté los hombros y lo envolví en un fuerte abrazo mientras las lágrimas amenazaban con hacerse cargo. Me sentí un niño pequeño de nuevo. Tratando de levantar a un hombre de corazón roto que me amaba, pero que estaba perdido en el dolor. “Vamos, te llevaré a la ducha y luego te prepararé algo bueno para comer”.

“No. Estoy bien. Tengo galletas...” Hizo una pausa y extendió la mano para rascarse el cabello ralo. “Um. Las tenía hace un tiempo”.

“Eso es genial. Vamos. Déjame ayudarte”. Me moví a su alrededor y lo levanté de sus brazos.

Dejó escapar un largo gemido y se derrumbó en mis brazos. “Lo siento, hijo. Mis piernas no son tan fuertes como solían ser”.

“Porque no las usas, papá”. Lo levanté y caminé hacia el baño, llevándolo conmigo. Después de apoyarlo en el inodoro, abrí la cortina de la ducha y me establecí. Todo estaba lleno de ropa sucia y botellas de cerveza. “Mierda”.

Miré por encima de mi hombro y lo encontré desplomado, profundamente dormido. Sin interrumpir el paso, caminé de regreso a la cocina y agarré una bolsa de basura para limpiar la bañera. Tendría que ponerlo en un hogar. No podía dejarlo así y estar bien conmigo mismo.

De alguna manera había evitado ver las imágenes en las paredes la primera vez que caminé hacia el baño, pero sin su peso en mis brazos, mis ojos se movieron a través de los recuerdos, cada uno derribando mi resolución más que la anterior.

Imagen tras imagen de mi madre, de nosotros, de ellos. Felices. Todos. Juntos.

“Púdrete”, susurré. Me detuve junto a la puerta del baño y dejé que mis ojos lo atravesaran. Se había orinado y el vómito corría por su camisa y se acumulaba en el suelo frente a él. Apreté los labios y le di la espalda mientras yacía allí desmayado.

Cada desagradable emoción que había estado evitando durante los últimos veinte años me recorrió en olas devastadoras. Miré hacia arriba para ver una imagen de mi madre sonriéndome con sus ojos llenos de amor y emoción. En un momento de furia ciega, dejé escapar un largo grito y retrocedí, aplastando mi puño contra el cristal de la imagen reventándolo en un millón de piezas.

“¡Te odio!”, grité y presioné mis manos en mi cara. Ella lo había arruinado todo. Nunca dejaría entrar a una mujer en mi vida. Ni en un millón de años.

Presioné mis dedos contra mis ojos con tanta fuerza que las luces de colores estallaron en la oscuridad detrás de mis párpados. No lloraría ni una jodida lágrima. No para ella. Por lo que le había hecho a mi papá. Haría lo que siempre había hecho. Limpiaba el desorden, lo cuidaba y me pasaba el resto de mis días embotado en mi trabajo.

“¿Peters?” Mi padre murmuró, sus ojos revoloteando.

“Estoy aquí, papá. Lo siento”. Entré y limpié antes de poner la ducha en funcionamiento. Tenía el agua corriendo y lo desnudé. Verlo desnudo y delgado me rompió aún más como si alguna vez hubiera pensado que eso no fuera posible.

Se apoyó contra mí mientras estaba en la ducha y quedé completamente empapado. Después de cuidarlo, le puse en ropa limpia y lo acosté.

Me tomó varias horas terminar de limpiar la casa y volver a poner todo en orden. Después de que terminé, me quedé en la sala de estar junto a su piano, tratando de decidir qué hacer a continuación. Quitarle la libertad a mi padre me hizo sentir como un villano, pero sabía sin lugar a dudas que no podía dejarlo cuidando de sí mismo.

Agarré mi teléfono que había dejado en la cocina y llamé, tratando de encontrar una enfermera de atención médica domiciliaria, un cocinero y una mucama. Me llevó unas pocas horas, pero

cuando se puso el sol, tenía todo en su lugar.

Después de prepararle una comida rápida, me dejé caer en el banco del piano y pasé los dedos por las teclas blancas. Había una sensación de curación que me esperaba si podía obligarme a tocar. Había aprendido del mejor músico que conocí: mi padre. Era su fuente de fortaleza y lo había ayudado mucho, pero para mí... era solo otro recuerdo.

“Me encantaría oírte tocar de nuevo”. Su voz era débil, pero sobria.

“¿En serio?” Forcé una cálida sonrisa en mi rostro y giré en el banco resbaladizo debajo de mí. “¿Y qué querrías que tocara?”

Se pasó los dedos por el pelo, luciendo un millón de veces mejor. “Lamento que me hayas encontrado así. Ha sido un poco duro para mí últimamente”.

Asentí y me puse de pie. “Lo entiendo. Contraté a algunas personas que vendrán a ayudarte cada día, ¿de acuerdo?”

Él me miró con severidad. “Sabes que no me gusta estar cerca de otras personas”.

“Lo entiendo, pero no puedo dejar que te cuides solo, y tengo que estar en el Boston General el lunes, listo para vender mi alma”. Le guiñé un ojo e intenté mantener las cosas claras. “Es solo una enfermera, un cocinero y una mucama. Deja que entren y hagan lo que deban hacer. Luego se irán. Ni siquiera tienes que hablar con ellos, papá”.

El asintió. “¿Y esto te hará sentir mejor?”

“Absolutamente”. Asentí con la cabeza hacia la cocina. “Hice algunos espaguetis. ¿Comamos y nos ponemos al día?”

“Me gustaría eso”. Él extendió una mano hacia mí. “¿Qué día es?”

“Sábado, papá. Estamos a mediados de otoño. Tu época favorita del año”. Caminé hacia él, tomé su mano y lo ayudé a dirigirse a la cocina. Mi vida volvería a la normalidad lo suficientemente pronto, pero por esta noche recordaría y viviría en el mundo que él quería que fuera. Un mundo donde las cosas habían salido según lo planeado y no se estaba matando a sí mismo una bebida a la vez.

Un mundo que no existió. Al menos, no para mí.

Cuando desperté a la mañana siguiente, mis pensamientos estaban hirviendo. Debería haber tomado el consejo de mi hermana Agatha y haber dejado el Boston General en el momento en que Alonzo y yo solicitamos el divorcio, pero había pasado allí toda mi carrera. Era mi hogar también.

No había forma de que perdiera mi matrimonio y mi carrera de una sola vez. No lo habría resistido. Ni siquiera con Samuel y Agatha apoyándome como siempre lo hicieron.

“Hablando de Agatha”, murmuré y salí de la cama. Bajé la mirada y gruñí, odiando la forma en que me veía. A Alonzo le gustaba que durmiera desnuda, y aunque nunca había querido hacerlo, lo había hecho por él. Ahora, después de nueve años de eso, tenía un hábito que parecía extraño. Fue un duro recordatorio de cuánto había cambiado por él.

Me vestí con un par de pantalones y una camisa abotonada antes de torcer mi largo cabello negro en un moño. Un poco de maquillaje para asegurarme de que mi hermana menor no me increpara por parecer vieja y cansada, y me fui a mi bistró favorito a las afueras del centro de la ciudad.

El clima era tan agradable que bajé las ventanillas y activé mi música de jazz. Casi me sentí libre durante los pocos minutos que tardé en llegar al restaurante. Un guapo valet abrió mi puerta y me dio una sonrisa sexy mientras retrocedía.

“Buenos días, señora”.

Señora. Ugh. Por qué me ofendí era un misterio, pero sin duda tenía que ver con mi edad. Si estuviese casada y tuviera hijos y me hubiera acomodado a la vida que pensé que debería haber tenido a mediados de mis treinta años, no habría importado, pero hoy si me importaba.

“Buenos días”, respondí secamente. Me moví a su alrededor y caminé hacia la puerta, asintiendo amablemente a la chica que la mantuvo abierta para mí.

“Bienvenida a Destrada, Doctora Anderson”. La bonita anfitriona era una de mis favoritas, siempre feliz y optimista. O eso parecía. Me sorprendía la capacidad que teníamos las personas para ponernos una fachada que engañara a todos. No pude evitar preguntarme si su alegría existía más allá de la profundidad de su piel.

Para. Por Dios. Es muy temprano para esa mierda.

“Ahora es doctora Ficher. El divorcio es definitivo y mi cambio de nombre está hecho”. Me encogí de hombros y le ofrecí una sonrisa sutil. El divorcio siempre fue un tema tan extraño para mí. Nunca supe cómo alguien podría tomarlo, y sinceramente, ya no me importa ni un poco. Es mi vida, mi decisión, mi divorcio.

“Oh, lo siento. Bueno, como siempre, es agradable verla”.

“Encantada de verte también, Angie”. Me levanté de puntillas y miré a mi lugar normal. “Agatha aún no ha llegado, ¿verdad?”

“Todavía no, pero me aseguraré de indicárselo en el momento en que llegue aquí”. Ella me extendió un menú. “¿Quiere que le muestre su mesa o quiere esperar aquí por ella?”

“Puedo mostrarme la mesa a mí misma”. Sonreí cálidamente y tomé el menú. “Muchas gracias”.

“Por supuesto”.

Caminé hacia la parte posterior del restaurante y me senté cerca de la ventana. Puse el menú en el lado de Agatha de la mesa y me incliné hacia atrás, dejando escapar un suave suspiro.

El sonido de la risa, o más bien risitas, llamó mi atención afuera. Una madre joven y sus dos niñas pequeñas estaban bailando mientras caminaban por el estacionamiento hacia el automóvil. Adoré ver sus emociones y su entusiasmo por simplemente estar juntas.

Todos los deseos que había tenido que reprimir dentro de mí brotaron nuevamente. ¿Se acabó mi tiempo? ¿Iba realmente a pasar mi vida sin saber lo que era tener un hijo propio? Y todo por la manipulación de Alonzo.

“También tienes la culpa. Querías que él te amara. Idiota”, murmuré y me volví para encontrar a mi hermana menor de pie junto a la mesa, mirándome muy divertida.

“Odio cuando haces eso”, le dije. Ella se movió y me abrazó mientras me levantaba.

“¿Qué? ¿Hablar conmigo misma?”

“Te ves horrible”, lancé mientras besaba mi mejilla y apartaba mi cabello de mi hombro.

“Me parezco a ti”, sonrió y se sentó. Solo verla trajo una calidez a mi alma que extrañaba. “Te ves muy bien”.

Mi hermana era una versión más joven de mí, pero mucho más ágil. Ser bailarina toda su vida hizo eso por ella.

“ahora háblame de ti, cuéntame sobre París. ¿Encontraste a algún multimillonario apuesto para enamorarse?”

Ella arrugó la nariz, pero sus ojos azules se llenaron de malicia. “Sabes que odio a la gente rica y escandalosa. Preferiría enamorarme de un hombre trabajador que apenas logre sobrevivir”.

Me reí de su ingenuidad. Era hermosa e inocente. “Sigues buscando a ese hombre que trabaje duro y sacuda tu mundo”.

Ella puso los ojos en blanco. “Hablando de sacudir nuestros mundos ... ¿cómo estás? Dijiste que tu cambio de nombre finalmente ocurrió, ¿verdad?”

“Sí”. Asentí. “Soy una Ficher nuevamente”.

“Bien. Odiaba el apellido Anderson. Suena tan estúpido”. Ella alcanzó el menú de vinos. “¿Quieres compartir un vaso o una botella a esta hora?”

Sonreí y me incliné hacia atrás, dejando que mis ojos recorrieran su rostro impecable. Ella era la viva imagen de mi madre, lo que me llenó de una tristeza algo pacífica. “Consigue una botella. Puedes llevarte el resto a casa si quieres”.

“Si queda algo”. Dejó el menú y me miró fijamente. “París fue agradable, aunque hubiera sido mucho más feliz si hubieras venido conmigo”.

“Sabes que no puedo hacer eso. Tengo un millón de cosas que hacer en el hospital, y aún tienen que traer a otro neurocirujano fuerte. No puedo dejar a mi equipo en una sacudida como esa. Al menos no por diversión”.

“La diversión es la sal de la vida. Levantó una ceja y me dio una mirada de la que nuestro padre podría estar orgulloso. “Pensé que el sexo lo era”, sonreí y recogí mi menú mientras el camarero se acercaba. Pedimos lo de costumbre y volvimos a burlarnos la una de la otra.

“Hablando de sexo ...” Se inclinó y sonrió.

“Dime la verdad. ¿Lo hiciste?” Me incliné mostrándome curiosa por su respuesta. Ambas lucíamos como dos niñas pequeñas compartiendo un secreto, sin duda.

“¿Yo? No. No me acostaré con nadie hasta el matrimonio. Punto”. Se encogió de hombros y me miró con satisfacción. “Tendrán que ponerte un anillo antes de poder disfrutarte, ¿He?”.

Estaba orgullosa de ella, y parecía exagerado querer mantener su virginidad intacta hasta que encontrara al hombre correcto, pero tal vez no.

Alonzo era el único hombre con quien me había acostado.

“Entonces, ¿Qué ibas a decir sobre el sexo?” Fruncí los labios mientras el camarero se acercaba y nos servía una copa de vino a cada una. El líquido rosa tentaba más de lo que quisiera.

Agatha esperó hasta que el camarero se fue para hablar de nuevo. “¿Sigues durmiendo con Alonzo o finalmente has cortado el cordón?”

“El cordón se cortó oficialmente. Tuvimos una pelea ayer, y terminamos”. Cogí mi copa y la vacié, sin querer.

Ella tomó la botella y me sirvió otra copa. “¿Sabes lo que sería bueno para ti?”, preguntó.

“Dímelo, por favor”. Tomé otro sorbo de vino y alejé la copa. Tenía que conducir a casa, y era un poco ligera para emborracharme.

“Dormir con un tipo más joven, ardiente y bastardo. Solo déjate sacudir por una noche. Te ayudará a despertarte”.

“Esto viene de mi hermanita virgen”. Me reí e incliné la cabeza para mirarla. “¿Y por qué crees que dejaría entrar a un hombre más joven en mi cama? Preferiría un hombre mayor que quisiera tomarse su tiempo. Si me voy a desnudar, mejor que valga la pena”.

Levantó su copa, y la expresión de su cara me preocupó. Luego se encogió de hombros y tomó un sorbo, pero no respondió.

“¿Qué es eso?” Cogí un pedazo de pan de la canasta que estaba sobre la mesa. “Conozco esa mirada”.

“¿Mirada? ¿Hay alguna mirada?” Ella sonrió, y la habitación parecía más brillante.

“Ya sabes, esa mirada. Como si supieras algo que yo no sé”.

“Me quedé pensando en eso la última vez que hablamos sobre esto”. Ella puso su servilleta en su regazo y rozó sus manos sobre ella, alisándola. “Dijiste que nunca has llegado al clímax con Alonzo”.

“¿Así que?” Apliqué mantequilla sobre mi panecillo y tomé un bocado codicioso. “No todas las mujeres pueden llegar al clímax”.

“Esas son mentiras”. Puso los ojos en blanco. “No lo creo ni por un minuto”.

“¿Por qué? ¿Porque la revista de moda dice que todas deberíamos tener orgasmos alucinantes?”. Me reí internamente por la conversación que estábamos teniendo. Tenía una amiga, y estaba sentada al otro lado de la mesa. Gracias a Dios que ella era mi hermana. Eso facilitaba saltarse la mierda y llegar al meollo del asunto.

“Es verdad. Solo necesitas encontrar un joven semental que pueda hacer que tu cuerpo explote”. Se encogió de hombros y se inclinó hacia atrás, luciendo tan despreocupada que era gracioso. Para el ojo inexperto, podría haber parecido que estábamos hablando sobre el color de la pintura de las paredes.

“Soy médico, y no es cierto”.

“Eres cirujano cerebral”. Sonrió al mesero mientras él entregaba nuestra sopa. “Tengo una pregunta para ti”.

Casi me trago la lengua. “Agatha. No”.

“Por supuesto”. Los ojos del chico se iluminaron un poco cuando Agatha volvió su bonita cara hacia él. Todo en ella era pequeño, femenino, delicado. Podía tener cualquier hombre que quisiera, y sin embargo, estaba sola, como yo.

“Mi hermana y yo estamos teniendo una pelea por algo. ¿Puedes ser el desempate?” Ella me miró. “Y no te diré cuál de nosotras piensa de una manera u otra”.

“No lo hagas”, le advertí, mi voz cayendo.

“Está bien, adelante”, dijo el chico. Él me miró y su sonrisa se amplió. “Tengo hermanas. No es gran cosa”.

“Está bien”. Recogí mi vino y lo bebí mientras veía a mi hermana coquetear con el mesero a través de la pregunta del orgasmo. Se acercó a su lado y yo quería aplaudirla, pero mis pensamientos pasaron del presente al futuro.

Recordé que el protegido de mi hermano mayor, Samuel, estaba en camino y estaría en el hospital el lunes por la mañana. Hasta ese momento estaba molesta. Tal vez estaba pensando demasiado, pero si él era el tipo de persona que todos decían que era, tal vez el joven semental que necesitaba en mi cama ya se dirigía hacia mí.

“Beatriz. ¿Sigues aquí?” Agatha sonrió mientras agitaba su mano frente a mi cara. “¿Ves? Te lo dije”.

“Mierda. ¿Qué dijo?” Eché un vistazo a mi derecha donde nuestro mesero había desaparecido.

“Dijo que todas las mujeres son capaces de acabar. Solo necesitas encontrar un tipo que sepa qué hacer. Un joven semental”. Ella rió y movió las cejas. “Y Samuel me contó sobre este tipo, el Doctor playboy”.

Casi escupo mi vino. “¿Samuel te dijo que llamaras a este idiota Doctor playboy?”

“Oh sí”. Se rió de nuevo. “Su frase favorita es, supuestamente: ‘Hola, chica. Dime qué te pasa. Te haré sentir realmente bien’”.

La risa que brotaba de mí se sentía bien, pura. Peters podría ser una mierda total, pero era un brillante médico y cirujano. Cuando ya no tuviera ganas de aguantar su mierda durante el próximo mes, sabía sin lugar a dudas que al menos podría hacer algo para sacudir mi mundo.

Tal vez era justo lo que recetó el doctor.

El domingo fue un día de recuperación, y lo necesitaba con urgencia después de pasar la noche del sábado en la casa de mi padre. Tomé una larga ducha después de despertarme una hora antes de que sonara mi alarma. Los nervios bailaron en mi estómago cuando el agua caliente golpeó mi pecho. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que me sentí nervioso por algo, que acogí la sensación con satisfacción. Casi parecía que estaba vivo.

La misma vieja canción de Motley Crew que siempre sonaba en mi cabeza volvió a la vida, y me entregué a ella, cantando al máximo de mis pulmones mientras esparcía una gruesa capa de jabón sobre mi piel. Toqué la guitarra de aire, totalmente seguro de que parecía una estrella de rock porno. Las chicas de St. Marks me llamaron Doctor playboy, y por una buena razón. No dejé a una mujer sin atender.

Dejé que la canción sonara mientras volvía a preocuparme por mi papá, pero como siempre lo hacía, me mantenía ocupado y forzaba mis pensamientos sobre mi siguiente jugada en vez de obsesionarme en hurgar en los lugares en mi cabeza que más me dolían.

Una sonrisa se extendió por mi rostro mientras presionaba mi espalda contra el frío azulejo y deslizaba mis manos por mi estómago, tirando de mi pene mientras colgaba flácido. “Debería haber buenas chicas en Boston, amigo”.

Mi sonrisa se ensanchó. Era tan idiota por hablar con mi pene, pero a veces era mi único amigo, por triste que pareciera. Me masajee las bolas con una mano y me agarré fuertemente con la otra, presionando mis caderas hacia adelante y forzándome a través del apretado agujero que crearon mis dedos. El placer bailaba alrededor del centro de mi estómago, enviando escalofríos por mis muslos y dejándome un poco sin aliento.

¿Cómo se vería ella? ¿La que pudiera derribar mis defensas?

¿Me importa su aspecto? Realmente no. En el fondo quería encontrar a alguien que desarmara mi mierda y me pusiera de rodillas. Necesitaba alguien a quien respetar, honrar... amar.

Mi orgasmo estalló a través de mí, y me estremecí cuando me dejé llevar por la idea de liberar a mis demonios e intentarlo por primera vez en mi vida. Era una ilusión, y una a la que nunca me rendiría ni en un millón de años, pero aun así estaba allí, merodeando.

Demonios, recordé que mi pene no era mi único amigo. Me reí y me lavé, bastante entretenido, como me sentía la mayoría de los días de la semana.



detuve en el gigantesco hospital y aparqué en el único lugar abierto cerca del frente. El cartel pegado en el suelo frente a mí decía: “Jefe de Neurología”.

“No es mi posición. Todavía”. Me reí entre dientes y bajé de la motocicleta. Algunas personas al azar miraron hacia mí, pero simplemente les ofrecí una sonrisa arrogante y levanté mi casco. Seguramente en el Boston General no usaban sus lugares de estacionamiento. Nunca lo hacíamos en el St. Marks. Pero si no era así, movería mi motocicleta. Tal vez.

“Buenos días”. Una linda enfermera rubia con tetas demasiado grandes para su contextura saludó y entró en el hospital justo en frente de mí. Dejé que mis ojos recorrieran la parte posterior de su cuerpo, esperando ver que también se hubiera visto un poco de plástico puesto en el culo, pero no. Completamente llano.

“Buenos días”, murmuré y giré a la izquierda, yendo directamente a la cafetería. Necesitaba café cargado y negro. Justo como lo hacían en Nueva York. Su aroma llenó el aire cuando entré y agarré una taza.

“Debes ser Alan Petersen”. Un tipo grande, tan alto como yo, pero dos veces más grueso extendió su mano. Por el traje negro que llevaba, asumí que era el administrador del hospital.

“Peters. Solo llámame Peters”. Le estreché la mano.

“Alonzo. Jefe de Gabinete. He estado esperando conocer al protegido de Samuel por bastante tiempo”. Él me dio un brusco asentimiento. “Tomemos un café y vayamos a mi oficina. Mi secretaria, Denise, tiene la documentación lista. Solo necesitamos que se firmen algunas cosas, y te llevaremos a conocer a tu personal, y a Beatriz”.

“¿La hermana de Samuel?” Puse una tapa en mi café y seguí al tipo grande a la caja registradora. Saludó con la mano al asistente, y caminamos sin pagar. Había algo bueno en estar a cargo, pero usar un traje y no salvar vidas era demasiado deprimente para mí. Siempre sería un cirujano, dispuesto a hacer cualquier cosa o ir a cualquier parte para salvar una vida. Era mi vocación. Me encanta lo que hago. Ahora, si pudiera reconciliarme con quién verdaderamente soy...

“Sí. Es una mujer brillante, pero un poco ruda”. Él me miró mientras me movía a su lado.

“Soy bastante bueno con las mujeres. Estaremos bien”. Bufé, jugando la carta del engreído. La mayoría de los chicos lo entendían.

Pero él se detuvo y se volvió para mirarme. “Es mi ex esposa. No habrá nada bueno con ella. Ella es la mejor neurocirujana del país y punto. Ten esto en cuenta, Alan Peters”.

Solo atiné a levantar una ceja sintiéndome un poco desconcertado. Mierda.

“Muy bien”, agregó. Dio media vuelta y caminó hacia un largo salón de oficinas. “Necesitarás leer el manual de ética y firmar las reglas que hemos establecido aquí. Aunque intentamos no involucrarnos en los meandros personales de nuestros médicos y personal, igualmente tenemos reglas”.

“¿Mi reputación me precede?”, pregunté y tomé un sorbo tentativo de mi café, sin preocuparme demasiado por el tipo a mi lado. Si él era el ex marido de Beatriz, entonces había una razón para eso. Él la habría jodido de alguna manera. Casi me pica saber qué hizo.

Casi.

“Así es”. Él mantuvo abierta la puerta de una oficina grande y extensa. “Tenemos una nueva ola de residentes que comenzarán pronto. Ayudarás a Beatriz con ellos”. Hizo un gesto hacia la silla frente a su escritorio. “Toma asiento”.

“Prefiero estar de pie”. Tomé otro trago de mi café y caminé por la habitación, mirando varios premios y honores que había recibido. Parece que el buen doctor era una fuerza a tener en cuenta. No pude evitar preguntarme cuál era su historia.

“Acomódate”. Se dejó caer detrás de su escritorio y comenzó a hablar, pero fue interrumpido por alguien que entraba a su oficina, enojada.

“Increíble. Un imbécil se estacionó en mi lugar, y es una maldita motocicleta. ¿Qué adulto respetable conduce una jodida motocicleta?” La mujer más bella que había visto hasta este momento entró y su cara dibujaba una máscara de ira y sus puños se cerraban con fuerza.

El largo cabello negro le corría por la espalda, los espesos mechones parecían seda tejida. Mis ojos corrieron por su estrecha espalda hacia la curva empinada que su delicioso trasero proporcionaba. Casi me tragué mi lengua mientras trataba de ocultar la sonrisa que levantaban mis labios.

Quería ver su cara, sus ojos, escucharla hablar de nuevo.

Alonzo levantó la vista como si no le interesara lo que ella tuviera que decir. “Tranquila. Descubriremos quién es y le pediremos que la mueva, Beatriz. No hay nada de qué preocuparse”.

“¿Tranquila?” Su voz se hizo más profunda, y la habitación se enfrió. Todavía no me había visto de pie en la esquina, y estaba agradecido por el momento para intentar recomponerme.

Por supuesto, la hermana de Samuel tenía un cuerpo como una diosa del sexo y había algo en las mujeres maldiciendo me hacían endurecer el pene. El trasero de esta mujer fue suficiente para querer ir a la ducha otra vez, fingiendo que realmente me dejaría tocarlo.

Mierda. Estaba en todo tipo de problemas.

No. Estaba bien. Podría hacer esto. Ella probablemente no tenía una cara bonita o tetas grandes. Tal vez ni siquiera tetas reales.

Alonzo se levantó y carraspeó. “Doctora Fischer, me gustaría que conozca al doctor Alan Petersen”. Hizo un gesto hacia mí, y ella se giró, su cabello volando alrededor de ella.

“Solo Peters”. Miré a Alonzo y extendí mi mano antes de concentrar toda mi atención en ella. Mi corazón casi se detuvo en mi pecho.

Los ojos verdes del color del agua mística del océano me sondearon y me dejaron con ganas de hacer lo que fuera por merecer su aprobación. Su ceja se elevó bruscamente, pero no había ni rastro de sonrisa en sus labios rosados perfectamente llenos.

Inhalé un poco y traté de tocarla de manera fresca mientras la lujuria corría por mi cuerpo, tirando de mis más profundos deseos. Sus pómulos altos la mostraban casi majestuosa y bajo control, pero su pequeña y hermosa nariz suavizaba su apariencia.

“Doctor playboy, ¿verdad?” La sonrisa apareció en la escena mientras deslizaba su mano a la mía y la apretaba con fuerza. “La única razón por la que estás aquí es porque mi hermano parece pensar que hay algo bueno dentro de ti. Asegúrate de recordar eso, Alan”.

“Peters”. Apreté su mano hacia atrás y bloqueé mi mandíbula. “No responderé a nada más que a Peters. Entiéndelo ahora”. Eché un vistazo a Alonzo. “Tú también. Ponlo en mi archivo, mi placa, en mi casillero. Peters. Punto”.

“Lo tengo”. Alonzo asintió. “Bien. Beatriz, toma este bulto de Peters y muéstrale el hospital. No tienes programada otra cirugía hasta más tarde hoy”.

Ella soltó mi mano y se volvió hacia Alonzo, dejándome sin nada. No tenía ni una puta idea de lo que ella pensaba de mí, aparte del hecho de que ella creía que yo sería un dolor de cabeza, lo que era cierto.

“No”. Se giró y caminó hacia la puerta, deteniéndose por un momento mientras miraba hacia atrás. La tensión entre ella y Alonzo era espesa. ¿Todavía se querían? No pude evitar pensar qué tan calientes debieron ser en la cama. Negué con la cabeza, tratando de sacarlo de mi mente.

“Hazlo, o averigua por tu cuenta de quién es la motocicleta en tu estacionamiento”. Se volvió a sentar y se ocupó de algo en su computadora.

Me acerqué, recogí el archivador y le sonreí. “Te ves cómo Samuel con el pelo más largo”.

Alonzo resopló, y Beatriz se acercó y me arrebató el archivo.

“Averigua de quién es la motocicleta y dime. Quiero golpearlo”. Ella giró y caminó hacia el pasillo. “Vamos, Novato”.

“¿Novato?” La seguí, tratando de no dejar que el lado inmaduro de mí tomara el control. Ya estaba comenzando, y era una maldita pendiente resbaladiza. “¿Y qué pasa si la motocicleta pertenece a una chica?”

“Entonces voy a atacarla. Vamos”. Ahuecó el archivo en su amplio pecho y me miró. “Este será un largo periodo de seis meses”.

“Usualmente se hace largo cuando tienes algo que quieres justo frente a ti, pero que está fuera de tu alcance”. Le guiñé un ojo y me volví para saludar a algunas enfermeras que sonreían y se turnaban para mirarme.

“¿Estamos hablando de libertad o paz?” Bajó bruscamente por un pasillo, dejándome allí solo.

“De mí. Estamos hablando de mí”.

Ella ni siquiera me miró y siguió caminando.

Maldición. Me podría enamorar de la hermana de Samuel.

Que maldito engreído. Mis pensamientos sobre montar un joven semental habían desaparecido, aunque no es que realmente lo hubiera considerado. Necesitaba dejar que las cosas se calmaran entre Alonzo y yo antes de meterme en la cama o en la vida de alguien más.

“Estaba bromeando”. Peters corrió a mi lado en el pasillo. “¿Podemos comenzar de nuevo? ¿Por favor? Tu hermano piensa que por las noches subes al cielo y cuelgas las estrellas. No quiero molestar a una mujer tan importante para Samuel. Es como un hermano para mí”.

Resoplé y miré hacia un lado, tratando de no dejar que la deliciosa insinuación de su perfume me penetrara. Al mirarlo bien noté que tenía músculos gruesos.

“Entonces trátame como a una hermana mayor. Respétame y estaremos bien”. Le devolví los archivos. “Puedes llenarlos en tu nueva oficina. Es pequeña porque solo estarás aquí por un tiempo, pero será suficiente”.

Tomó el archivo, pero gruñó suavemente. “Tendré que acostumbrarme a una mujer mandona que me diga qué hacer”.

Me reí. “Samuel te dice qué hacer”.

“Es un hombre”.

Me detuve y me di vuelta para mirarlo a la cara mientras todos los músculos de mi cuerpo se bloqueaban en su lugar. Trabajé muy duro para llegar a donde estaba, y ser una mujer a veces lo hacía aún más difícil.

“Disculpa, no solo tienes la fama de una zorra, ¿Ahora también eres un cerdo sexista?” Estreché mis ojos y puse mis manos en mis caderas. “¿Algo más que quiera salir a la luz, señor Petersen?”

Su mandíbula se bloqueó, y supe que lo tenía. El imbécil no se ofendió por ninguna de mis palabras. Lamentablemente, eso significaba una cosa... mis acusaciones eran ciertas.

“Es doctor Peters, Bea, y no me conoces, al igual que nadie en este hospital. No me puedes juzgar. Punto”. Me devolvió la carpeta y caminó por el pasillo. “Llenen esa maldita carpeta ustedes mismos. Si necesitan algo, pueden ponerse en contacto con San Marks. No me interesan las tonterías del papeleo ni tu mierda”.

Me quedé allí con la boca abierta por un segundo antes de seguirlo. “Es doctora Ficher, Alan, ¿y dónde diablos crees que vas? No conoces el hospital ni dónde está tu oficina. ¿Vas a irrumpir por los pasillos luciendo caliente y molesto?”

Se detuvo y se volvió para mirarme. Mi cuerpo reaccionó violentamente a su dominio. Mis pezones rebotaron y dolieron cuando una profunda sensación de tictac bajó por mi estómago y me

hizo mojarme. No había forma de que me enamorara de él. Era un idiota y un puto. Vacío y superficial

Nada que yo quisiera.

“¿Me veo caliente y molesto?” Cruzó los brazos sobre el pecho y echó los hombros hacia atrás. “Guau”, susurró una enfermera mientras caminaba a nuestro alrededor con los ojos en Peters. “Diría que te ves bien”.

“Rebeca”, ladré.

“Lo siento, doctora Anderson. Quiero decir, Ficher”. Ella dio una mirada de disculpa y corrió por el pasillo. ¿Qué les había pasado a todos? ¿Aparece un hombre bien parecido con algunas habilidades y todas empiezan a descontrolarse?

“¿Por qué trabajas en el hospital con tu ex marido?” Preguntó, su postura se suavizó un poco.

“No es asunto tuyo”. Pasé por su lado y presioné la carpeta contra su pecho. “Trabajarás para mí durante el próximo mes, doctor Peters. Al diablo, y mi hermano escuchará cada pequeño detalle de lo que hagas”.

Caminé por el pasillo, jadeando suavemente. Estaba perdida entre dos emociones en conflicto. Frustración y lujuria. Alan Petersen era uno de los hombres más guapos que había visto en mi vida. Ni siquiera podía imaginarme el poder de sus manos y la furia de sus besos.

El sonido de él cantando una cancioncilla hizo que mi labio se levantara en una sonrisa. Doblé la esquina y miré hacia atrás para encontrarlo bailando y cantando más fuerte. Agarró a una pequeña enfermera y la acercó, bailó con ella en el pasillo.

Puse los ojos en blanco y caminé hacia mi oficina, cerrando la puerta detrás de mí.

Agarré el teléfono, me senté y me lo puse en la oreja, ya que sonó varias veces. Mi hermano contestó justo cuando estaba lista para colgar el teléfono.

“Guau, acabo de perder una apuesta”. Él se rió entre dientes.

“¿Una apuesta con quién y sobre qué?” Ladré al teléfono mientras me reclinaba en mi silla y me ponía la mano en la cara.

“Una apuesta con Leticia. Sabía que no durarías mucho con Peters, pero pensé que eras más guerrera que esto. Han pasado solo unas horas”.

“Han pasado treinta minutos, y es un completo idiota”.

“No es así, Bea. Es brillante, y si somos honestos, se parece mucho a ti”.

“¿Qué?” Me puse de pie y comencé a pasear por el piso frente a mi escritorio. “No se parece en nada a mí. Soy tranquila, reservada y he estado casada”.

“Eres audaz, inteligente, y vas a llegar muy lejos en la vida”. Hizo una pausa mientras yo gruñía en voz alta por la frustración. “Ahora, envíame cincuenta dólares para que pueda pagarle a Leti. Ella pensó que llamarías hoy”.

“Ya se burló de mí y ahora está bailando y cantando en el maldito pasillo. Bailando y cantando Samuel. ¿En serio?” Solté un sonido de disgusto, aunque me estaba calmando rápidamente. ¿Por qué dejé que me afectara tan rápido? ¿Realmente era su culpa, o estaba molesta por la pelea con Alonzo el fin de semana anterior?

“Beatriz. Combate el fuego con fuego. Puedes aprender mucho de él en el quirófano, y él puede aprender mucho de ti. Él es mi aprendiz, y no lo cambiaría ni por todo el dinero del mundo. Es un excelente cirujano y no la mierda que crees que es. No le estás dando una oportunidad”.

Me mordí la lengua. No quería darle una oportunidad a nadie. Solo quería hacer mi trabajo y salir corriendo lo más lejos que pudiera. Tomé una respiración profunda y lo acepté. “Bien. Quizás tengas razón”.

“Por lo general la tengo”. Él rió.

Miré hacia arriba y vi a Peters parado al otro lado de la puerta de vidrio, con la carpeta en la mano y el ceño fruncido.

“¿Podemos intentar esto de nuevo?” Él sonrió.

Le di la espalda, cerré los ojos y dejé caer la cabeza. “Ya lo odio”, dije al teléfono.

“No, no lo odias. Te gusta, y eso te asusta. Le dije que se mantuviera alejado de ti. Solo recuerda quién es y que al igual que tú, mi dulce hermana, tiene sus propios mecanismos de defensa por una razón. No juzgues un libro por su portada, Beatriz. Para que no se use la misma medida para ti”.

Fue lo que mi padre siempre nos dijo a todos. Las palabras de Samuel mezcladas con el suave murmullo de su voz suavizaron mi postura. Mis hombros cayeron, y el peso de lo que sea que estaba encima de mí comenzó a desvanecerse.

“Está bien, aunque no estoy feliz por eso”.

“Está bien, pero aprovecha esta oportunidad para aprender. Llámame cuando me necesites. Siempre estoy aquí para ti”.

“Te quiero”. Colgué la llamada y levanté mi barbilla cuando la puerta se abrió detrás de mí.

“¿Doctora Ficher? ¿Está bien?” La voz de Peters era suave como la de Samuel. El sonido de su voz rodó sobre mí, persuadiendo a la mujer en mí a ronronear, a suavizarse, a invitarlo a entrar.

Miré por encima de mi hombro y asentí. “Sí. Ven aquí y completa tu papeleo. Ya tenemos bastantes problemas entre el personal. No te agregues a la lista”.

Él se rió entre dientes y se sentó frente a mi escritorio, dejando caer su mochila a su lado. “Trabajaré en eso. Samuel tiene a St. Mark en un estado extremadamente tranquilo. Tengo que ser dramático para mantener a todos en alerta”.

“Aquí no es necesario”. Me senté y observé la forma en que su antebrazo se flexionaba mientras se inclinaba y completaba el papeleo que tenía delante. La piel debajo de sus ojos se veía tan suave que me encontré con ganas de extender la mano y tocarlo. Fue un sentimiento extraño. Tenía una sombra de cinco en punto, lo que le daba un aspecto un tanto peligroso y, sin embargo, delicioso.

“¿Te gusta lo que ves?” Levantó la mirada, pero no se movió.

“Eres guapo, seguro”. Me encogí de hombros y me incliné hacia atrás, cruzando mi brazo sobre mi pecho y apoyando mi codo sobre él. “Tengo la regla de no salir con hombres más jóvenes, así que me he entrenado para no ser afectada por ellos”.

“¿Te asusta aprender algo?” Él bajó la vista, parecía un ángel, pero su voz sonaba arrogante.

“Me encanta aprender”. Dejé que mi voz se volviera un poco sensual, suave, aireada. “Es lo que me mantiene activa. Me estimula. La idea de aprender algo nuevo o descubrir algo inesperado, incluso oculto”.

Se sentó y dejó que el bolígrafo se moviera sobre la parte superior de su papel. “¿Estás coqueteando conmigo, Beatriz?”

“No, en lo más mínimo. Has venido a trabajar para mí durante el próximo mes y me serás de ayuda”. Me levanté y rodé mis hombros, tratando de aliviar la tensión sexual entre nosotros. No era alguien para dormir, y eso no cambiaría.

“Samuel me envió a enseñarte un nuevo procedimiento y trabajar con tus residentes en neurología avanzada. No soy un par de manos adicionales. No me confundas por eso”. Volvió su atención a su papeleo.

Esto iba a ser un choque de voluntades a cada segundo.

“Voy a comer algo. Te alcanzaré más tarde”. Caminé alrededor del escritorio hacia la puerta. “Tu oficina es la última en el pasillo A. Ciento treinta y cuatro. Puedes echarle un vistazo cuando

salgas de aquí. Te veré mañana”.

“Almorzaré contigo”. Se levantó.

“No gracias. Hasta mañana”. Salí, sintiéndome bastante orgullosa de mí misma hasta que llegué a la cafetería. ¿Porque lo puse en su lugar? Correcto. Porque el hijo de puta seguía poniéndome en el mío. Saqué la tapa de mi sopa y la soplé suavemente mientras caminaba de regreso a mi oficina.

Podría disculparme y hacer las paces. No era una perra, pero el lío con Alonzo me estaba convirtiendo en una. No era culpa de Peters que mi vida se viniera abajo.

Era de Alonzo por engañarme.

Era mía por ser una soñadora.

Cerré la puerta de mi oficina detrás de mí y encontré la habitación vacía. El perfume de Peters flotaba en el aire y, sí, respiré profundamente.

Tomé un pequeño sorbo de mi sopa y la dejé caer cuando algo me llamó la atención justo afuera de mi ventana. Me acerqué y moví las persianas para ver a Peters de pie junto a la motocicleta en mi estacionamiento. Se subió, se puso el casco, me saludó y se fue.

“Maldito, no lo puedo creer”.

Por supuesto, era su motocicleta. ¿De quién más habría sido?

Bastardo.

Me vestí a la mañana siguiente con una sonrisa en mi rostro. Una energía que no había sentido desde hace mucho tiempo bombeó a través de mí. La hermana de Samuel era perfecta. Era el tipo de mujer a la que le habría entregado mi soltería, y sin embargo... estaba prohibida. Le prometí a Samuel que no la tocaría, y además de eso, molestar a Alonzo Anderson no parecía el movimiento más inteligente que podía hacer mientras visitaba su prestigioso hospital.

Y, sin embargo, lo que no puedes tener pronto se convierte en una obsesión de la que no te puedes librar.

Estoy bien. Tranquilo.

Me puse la camisa mientras me miraba en el espejo. Al volverme, bailé un poco con la música en mi cabeza. Podría jugar con Beatriz y pasar un buen rato haciéndolo. Me follaría unas pocas enfermeras jóvenes, cerré los ojos. Mis bolas se tensaron ante la idea de dejar que la doctora Ficher ocupara el lugar central de mis fantasías.

¿Aún sentiría algo por Alonzo? Sí. Cualquier idiota podría darse cuenta de eso. No pude evitar querer saber cuál era su problema. ¿Por qué se separaron si las emociones entre ellos seguían vivas?

Me puse mi uniforme y me até los zapatos antes de agarrar mis llaves y salir del departamento hasta mi motocicleta. Tenía que haber una forma de descubrir qué demonios estaba pasando. Solo necesitaba pasar un tiempo deambulando por los pasillos del Boston General. Encontraría una enfermera necesitada o tal vez algún viejo amigo de la escuela de medicina.

A la mierda, ¿acaso Arturo Mills no terminó en Boston Gen?

Me puse el casco y conduje al hospital con mi viejo amigo en mente. Divertido y lleno de vida, Arturo había sido una de las únicas razones por las que la escuela de medicina no había sido un completo aburrimiento. Casi estaba convencido de que lo encontraría en el Boston cuando llegué al estacionamiento del hospital.

En el lugar de Beatriz había un elegante Lexus carmesí estacionado, al verlo me hizo sonreír. Quería volver a estacionar en su lugar, como parte del juego, pero esta era una victoria fortuita de mi parte.

Después de encontrar un lugar sin marcar, estacioné la motocicleta y caminé lánguidamente hasta la puerta principal. Me detuve en el mostrador de recepción y sonreí a las dos mujeres mayores que estaban sentadas allí. “Buenos días, señoras. Soy el doctor Peters, de visita desde Nueva York. ¿Hay un Doctor Mills aquí por casualidad? ¿Un tipo negro, feo y grande con gafas?”

Traté de hacerme el lindo, pero de alguna manera mi encanto se vino abajo.

“Si te estás refiriendo a Arturo Mills el que está en la sala de emergencias, no creo que disfrute de la descripción que acabas de hacer”. La más delgada se puso de pie y presionó sus manos sobre la mesa frente a ella. “Nueva York, ¿eh?”

“Sí, señora. Solo estaba bromeando, pero gracias por la información”. Saludé y me fui tomando una nota mental.

El humor no es apreciado en estas partes.

“Tome una camilla y mueva al paciente de la habitación dos diez a la dos veinte”. Arturo dobló la esquina, ladrando una orden mientras yo caminaba detrás de él.

“Muy mandón, Mills”. Sonreí y me detuve mientras él se sacudía, sus ojos se abrieron de par en par.

“Maldito Alan Petersen”. Extendió la mano y me dio un cálido abrazo. “Amigo. Escuché que vendrías, pero pensé que te encontraría en una sala de quirófano con el pene metido en una linda enfermera”.

“Oye, acabo de llegar. Dame un poco de tiempo. Acabo de llegar ayer a la hora del almuerzo”. Retrocedí y sonreí. “Hombre, es muy bueno verte”.

Una enfermera alta y tímida se nos acercó. “Doctor Peters, se lo esperaba hace diez minutos en la habitación cero doce. Puede que quiera apresurarse. La doctora Fisher no está de buen humor esta mañana”.

“¿Cuándo está de humor?”, Murmuré y volví a Arturo. “Muy bien, hombre. Vamos a ponernos al día con unas cervezas o algo. Quiero ver lo que ha estado pasando contigo”.

“Suena genial, y mantén la compostura. Beatriz es una de las mejores cirujanas del mundo, y no aguanta ni una mierda por lo que he escuchado”.

“Lo bueno es que solo has escuchando sobre ella”. Le di una palmadita en el hombro y me moví a su alrededor. “¿Tiene el mismo número que tenías en la universidad?”

“Diablos, sí. No tenía un millón de acosadoras como tú”. Arturo se rió, y no pude evitar sonreír. Tenía una lista de acosadoras más larga que todos los pasillos combinados del Boston General, pero todo era parte del trato. Había follado y tenía que pagar el precio. A veces el precio valió la pena, ¿pero la mayoría de las veces? En lo más mínimo.

Aceleré mi caminata para trotar y alcancé a la enfermera que me había llamado momentos antes. Extendí mi brazo sobre mi pecho y abrí mi mano. “Peters”.

“Soy Kate. Encantada de conocerte”. Ella me estrechó la mano y me dio una sonrisa seria. “No coqueteo y no me acostaré contigo, así que... ahí está”.

“Está bien. Encantado de conocerte, Kate, que no coquetea ni suelta”. Me reí, y afortunadamente ella también lo hizo. “Lo siento. Todas hemos sido advertidas sobre ti”. Retiró su mano y presionó el botón de la pared para abrir la sala de operaciones.

“¿De verdad? Wow. ¿Por quién?” Caminé por el pasillo y respiré profundamente. Me encantó el olor del hospital. Estaba limpio y me pareció una segunda oportunidad de vida.

“Por todos”. Ella señaló hacia el pasillo. “Cero doce. Date prisa y da una buena impresión”.

“Ya no es posible. Ayer arruiné las cosas con ella”. Le guiñé un ojo y caminé hacia el quirófano.

“¿Dónde puedo poner mi bolso?”

“Dámelo, y lo dejaré en la enfermería para ti”.

“Ya me gustas, Kate. ¿Estás segura de esto?” Me volví y levanté mi mano hacia un lado, dándole una inocente sonrisa mientras caminaba hacia atrás.

Ella se sonrojó y me hizo un gesto para que saliera. “Basta. Eres ridículo”.

“Aunque te gusta. Puedo verlo en tu cara”. Me detuve junto a la puerta y me reí mientras ella

me la devolvía y soltaba una suave risita. Era linda, pero no de mi tipo.

“¿Doctor Peters?” Una enfermera mayor se acercó y se paró frente a mí.

“Ese soy yo. ¿Y tú?” Caminé hacia la estación de lavado y me lavé las manos. Mis ojos se levantaron para ver que Beatriz y su equipo ya estaban trabajando duro. Estaba inclinada sobre el paciente sobre la mesa y su cuerpo se balanceaba perfectamente para que pudiera imaginar todas las cosas que quería hacerle.

“Llegas tarde”, me dijo Lara, la enfermera que me recibió en la estación que me ayudó con mis guantes mientras le sonreía.

“Soy consciente de eso, pero no he tenido tiempo para adaptarme aquí, así que no estoy seguro de cómo responder a eso”.

“Entonces no lo hagas. Solo ve allí y muéstrales de qué estás hecho”. Ella se volvió y tomó un par de gafas y una mascarilla. “Las acciones hablan mucho más que las palabras por aquí”.

“Eso es en cualquier parte del mundo, pero gracias. Aprecio la charla motivacional. Honestamente”. Le ofrecí una sonrisa amable y me puse el resto de mi atuendo. Cuando estuve listo, me acerqué a la puerta y ella la abrió.

“Buena suerte”.

“Gracias” Me reí y entré en la habitación, moviéndome al lado de Beatriz mientras empuñaba el bisturí como si fuera un pincel y ella se perdió en su obra maestra.

“Doctor Peters”. Su voz era suave como si estuviera soñando despierta.

“Doctora Ficher. Perdón por llegar tarde”.

“Procura que no vuelva a ocurrir. Ahora quédate tranquilo y apartado. Esto es puramente para observación de tu parte”.

Fruncí mis labios para contener mi ocurrencia. “Nunca es divertido ser invitado a una fiesta y que luego te digan que no puedes participar”.

Algunas risas se alzaron alrededor de la habitación, y Beatriz levantó la cabeza y miró a su alrededor. Todo se congeló. Eché un vistazo a lo que podía ver de las enfermeras y las caras de los médicos asistentes. Tenían miedo de ella.

Qué vida tan solitaria debía vivir

Me ubiqué detrás de ella y presioné mi pecho contra su espalda, inclinándome un poco, para ver directamente lo que estaba haciendo.

“Retroceda, doctor Peters”.

“No. Solo quiero observar desde el mejor asiento de la casa. Por cierto, estás haciendo un gran trabajo. Tu habilidad me recuerda a Samuel”.

Un caballero mayor al otro lado de la mesa habló. “Estoy de acuerdo. Tiene el mismo talento que su brillante hermano mayor”, y luego sonrió. “Soy el Dr. Henry Bayes. Encantado de conocerte”.

“Ah, sí. He oído grandes cosas sobre usted, doctor Bayes”.

“Silencio”, ladró Beatriz y se movió un poco, golpeándome con su culo. “Y retrocede”.

“No”. Me incliné más hacia adelante y presioné mi mano izquierda sobre la mesa para asegurarme de que sentía la presión de mi cuerpo contra ella, pero que también supiera que no me inclinaría sobre ella y dañaría al paciente.

Olía tan bien, como fresas y nata. Giré la cabeza un poco y la vi trabajar por un momento antes de dejar que mis ojos se movieran un poco más. La larga línea de su cuello tenía mi pene cada vez más grueso y duro. Era exquisita, más que hermosa.

“No puedo concentrarme contigo tan cerca”. Susurraba tan suavemente que dudo que alguien pudiera oírla por encima de la música de jazz que se escuchaba desde los altavoces de arriba.

“Sí, puedes. Acostúmbrate a eso. Soy un observador, ¿recuerdas? Necesito estar cerca”. Retrocedí lo suficiente como para sentir mi pene presionado entre las curvas de su culo perfecto. En mi mente la tenía desnuda, con las piernas separadas, y mi lengua estaba rodando por los dulces labios de su vagina. Nunca me había sentido atraído por alguien tan rápido, nunca me había sentido tan necesitado de una mujer.

Ella miró hacia Henry. “Dame una extensión, quiero ver algo”. La sentía sin aliento, su corazón probablemente estaba acelerado. Me estaba comportando como un bastardo, y lo sabía. Samuel me habría pateado el trasero por hacer un truco como este.

Al pensar en él, se me enfriaron las venas, retrocedí y tomé mi lugar junto a ella. “Está envuelto alrededor de un nervio. Desenvuelva con cuidado”, dije.

“No me diga cómo hacer mi trabajo, doctor Peters. Estoy al tanto de lo que está pasando”.

Le ladré algunas cosas, tratando de hacerla probar algo nuevo, pero ella no estaba escuchando nada de eso.

“Va a funcionar. Haz lo que sugerí”, insistí.

“Esto no es un experimento en un bar”. Ella me miró y luego a Henry. “¿Doctor Bayes?”

“Estoy de acuerdo con usted, doctora Ficher. Tiene experiencia en este tipo de situación. Siga su curso de acción”. El hombre mayor me miró y me dio una mirada de disculpa. “Por supuesto, estamos dispuestos a revisar sus comentarios, doctor Peters”, agregó.

“Eso es todo lo que podría pedir”. Me volví y salí del quirófano, sabiendo que no era necesario ni apreciado. Repasarían mi idea y se darían cuenta rápidamente de que era perfecta. Beatriz podría ser brillante, pero su falta de voluntad para escuchar la llevaría a un mundo de dolor. Nadie tenía todas las respuestas. Incluso yo sabía eso.



“PETERS”, ESCUCHÉ LA VOZ DE BEATRIZ. SE DETUVO EN LA ENTRADA DE MI OFICINA MIENTRAS YO revisaba algunos archivos de pacientes que Samuel me había enviado. Parece como si me necesitaran más en Nueva York que en Boston.

“¿Qué pasa?” Me incliné hacia atrás y levanté mis manos al aire, estirándome.

“No deberías haber salido del quirófano”.

“Gracias por notarlo”. Recogí un archivo y lo levanté a mi cara. “Cuando necesites algo de un médico, ven a buscarme, Beatriz, de lo contrario, busca un pasante para hacer explotar tu mierda emocional”, respondí sin levantar los ojos del documento.

La puerta se cerró, y tiré del archivo, con la esperanza de que se hubiera ido. Pero no lo hizo, y la expresión de su cara me hizo desear que lo hubiera hecho.

“No sé quién crees que eres, o por qué mi hermano sintió la necesidad de enviarte aquí, pero esto no seguirá así”. Apretó sus puños contra el escritorio y se inclinó hacia mí.

Todas las células de mi cuerpo se despertaron y gritaron para que la atrajera por el escritorio y la besara.

“Voy a dar mi presentación el próximo miércoles. A menos que necesites algo antes...” Volví a levantar la carpeta, ignorándola.

Me arrebató el archivo de un manotazo. “Así no es cómo va a funcionar esto”.

Eso fue todo. Me levanté y caminé alrededor del escritorio. Sus hombros se retiraron, y sus ojos se estrecharon.

“¿Siempre estás buscando a alguien con quien pelear?” Me acerqué más hasta que nuestros pechos casi se tocaron. “Necesitas sentir algo y por eso la ira es tu primer y último recurso. No

soy el enemigo aquí. Solo vine para ayudar y ofrecer nuevos entrenamientos y opciones”.

“No necesito nuevas opciones. Todo lo que hago funciona bien”. Su voz tembló.

“¿Por qué diablos estás tan enojada Beatriz? Porque no nos conocemos. No puede ser por mí”.

Dio un paso atrás, pero su postura no cambió en absoluto. “Recibirás a los nuevos residentes mañana. Estarán aquí a las nueve, así que estarás aquí a las ocho”.

“Estaré aquí a las siete y media, Bea”. Me volví y caminé alrededor de mi escritorio, sabiendo que estaría enojada porque acertara su nombre.

“Soy la doctora Ficher o Beatriz. Y no te vuelvas a estacionar en mi maldito lugar”.

Me senté y recogí el archivo. “Conozco a algunos consejeros que podrían ayudar con ese problema de ira”.

“A la mierda también”. Se giró y salió, golpeando la puerta detrás de ella.

Sonreí y continué leyendo el resto del archivo. Algo me decía que su actitud tenía mucho que ver con su divorcio y muy poco que ver con un cirujano engreído de Nueva York.

No había forma de que tuviera tanto poder sobre ella. Aún no al menos.

“¿Estás bien?”, me habló Lara cuando pasó por mi oficina justo antes de las diez. Su cara se veía pálida y sus ojos agotados.

“¿Sí y tú?” Me puse de pie y rodeé mi escritorio mientras las lágrimas comenzaban a llenar sus ojos.

“No”. Empezó a llorar.

“Lara, ¿qué pasa?” La tomé en mis brazos y la abracé. No me acercaba a nadie en el hospital a propósito, pero ella había estado a mi lado desde el comienzo de mi carrera. Éramos un dúo dinámico.

“Me metieron a la sala de emergencias esta noche, y perdimos a un niño pequeño de un accidente”. Ella se apoyó contra mí y tembló mientras lloraba. “Nunca me endureceré lo suficiente como para estar allí. No puedo soportar ver a un niño con dolor”.

“Está bien”. Pasé mi mano por su cabello plateado y cerré los ojos. “¿Quieres comer algo antes de irte a casa? Podemos hablar de ello”.

Ella asintió y retrocedió. “Me gustaría. A la comida me refiero. No quiero revivir lo que acaba de suceder. Fue horrible”.

“Deberías haberme llamado allí. Pude haber...”

“No, Beatriz. No hubieras podido”. Ella negó con la cabeza como si reviviera una pesadilla y extendió la mano para secarse las lágrimas. “El doctor Smith hizo todo lo que pudo. Honestamente”.

“Tom es excelente en lo que hace”. Caminé alrededor de mi escritorio para agarrar mis llaves y mi chamarra. “Hoy tienen sopa de queso con brócoli. Vamos. ¿Está bien?”

Ella asintió y envolvió su brazo alrededor de mi cintura mientras yo envolvía mi brazo alrededor de sus hombros. Caminamos por el pasillo de esa manera, y honestamente no me importaba lo que pensarán. Tenía una personalidad fría y dura que solía mantener, pero Lara estaba sufriendo.

“¿Te importa si te pregunto algo?” Ella me miró cuando entramos en la cafetería y nos soltamos.

“Me puedes preguntar lo que sea”. Me moví a la estación de sopa y agarré dos tazas, entregándole una. “¿Tienes una historia con Alan Peters?”

“En realidad es Alan Petersen. Simplemente le gusta que le digan Peters por alguna extraña razón, pero no. No tengo ninguna historia con él”. Vertí un cucharón de sopa de gran tamaño en mi taza y tomé la suya. “¿Por qué preguntas?”

“Hay mucha tensión entre ustedes dos. Me doy cuenta”. Ella me frotó la espalda mientras le

servía su sopa. “Más que con Alonzo, Bea”.

Asentí. “No sé lo que es. Tal vez me siento atraída por él, pero sé que es un lobo”.

“Tal vez sea así”. Le entregué su sopa y caminamos hasta la salida, manteniendo la conversación hasta que estuvimos sentadas en una mesa tranquila solo para nosotras dos. “Solo ten cuidado. No quieres que todos lo noten. Sería un poco escandaloso”.

Asentí. “Tendré cuidado. Tengo que descubrir qué pasa con él. Tengo treinta y cinco años. Un tipo joven como él no debería afectarme tanto, pero algo en él me pone a la defensiva”.

“¿Tal vez porque también se siente atraído por ti, pero tiene mala reputación?” Ella tomó un bocado tentativo de su sopa y suspiró. “Gracias por esto”.

“Haría cualquier cosa por ti”. Me reí. “Una taza de sopa es lo menos que puedo hacer después de que me has aguantado todo este tiempo”. Tomé un bocado de mi sopa y pensé en Peters. Creo que me atraía, pero al mismo tiempo, la furia me invadía al pensarlo. Contradictorio.

“¿Qué estás pensando?” Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

“Que necesito descubrir qué es lo que de Peters me vuelve loca”. Me encogí de hombros. “Tienes razón. Pienso en él y de inmediato me excito y me molesto. Siento que vuelvo a tener dieciséis años”.

Ella rió. “Bueno, eso podría no ser tan malo”.

“Sí, excepto por el hecho de que no tengo dieciséis. He crecido”. Eché un vistazo alrededor y vi a Alonzo saliendo por la puerta principal. “Y el hombre al que amaba y con el que pensaba que pasaría el resto de mi vida resultó ser un mentiroso. Uno que robó mi juventud y la ilusión de un hijo”.

“¿Qué? ¡Qué mierda! Todavía puedes tener un bebé”. Ella extendió la mano por la mesa y me agarró la mano con fuerza. “Las mujeres pueden tener bebés hasta la menopausia. Tú lo sabes. Eres médico”.

“El riesgo es demasiado alto. Ya es demasiado tarde”. Saqué mi mano de la de ella. “Está bien. Realmente no quiero volver a recorrer este camino”.

“Bea”.

“No, en serio. Por favor, Lara”. Dejé que mi mirada se moviera para encontrarla. Fue difícil de hacer, pero dejé mi fachada un momento, el tiempo suficiente para dejarla ver mi dolor. “Es demasiado tarde, y nadie tiene la culpa de eso, excepto yo. Dejé entrar al diablo, y cuando descubrí quién era, tenía demasiado miedo de patearle el culo”.

“¿Y ahora Peters parece otro Diablo?”

“Tal vez así sea”. Bajé la mirada hacia mi sopa e intenté dejar ir mis pensamientos. Si no lo hiciera, estaría despierta toda la noche, y eso no era bueno para mí ni para mis pacientes al día siguiente.



TOMÉ UNA PASTILLA PARA DORMIR EL MOMENTO EN QUE SALÍ DE LA DUCHA EN MI CASA Y ME METÍ en la cama. Las sábanas se sentían frías y suaves contra mi piel caliente. Poniéndome de lado, dejé escapar un largo suspiro y cerré los ojos. Peters me molestaba por lo que sentía que podría ser. A saber, mi próximo error, y estaba tan cansada de cometerlos que luché contra él, independientemente de lo inestable e inmadura que me hizo sentir.

Llamaré a Samuel por la mañana y le diré que se lleve a Peters de regreso a Nueva York.

Dejé escapar un largo bostezo, completamente lista para abrir mi alma a mi hermano mayor y pedirle ayuda. Él me amaba y nos había estado protegiendo a mí y a Agatha desde que nuestros

padres fallecieron. No me defraudaría. No podría hacerlo.

El sueño llegó, y gratamente me liberé en la seguridad que ofrecía.

MÚSICA SUAVE DE PIANO SONABA EN ALGÚN LUGAR A LO LEJOS, Y EL SONIDO ME ATRAJO. Miré hacia abajo y tomé el camisón rosa claro que llevaba puesto. Sedoso y apretado, me sentía como una princesa, el tipo de mujer que un hombre desearía.

“Beatriz”. La voz profunda detrás de mí me asustaba, y aun así era demasiado familiar.

Me volví a tiempo para ver a Peters cerrar la brecha entre nosotros y estrellarse contra mí. Él estaba en pantalones y nada más. Su mano fuerte se deslizó por mi espalda y en mi cabello. La mirada en sus ojos me cautivó. Iba a tomarme. Estaba segura de ello.

Me puse de puntillas y presioné mis labios contra los suyos, ofreciéndole un suave beso. Él inclinó su cabeza y la profundizó, sentía el sabor del vino en su lengua mientras rodaba en la mía.

Gemí, incapaz de ayudarme a mí misma. Pasó sus manos por mi espalda y agarró mi culo, instándome a levantar y envolver mis piernas alrededor de él. Lo hice, sabiendo que estaba perdida en medio de un paisaje de sueños y queriendo experimentar todo lo que tenía que ofrecer.

“Fóllame”, gemí contra sus suaves labios. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo levanté, envolviendo mis piernas firmemente alrededor de su cintura y moviendo mis caderas para frotarme contra el grosor de su erección.

Él mordió mis labios y nos llevó a una cama que parecía salir de en medio de la nada.

El roce suave de sus dedos sobre el centro de mis bragas hasta el culo me dejó gimiendo como una necesitada. Lo quería dentro de mí, para experimentar algo nuevo, algo increíble. Para sentirme viva de nuevo.

“Pensé que te gustaban las chicas traviesas”. Solté un suave grito mientras me dejaba caer de espaldas a la cama.

“Calla y disfrútalo”. Pasó su mano entre mis pechos, sobre mi estómago y alrededor de mi clitoris. “Mierda, dime que me deseas”.

“Sabes que te deseo”. Abrí mis piernas, representando mis fantasías de ser audaz y tan ardiente como quería ser. Allí, en medio de mis sueños, nadie podía juzgarme, ni siquiera yo.

“Buena chica”. Él sonrió y se puso de rodillas mientras tiraba por las piernas de las bragas rosas que llevaba y se inclinaba para presionar su boca en mi centro húmedo.

Gruñí ruidosamente y dejé que mis rodillas cayeran hacia un lado mientras movía su lengua alrededor de mi clitoris antes de presionarla tan adentro de mí como fue posible. Nunca dejé que un hombre me probara. Ni siquiera Alonzo. Ni siquiera estaba segura de sí lo quería. Él no lo había intentado. Nadie lo había hecho realmente.

“Mierda”, gemí y arqueé la espalda cuando un fuego chispeó en mi estómago. “Pon tus dedos dentro de mí”.

“¿Te gusta esto?” Presionó dos dedos gruesos dentro de mí y los bombeó.

El placer se extendió como un reguero de pólvora a través de mis venas, y alargué la mano y deslicé mis dedos en su cabello antes de agarrar fuertemente los oscuros mechones y obligarlo a volver a bajar. Él se rió entre dientes antes de abrir su boca y chupar mi hinchada piel.

Grité su nombre y monté el orgasmo durante el tiempo que duró, mi cuerpo se sacudió y se crispó cuando la sensación más deliciosa que jamás hubiera experimentado me rompió en dos.

“Mi turno”. Retrocedió, lamiéndose los labios, se bajó la cremallera de los pantalones. “Te quiero de rodillas”.

El entusiasmo corrió a través de mí, pero algo estaba pasando. La música se había vuelto más fuerte, más insistente. No era un piano, sino un zumbido.

Mi alarma.

ME SENTÉ EN LA CAMA, MI CUERPO CUBIERTO DE SUDOR, MI CORAZÓN ACELERADO.

“Mierda”. Cogí el reloj, dándome cuenta de que lo había configurado para el momento equivocado. Eran solo las cuatro de la mañana.

Tiene que ser una broma.

Después de apagar la alarma, me dejé caer de nuevo en la cama y me quedé allí con un millón de pensamientos corriendo por mi cabeza. De todas las personas con las que podría soñar, tenía que ser Peters. No había forma de que pudiera superar el próximo mes con él.

Pasé mi mano por mi estómago y abrí mi vagina con mis dedos. Estaba pegajosamente mojada y latiendo con necesidad. No había follado en mucho tiempo, pero lo compensé el resto de la noche agotándome lo suficiente como para volver a dormir.

Peters era un problema que no necesitaba, pero algo me decía que no tenía muchas opciones.

El universo estaba tratando de darme una lección. Simplemente no estaba segura de qué se trataba.

A la mañana siguiente entré en el hospital ansioso por descubrir qué demonios estaba pasando con la hermana de Samuel. Casi la llamé esa mañana en casa, pero usé el tiempo para hablar con mi papá. No estaba mucho mejor, pero al menos había personas con él para ayudarlo. Eso me dio una pequeña sensación de paz. No era una solución a largo plazo, pero hasta que pudiera volver a Nueva York y pensar con claridad, era todo lo que tenía.

“¡Peters!” Arturo corrió por el pasillo hacia mí. “¿Quieres tomar un café antes de comenzar el día?”

“¿No estabas en turno de noche?” Sonreí y asentí. “El café suena bien de todos modos”.

Cuando nos acercamos a la cafetería, sacó su billetera, a lo que yo respondí tomando su brazo. “Esta vez yo invito. Tu puedes pagar la langosta para la cena cuando salgamos pronto”, le dije.

Él rió. “Muy bien, hombre. Eres astuto”.

Cogimos una taza de café y nos sentamos uno frente al otro. “Dime qué diablos pasa con Alonzo y Beatriz”, fui directo al punto que me interesaba.

Él levantó una ceja. “Estaban casados, pero ahora están divorciados”.

“No. No es suficiente. Quiero saber por qué”.

“Mierda, hombre. Pregúntale tú mismo”. Él tomó un sorbo de su café.

“La respetas”.

“Todos lo hacemos, Peters. Es una eminencia por aquí. Es brillante y ha logrado tantas cosas como para estar en la cima de su juego. ¿Cómo no podríamos respetar a alguien así?”

“Arturo, ¿Qué pasó con ella y Alonzo? Vamos, hombre. Ella me odia y ni siquiera me conoce”.

Él sonrió. “Tal vez no le gusten los de tu clase”.

“¿Hombres blancos con buenos dientes y buen cabello?” Le di una sonrisa dentada y pasé mis dedos por mi cabello. “No quiero arruinar las cosas con ella más de lo que ya están. Dime por qué se divorció del tipo. Es obvio que todavía sienten algo el uno por el otro”.

“Sentimientos es una palabra fuerte”. Tomó otro sorbo de su café antes de mirar alrededor. “No sé la verdadera razón. Ninguno de nosotros lo sabe, pero se dice que ella quería hijos y él no, así que la engañó”.

“La engañó, ¿Cómo? Quiero la primicia. Necesito que esta mujer me acepte. Al menos de una manera platónica. Me odia y no hice nada. No quiero que esta mierda arruine la impresión que Samuel tiene de mí solo porque ella está loca. Ayuda a un hermano”.

Él rodó los ojos. “Creo que se hizo una vasectomía y no se lo dijo. Ella quería niños, hombre. Ahora tiene treinta y cinco años”.

“¿Y?” Recogí mi café y me recosté cuando algo dentro de mí se aflojó un poco. Ella estaba

sufriendo, pero no se trataba de mí. Gracias a Dios. Qué montón de mierda. “No veo el problema. Las mujeres tienen hijos hasta los cincuenta. Está en una forma increíble. Todavía puede tener hijos”.

“Ya no está casada, Peters. Tendría que buscar a alguien y enamorarse. Esa mierda lleva tiempo”.

“Ella no necesita un esposo”. Tomé un largo trago de mi café. “Ella necesita esperma”.

“Amigo. No sugieras esa mierda”.

“Entonces, ¿Por qué crees que tiene esta especie de odio hacia mí?”

“¿Porque eres joven y vital? ¿Tal vez siente que no es justo y si tuviese la oportunidad de tener tu edad otra vez, haría las cosas de manera diferente? Tal vez representas lo que no puede tener”.

Me incliné sobre la mesa y bajé la voz. “Ella podría tenerme cualquier noche de la semana. ¿Me oíste?”.

“¿Qué? No. Ni siquiera lo intentes”. Él se paró. “Te quiero como a uno de los míos, pero si haces esto, estarás en esa mierda por tu cuenta. Y te digo que si fuera tú, la dejaría en paz. Haz lo que viniste a hacer y sal de aquí. Ella está sufriendo mucho y no es para nada la mujer con la que comencé a trabajar hace cinco años”.

Me levanté también y eché un vistazo hacia la parte posterior de la cafetería para verla entrar. Tenía la cabeza gacha como si estuviera estudiando algo en el suelo mientras caminaba. Me dolía el corazón por encontrar la manera de ayudarla, pero ¿por qué? Obviamente porque era la hermana de Samuel. Esa era la única razón por la que estaba aguantando su mierda. El miedo a ser despedido o reprendido no era algo que me mantuviera despierto por la noche.

“Bien. Gracias, hombre”. Le di unas palmaditas en el hombro y caminé hacia ella.

“No lo hagas, Peters”.

Levanté mi mano y me despedí. Haría lo que quería hacer. Todos los que me conocían lo sabían muy bien. “Gracias por el consejo”.

Bea se giró y levantó un poco la barbilla mientras yo caminaba hacia ella.

“Buenos días, doctor Peters”, me saludó y desvió la mirada para mirar los muffins que de repente parecían interesarle tanto. Algo estaba mal, pero ¿Qué?

“Buenos días”. Me moví a su lado y tomé un largo trago de mi café. “Quería disculparme”.

“¿Por qué?” Echó un vistazo en mi dirección, pero rápidamente volvió a sus opciones del desayuno. ¿Habría sucedido algo anoche? ¿Habría hablado con Samuel sobre mí?

Que me importaba, si ya estaba lo suficientemente jodido. Combinando eso con el hecho de que mi pene temblaba y se volvía más espeso debido a su cercanía, estaba jodido antes de comenzar.

“Por invadir tu espacio ayer”. Quería acercarme y tocarla, pero me obligué a no hacerlo. No nos conocíamos, y no importaba cuánto quisiera cambiar eso, era para mejor que no lo hiciera. No estaba buscando una relación, sino una larga noche escuchándola gritar mi nombre.

“Disculpa no aceptada”. Cogió un panecillo y se volvió, caminando hacia la caja registradora. Mis ojos bajaron por la curva sensual de su culo. Qué hermosa debe ser desnuda y extendida en una cama. No podía imaginarme las cosas que Alonzo le había hecho, la forma en que la habría hecho acabar un millón de veces. Los celos me invadieron, lo que me sorprendió un poco.

Oh diablos, no. No era hora de meter la cola entre las patas y correr como un cachorro asustado.

“Vamos, Bea. No seas tan dura conmigo”. Me moví hacia ella y le ofrecí al cajero una cálida sonrisa. “Estoy aquí para ayudar”.

“Bien, entonces vete a recibir a los residentes en el cuarto piso. Ya deberías haber estado

allí”. Ella se alejó de mí, y debería haberla dejado ir, pero no pude.

Me moví frente a ella y presioné mis dedos debajo de su barbilla, forzándola a mirarme. “¿Qué está pasando contigo? Esto no puede ser sobre mí”, le dije.

“Quítame las manos de encima y retrocede”.

“Da un paso atrás, y mis manos ya no estarán sobre ti”. Bajé un poco la barbilla, mirándola a los ojos y tratando de encontrarla. Había algo hermoso detrás de su dolor. Quería acceso a eso. “¿Qué estás haciendo ahora? ¿Ocurrió algo anoche?”

“Ve a recibir a los residentes. Ahora, Alan”. Ella entornó los ojos. Sabía que no quería que me llamara por mi nombre, pero lo hizo de todos modos. Si ella conociera las cicatrices contra las que presionó, seguramente no habría querido lastimarme tanto. Yo era un extraño y, sin embargo, el alto nivel de emoción que fluía entre nosotros me hizo creer que no sería por mucho tiempo si lograba que ella bajara la guardia.

Aunque era mejor que no lo hiciera. Ninguno de nosotros habría sobrevivido a la historia de amor que podríamos haber tenido.

“Es Peters, lo sabes”. Retrocedí y metí mi mano en mi bolsillo. “Quiero que se revise mi procedimiento de la cirugía hoy. Avísame cuando se haga”. Me volví y caminé hacia el ascensor. Un torrente de varias indecisiones me destrozó por dentro.

Ella necesitaba un amigo, pero ese no podía ser yo. Yo quería más, y ni siquiera conocía a la mujer. Tal vez era hora de llamar a Samuel y averiguar qué demonios estaba pasando. Tal vez podría arrojar algo de luz sobre la situación.

Pronto. Aún no. Lo usaría como último recurso y nada más.

Yo no era un adolescente con el pene atrapado en una ventana. Era un hombre maduro con el respeto de mis compañeros y la carrera más brillante de todos los que conocía. Lo que sea que estuviera pasando con Beatriz Fisher no era asunto mío.

Lástima que no creí ni un poco de esa mierda.

BEATRIZ

La tensión entre Peters y yo era casi peor de lo que era entre Alonzo y yo. Me sentí como si estuviera viviendo en medio de una maldita telenovela. No era yo en absoluto, y a tan solo unos pocos días desde que Peters había llegado allí, ya me estaba cansando.

“Te ves terrible”. Samuel sonrió desde la pantalla de mi computadora mientras me sentaba con una taza de café y subía el volumen. Usábamos Skype de vez en cuando, solo para estar en contacto. Ninguno de nosotros estaba dispuesto a escaparse por un día para encontrarse. Era triste, pero eran nuestras vidas.

“Gracias”. Pasé mis dedos por mi cabello y los metí en los enredos. Él se rió entre dientes mientras refunfuñaba y resolvía los enredos. “Es tu culpa”.

“Lo dudo, pero dime por qué crees que esa mentira es verdad”. Levantó una ceja perfecta, y deseé estar más cerca de él. Era mi mejor amigo además de Agatha. Era extraño saber que eran todo lo que tenía como familia, pero tal vez un día eso cambiaría.

“Enviaste al cirujano más detestable que he conocido y lo he tenido que aguantar y estará aquí durante un mes. ¿Por qué? ¿Qué he hecho para merecer esto?” Mi voz era fuerte y dramática, pero le guiñé el ojo al final para hacerle saber que tal vez estaba exagerando.

“Ahhh... solo unos días y ya se metió en tu mente”. Samuel sonrió y negó con la cabeza. “Solo asegúrate de que no sepa que te tiene donde quiere”.

“¿Dónde me quiere?” Levanté una ceja.

“Él quiere que todas las mujeres se deshagan a su alrededor”. Se encogió de hombros. “Si fueras un hombre, conocerías bien este truco, pero no lo eres”.

“Gracias por la aclaración”. Cogí mi café y soplé sobre él mientras miraba a mi hermano. “¿Y quiere que me desenmarañe porque le gusta saber que tiene un efecto sobre las mujeres de voluntad débil?”

“Para nada. Quiere verte emocional para salvar tu día”.

Me reí. “¡Él mismo es el que me jode el día!”

“Eso es irrelevante”.

“Así que ahora el problema soy yo porque no le estoy mostrando que me tiene contra la pared. Ya estoy destrozada por tener que trabajar codo a codo con Alonzo, y que lanzaras a Peters a la mezcla no me ha hecho ningún favor”.

“Esa es tu elección, Beatriz. Te dije que podría hacerte un lugar aquí en St. Marks. Siempre tienes opciones. Lo sabes”. Su voz había vuelto a sonar como mi padre. Aunque me molestaba su consejo cuando tenía veintitantos, hoy era bienvenido.

“Lo sé”. Tomé otro sorbo de mi café y lo dejé. “No quiero que Peters me perturbe, pero es una

hazaña dura hoy en día. Alonzo y yo tuvimos otra pelea a gritos, aunque finalmente recuperé mi nombre”.

“Alonzo espera que te agotes y abandones la lucha”.

“No me importa lo que él espere. Yo solo espero tener un día en el que no sienta la necesidad de arrancarle la cabeza a alguien”.

“Entonces haz que ese día sea hoy”. Él inclinó su cabeza un poco hacia un lado como si estuviera tratando de diagnosticar mi tipo de locura.

“¿Cómo van las cosas allá?”, pregunté.

“Genial, pero eso es porque no dejo que las cosas que no importan penetren en mi mente”.

“Tengo tetas. Hay cosas que me penetran”. Le di una sonrisa dentada.

“Es mucho más de lo que necesitaba saber, pero gracias por eso. De hecho, podría vomitar si sigues hablando así”.

“Eso me alegraría el día”. Me incliné hacia atrás y dejé escapar un largo suspiro.

“Está bien, muéstrame las nuevas cirugías que vienen y te daré mi opinión como siempre”.

“Tengo unos archivos aquí que te quiero mostrar luego”, dije mostrando un viejo cuaderno de cuando éramos niños.

“¿Cómo diablos encontraste eso?” Echó un vistazo de cerca a la pantalla mientras la travesura llenaba sus ojos.

“¿Lo recuerdas?” Bufé y me reí mientras los recuerdos me inundaban. Samuel y yo teníamos toneladas de secretos cuando niños, secretos de todos los demás, pero no el uno del otro. Nos protegíamos mutuamente, compartimos la vida y encontramos aventuras. Él era mi apoyo, mi mejor amigo, mi hermano.

Si pudiera encontrar un buen hombre como él para ser mi esposo, entonces la vida estaría bien.



“ES IMPOSIBLE”, DIJE ECHANDO UN VISTAZO DE REOJO A PETERS MIENTRAS ESTÁBAMOS FUERA DEL quirófano en la sala de lavado, fregando nuestras manos uno al lado del otro antes de la cirugía.

“No, no lo es. He realizado esta cirugía muchas veces en dos horas”. Su sonrisa era increíblemente sexy.

“Perdóname por ser escéptica, doctor Peters, pero es imposible”. Me volví y Lara me ayudó a ponerme los guantes y me dio mis gafas y mi máscara. “Lara, ¿alguna vez has oído que alguien haya hecho esta cirugía en menos de cuatro horas?”

“No. Incluso cuatro horas es rápido según mi experiencia”.

Peters se rió entre dientes y se movió al lado de los dos, sacudiendo las manos. Fue agradable no estar tensa con él. Hablar con Samuel me había ayudado a calmarme un poco más temprano esa mañana y descubrí que tal vez estaba descargando mi angustia por Peters porque eso era más fácil que ser amable con el bastardo engreído.

“Qué tal si...”, hizo una pausa y me sonrió, “Hago esto, y si lo termino en dos horas-”.

“¿Por qué parece que no debería estar aquí?” Preguntó Lara, riendo antes de irse y dejarnos solos.

Me giré para mirarlo mientras la excitación corría por mi pecho. ¿Era realmente capaz de cerrar la cirugía en dos horas? Sería un nuevo récord para nuestro hospital. La sola idea de ver algo tan milagroso hizo que mi pulso se acelerara. O tal vez era por el hombre atractivo con tatuajes y piercings que tenía al frente.

Era un completo rebelde, y una parte de mí también anhelaba serlo. Si tenía tiempo para soñar con hijos, también tenía tiempo para soñar y ser joven.

¿“Qué?”, pregunté.

“Y si lo termino en dos horas o menos, saldrás conmigo”. Se lamió el costado de la boca, y mi estómago se contrajo con una oleada de hormigueos.

“No”. Me volví y entré al quirófano para encontrar a nuestro personal preparado y listo para funcionar. “De ninguna manera”.

“Sabes que quieres ver esto, Bea”. Se movió al otro lado, y Henry levantó el bisturí.

Era difícil respirar de repente mientras estaba allí parada en medio de la indecisión. Quería salir con él, para cenar y escuchar su historia. Samuel lo quería como a un hermano. ¿Por qué? ¿Qué tenía Peters que mi hermano estaba dispuesto a hacer todo lo posible por él? Ese no era Samuel en absoluto. Tenía que haber más en este hombre de lo que pensaba.

“¿Quién realizará la cirugía?” Preguntó Henry mientras miraba entre Peters y yo.

“Es solo una cena”. Peters sonrió, y supe que estaba en problemas.

“¿Y si no lo haces en dos horas?” Quería desafiarlo. Una pasión que no podía recordar haber sentido antes me recorrió.

“Entonces empacaré mis cosas y me iré”. Él me guiñó.

“Bien. Hazlo. No va a suceder de todos modos. Esto es imposible”. Eché un vistazo a Henry. “Permita que el Doctor Peters se encargue y nos sorprenda a todos como lo prometió. Puede ser la última vez que tengamos que aguantarlo”.

Ignoró mi burla. “Para vencer lo imposible, primero tienes que creer que es posible, Bea”. Peters tomó el bisturí y se movió a su lugar.

Quería corregirlo, pero estaba perdida por lo delicioso que se veía en su ropa inclinado sobre el paciente, tomando la carga completa con la total confianza de que estaba a punto de enseñarnos a todos.

Una gran parte de mí esperaba que lo hiciera.

Me acerqué y observé, entregándole instrumentos y apoyándolo junto a Henry hasta que terminamos. Miré por encima de mi hombro para ver que lo había terminado en menos de dos horas. Mi cuerpo se sonrojó con una ráfaga de calor, y no tuve dudas de que mis mejillas y cuello estaban coloridos de rosa.

“Hecho”. Él retrocedió y sonrió. “Dejen que los cielos lloren. No regresaré a casa hoy”.

“Me gusta eso”, dijo Lara mirándome. “Menos de dos horas”.

“Así es”, respondí me movía para inspeccionar su trabajo. Era impecable, como si Samuel la hubiera realizado. La cicatriz casi no se notaría una vez que el cabello de la mujer creciera a lo largo de la base de su cráneo. “Es perfecto”.

“Lo tomaré como un cumplido”. Peters se volvió y salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de él.

Asentí con la cabeza para que Lara lo siguiera y lo ayudara a afeitarse. Henry se movió hacia el otro lado de la mesa y se inclinó para inspeccionar también el trabajo del joven médico.

“Debo decir que su hermano le ha enseñado bien, doctora Fischer”.

“Así es”. Levanté la vista y sonreí. “Asegúrate de no felicitar demasiado al engreído bastardo, ¿de acuerdo?”

Henry se rió. “Cualquiera que sea arrogante a su edad es por una razón. Tiene treinta y un años, Beatriz, no veintinueve. Puede parecer joven, pero no es un niño. Si todavía sigue jugando a ser engreído, entonces se debe a que se está protegiendo a sí mismo”.

“Oh, Te has enamorado de él”, agregué mientras mi sonrisa se hizo más amplia.

Henry retrocedió y se rió de nuevo. “No, pero creo que tu podrías”.

“Él te pagó, ¿no?” Terminé mi revisión y caminé hacia la puerta mientras Henry me daba algunos consejos.

“Beatriz”.

Miré por encima de mi hombro. “¿Sí?”

“Cuando un médico realiza una cirugía de corazón, ¿Cuántos días pasan antes de obligar al paciente a levantarse y caminar, aunque duela?” Él frunció los labios.

“Tan pronto como se despierta y pasen las primeras veinticuatro horas”.

“Correcto. Cuando algo se rompe y se arregla, no esperas que se produzca una curación completa. Avanzas y en el movimiento comienza la curación. ¿Me oyes?”

Las lágrimas nublaron mi visión. Estaba tan rota por mi divorcio, y la pérdida que creía que siempre sería mía, que había dejado de respirar, había dejado de vivir el año anterior. Asentí y me di la vuelta para salir.

“¡Ja! Te dije que yo...” Peters rebotó en sus pies, pero su expresión se suavizó al verme. “Bea. ¿Qué pasa?”

“Nada”. Giré mi cara y limpié mis lágrimas en la manga de mi ropa. “Solo un recuerdo compartido entre Henry y yo. Estoy bien. Buen trabajo. Has ganado”.

“¿Estás segura?” Lara se movió a mi lado y me ayudó a quitarme los guantes y otros atuendos. “¿Necesitas hablar?”

“No”. Agarré unas toallas de papel y me sequé los ojos antes de girar para ver a Alonzo entrar a la habitación. Jodidamente genial.

“Doctor Peters. Me enteré que acaba de batir un récord”. La voz de Alonzo resonó en la pequeña habitación.

Miré hacia atrás para ver a una nueva enfermera de pie al otro lado del cristal, su sonrisa era tan grande que parecía que podría romper su linda cara. Ella había participado de extra en la cirugía. Parecería que estaba tratando de adular a Peters. Demasiado gracioso. ¿Acaso no sabía ella que él era una mierda una vez que las tenía?

Mis desagradables pensamientos me ayudaron a alejar mis sensibilidades, por suerte.

“Muchas gracias. Tengo que agradecer a Samuel por eso. Presiona tanto que lo logras o te rompes por la mitad”, respondió Peters.

Me dirigí a la puerta, sin querer participar en la ceremonia de besarse los culos. Alonzo me detuvo. “Doctora Ficher. ¿Felicité al protegido de su hermano? Podría haber algunas cosas que podría aprender de él”.

Deteniéndome, me volví y forcé una sonrisa en mi cara. “Por supuesto que lo felicité. Hizo un trabajo increíble”. Eché un vistazo a Peters, quien se veía muy gracioso disfrutando de la situación. “Siéntete libre de enseñarme tus formas perversamente talentosas en cualquier momento”.

“Beatriz”, comenzó Alonzo.

Me volví y salí al pasillo.

“Bea. Espera”. Peters trotó detrás de mí mientras caminaba por el pasillo. “Mañana tenemos libre. Cena a las seis, por la noche. Iré a buscarte. Envíame la dirección por mensaje de texto”.

“No”. Me volví para mirarlo cuando la puerta del quirófano se abrió, y Alonzo salió. Estaba demasiado lejos para realmente escucharnos, pero no tenía dudas de que estaría preocupado por nuestra cercanía. Di un paso atrás para ahorrarme otra pelea. “Hiciste un gran trabajo. Es más que suficiente premio. Estamos aquí para salvar vidas y hacerlo de manera efectiva. Ya lo hiciste”.

Sus ojos se oscurecieron un poco. “Mañana a las seis. Un trato es un trato”.

“Bien, pero nos encontraremos allí. No me vas a recoger. Punto”. Apreté la mandíbula, sin querer moverme. No había forma de que saliera con él. Terminaría en la cama con él y luego... me enamoraría. No había una maldita forma en que agregara otra pérdida a mi lista. Y sin duda él sería una.

“Bien. Podemos encontrarnos allí”. El fantasma de una sonrisa se dibujó a un lado de su boca, atrayéndome demasiado profundamente.

“No voy a ser ni una pizca de divertida. Te puedo prometer eso”. Dejé que mis ojos se muevan a través de su cara increíblemente atractiva. Su sombra de las cinco en punto parecía tan malditamente hermosa, sus labios tan besables.

“Déjame ser el juez de eso”. Me guiñó un ojo y se giró, caminando hacia Alonzo.

Me quedé allí por un momento, tratando de recordar hacia dónde me dirigía. Correcto. A mi oficina para enojarme.

Estupendo.

PETERS

Un día se sintió extraño. Estaba acostumbrado a dedicar horas extra y matarme en St. Marks, pero las cosas eran diferentes aquí en el Boston Gen. No era parte del equipo. Una parte de mí se lamentaba por la pérdida de ser importante, pero pronto volvería a casa.

Me vestí mientras veía las noticias esa mañana y traté de no emocionarme demasiado por mi cita con Beatriz esa noche. Samuel me mataría si supiera lo que estaba haciendo, pero tal vez podría mantener las cosas amistosas. No estaba interesado en una relación, pero seguía surgiendo un pensamiento que sabía que me pondría en problemas.

Necesitaba dejarlo ir, pero no pude.

¿La hermosa chica quería niños? ¿Necesitaba alguien que la ayudara con eso?

No estaba listo para ser papá, y nunca quise establecerme o casarme, ¿pero ser donante de esperma de una princesa quebrantada? Podría manejar eso. Pero nunca podría decirle a Samuel lo que había hecho.

“A la mierda”, murmuré y agarré las llaves de la motocicleta. Ese bebé saldría luciendo como yo, ¿y luego qué? ¿Realmente podría alejarme? Tal vez podría, pero era una conversación para otro momento. No es como si Beatriz y yo estuviéramos en buenos términos en lo más mínimo.

Ella bajó la guardia un poco el día anterior, y traté de impresionarla en medio de la calma.

Subí a la motocicleta y conduje durante más de una hora hasta la casa de mi padre, disfrutando del viento en mi cabello y la visión de lo que podría suceder en la noche si nos divirtiéramos juntos. Ella necesitaba un poco de diversión, y yo era el hombre que se la ofrecería. Sin sexo. Bueno, tal vez sin sexo. Samuel volvió a aparecer en mi mente mientras conducía a la casa de mi padre. ¿Mi mentor realmente pensaba que Beatriz y yo no nos llevaríamos bien?

Cuando llegué a la casa, aparqué y me reí de mí mismo. Podría hacer limonada con limones cualquier día de la semana. Mierda, podría hacer jugo de naranja con limones dadas las circunstancias correctas.

Golpeé y abrí la puerta, entrando para encontrar el lugar impecable. “Gracias a Dios”, murmuré y me detuve al borde de la cocina para escuchar a mi padre riendo con alguien. Una mujer.

“¿Te gusta, realmente, Jael?”, dijo ella poniendo sus manos en sus caderas, y la mirada que le dio a mi padre era la de un desafío.

“Sí. No suelo ser un tipo aficionado a la canela, pero esto es delicioso”. Él estaba de pie y bien vestido.

Los milagros suceden.

Necesitaba hacerme notar antes de que me descubrieran y pareciera que los estaba espiando. “Me encanta. ¿Tienen algo extra para mí?”

“¿Peters?” Mi padre se volvió y extendió los brazos. “¡Hijo! Es bueno verte”.

Se veía tan bien que tuve que contener mi emoción. Su rostro era claro, sus ojos brillantes, su estado de ánimo elevado. Me moví a sus brazos y le di un cálido abrazo mientras le guiñaba un ojo a la linda mujer detrás de él.

“Es bueno verte también, papá. La casa se ve genial”. Respiré profundamente y retrocedí. “Huele como el cielo aquí”.

“Olga es una excelente cocinera y mantiene la casa limpia”.

“¿Olga? Encantado de conocerte”. Extendí mi mano hacia ella y le sonreí. “Pensé que contraté a dos personas diferentes para esos deberes. De hecho, estoy seguro de que ambos eran hombres, ¿verdad?”

Mi padre se rió entre dientes. “Despedí a esos pendejos”. Sus ojos se iluminaron cuando miró a Olga. “Y pedí que enviaran a la mujer más hermosa que tenían. Se superaron a sí mismos”.

Ella se sonrojó. “Jael. Detente”. Ella se volvió hacia mí y asintió. “Tu padre está mucho mejor. Estoy feliz de ayudarlo”.

La observé detenidamente, asegurándome de que hubiera una validación de la humildad que puso en exhibición. Cuando miró a mi padre, sus mejillas se volvieron rosadas de nuevo. Guau. Algo estaba pasando entre ellos.

“Excelente”. Me volví y caminé hacia la cocina para encontrar un plato horneándose con tres rollos de canela espesos empapados en glaseado. “Oh, sí. Necesito uno de estos”.

“Tómalos todos”, respondió mi padre. “Toma un plato y vamos a hablar en el porche trasero. Es hermoso por ahí”.

“¿Sí?” Eché un vistazo alrededor y descubrí que Olga se había ido y que mi padre me estaba mirando. “Está bien. Me gusta cómo suena eso. Tengo una cita esta noche, así que no me dejes perder la noción del tiempo, ¿sí?”

“Por supuesto”. Levantó su muñeca y tocó su reloj. “Olga encontró esto para mí. Casi había olvidado que lo tenía”.

“¿Es el que el abuelo te dio?” Arreglé un plato rápido y me volví para seguirlo. La casa estaba imaculada y para mi sorpresa, las fotos de mi madre se habían ido. No había señales de ella en ningún lado. Podría haber llorado en ese mismo momento.

“Sí. Me encanta lo viejo. Tengo que dártelo antes de morir. No me dejes olvidarlo”. Él se rió entre dientes mientras yo me estremecía.

“¿Podemos hablar de algo más que de morir?” Salí al porche con él y me dejé caer en una silla de jardín, sorprendido de ver algunas plantas vivas diseminadas por el porche. Era sereno, hermoso.

“Va a pasar un día, hijo”. Mi papá se sentó y se inclinó hacia atrás antes de mirarme con una sonrisa. “Pero no tan pronto como pensé, gracias a ti”.

“¿A mí?” Corté un trozo del rollo y lo metí en mi boca, gimiendo en voz alta por lo bueno que era esa maldita cosa. “¿Por qué por mí?”

“Porque me salvaste el otro día. No había pasado un día sin beber en años”.

“¿Y lo has hecho desde que te vi el sábado pasado?”

“Así es”. Él sonrió.

“¿Porque a esa linda chica en la cocina le gustas?” Me reí y metí más de la masa en mi boca. La mujer sabía hornear, sin dudas. Aunque no me importaba lo que ella pudiera hacer si me ayudaba a salvar la vida de mi padre. Él era todo lo que me quedaba en el mundo.

“¿Crees que le gusto?” Él se rió entre dientes. “Soy demasiado viejo para eso”.

“No, no lo eres. Solo tienes cincuenta y ocho años, papá. La vida se detiene cuando dejas que se detenga. Hasta entonces, vívela”.

“¿Y tú, chico?” Se giró un poco y me estudió. Fue indescriptiblemente bueno verlo enfocándose en algo, cualquier cosa. “¿Con quién es esa cita esta noche? Nunca me habías mencionado una cita antes”.

Lo había hecho, pero no tenía sentido recordárselo. Había estado borracho cada vez que había hablado con él. No podía recordar honestamente ningún momento en el que no lo estuviera.

“Es una neuróloga brillante del Boston General”. Me encogí de hombros. “Es hermosa, papá, pero está dañada”.

“Tú también lo estás”. Él se rió entre dientes, haciéndome sonreír. “¿Por qué tienes tanto miedo de amar, Alan?”

“Sabes por qué”. Dirigí mi mirada al patio trasero y metí la mitad del otro rollo en mi boca.

“Tu madre no puede perseguirnos para siempre, hijo. Déjala ir”.

Tragué saliva y me lamí los labios. “Beatriz es su nombre. Tiene cinco años o seis años más que yo”.

“¿Mayor? Interesante. Pensé que por lo general elegías del tipo joven y tonta”.

“Oh, lo hago”. Terminé mi desayuno y me incliné hacia atrás, estirando las piernas. “Ella también es la hermana menor de Samuel”.

“¿Tu mentor de Nueva York?” Él se puso rígido.

Me reí. “¿Preparado? Se pone mejor. Su ex marido es el Jefe del Boston General”.

Él bufó. “Bueno, esto suena como un desafío que no vas a poder dejar pasar”.

“No lo sé”. Puse mi plato en el suelo a mi lado y volví mi atención hacia él. “Ella podría ser todo lo que quiero en mi vida, pero eso me asusta”.

“Bien. Entonces estás justo donde deberías estar”. Él giró y cerró los ojos. “La vida es demasiado corta para que el miedo te cierre”.

Me mordí la lengua. El miedo no fue lo que arruinó la vida de mi padre. Fue una mujer hermosa con un vestido rojo. Y gracias a ella, se había convertido en un alcohólico y se había consumido los años de su vida. Solo odiaba a una persona en el mundo, y era ella.

Lamentablemente, supe sin lugar a dudas que todavía la amaba. Me negué a admitir que tal vez yo también...



REVISÉ MI RELOJ Y AJUSTÉ EL MENÚ SOBRE LA MESA FRENTE A MÍ. YA HABÍAN PASADO CUARENTA minutos y Beatriz no llegaba. Ella no parecía ser el tipo de mujer que llegaría tarde. Mi teléfono estaba frente a mí en la lujosa mesa de este restaurante, y quería tomarlo y llamarla, pero no pude.

Ella no vendría, y tendría que levantarme y darme cuenta de que, por primera vez en mi vida adulta, me habían plantado.

Una sonrisa me recorrió el costado de la boca cuando pensé en los huevos que tenía esta mujer. Perdió la apuesta y, sin embargo, ¿no tuvo el coraje de pagar?

Era solo una cena por el amor de Dios.

¿Pero era solo eso?

Me puse de pie y dejé caer cincuenta dólares sobre la mesa antes de caminar por el ajetreado comedor. Las parejas se sentaban alrededor de las mesas iluminadas con velas, riendo e inclinándose uno hacia el otro. Ver a todos menos a mí disfrutar de la vida me dejó un sabor

amargo en la boca.

¿Qué demonios estaba pensando? Debería haberla llevado a un juego de pelota y comer un hot dog. Ella habría estado cómoda allí, pero parecía demasiado mujer para un encuentro casual.

Tomé el largo camino a casa y me sorprendí un poco al ver aparecer el nombre de Samuel en mi teléfono mientras entraba a la casa. Levanté mi teléfono celular hacia mi oreja y cerré la puerta.

“Oye, tú. ¿Cómo estás?”

“Oye, amigo. ¿Cómo te está tratando Boston?”

Él realmente no quería saber eso. “Está bien, amigo. He vuelto a ver a mi papá unas cuantas veces, lo cual fue duro, pero ordené un poco las cosas para él. El hospital es hermoso, y tu hermana tiene un talento enorme”.

“Sí. Parece que te quiere”.

Me reí a carcajadas antes de dejarme caer en el sofá. “Ella me odia, pero está bien. Haré mi trabajo y me iré. Esta es su área, y no está dispuesta a compartirla en lo más mínimo, ni debería estarlo”.

“Ella es muy protectora de su carrera”. Él dejó escapar un suave suspiro. “Es todo lo que tiene, o al menos, eso es lo que ella cree”.

“¿Por qué ella todavía está trabajando en el Boston Gen, Samuel? Alonzo está a su lado todo el tiempo. No puedo imaginar estar en una situación así. Eso es solo un tema emocional”.

“Es como dijiste, hombre, es su territorio. No va a alejarse solo porque Alonzo Anderson lo dirige. Es dura como el infierno, y está allí para demostrarlo”.

“La está matando. Tiene un carácter como la mierda y es cruel”.

“Sí. Estoy preocupado por eso”.

“¿Qué quieres que haga, Samuel?” Pasé mi mano por mi cara. “He tratado de usar el humor, el coqueteo, la arrogancia, todo para que se despierte”.

“No es tu trabajo, amigo. Alguien vendrá a su vida y le recordará que vale la pena vivir”.

“¿Y si ese soy yo?” No debería haberlo dicho, pero no pude contenerme.

“Peters. Sabes tan bien como yo que no eres un hombre de compromisos. Por favor hazme un favor y no te metas con mi hermana. Ya tiene suficiente”.

“Está bien. Es solo que tengo a este príncipe de armadura brillante dando vueltas en mi cabeza”.

Él rió. “Bueno, para con eso”.

Dejé la conversación allí. No quería saber más al respecto. Ya me dolía mucho más que mi ego. Me dolía el corazón, lo que quedaba de él.

BEATRIZ

La culpa castigaba mi interior a penas llegué al hospital a la mañana siguiente. Debería haber llamado a Peters y hacerle saber que no iría a cenar. Fue grosero e infantil de mi parte. Si hubiera sido un chico que hubiera conocido en un bar, no sería un gran problema, pero él no lo era. Él fue mi compañero de trabajo y lo sería durante las siguientes tres semanas.

Tres largas semanas.

Me senté en el coche en mi lugar de estacionamiento hasta que alguien tocó la ventana. Alonzo. Que mierda mi vida. Abrí la puerta y salí. No tenía más remedio que ser cordial con él, sin importar cuántas peleas tuviéramos, o cuánto lo odiara a veces. Él era mi jefe.

“¿Estás bien?” Levantó su perfecta ceja y retrocedió. “Te ves enojada. ¿Ha pasado algo?”

“Estoy bien. No dormí bien anoche”. Me encogí de hombros y me incliné para recoger mis cosas.

“Te quería hablar de Peters. El tipo es bastante impresionante”. Retrocedió cuando cerré la puerta de mi automóvil y caminé hacia el hospital. “¿Crees que hay alguna manera de que puedas hablar con Samuel para alentar a Peters para que se una a nosotros?”

Me erizó de inmediato. “¿Por qué necesitaríamos a Peters? Estamos Henry y yo”.

Él sonrió de la manera engreída que solía volverme loca de lujuria. “Sabes que necesitas un compañero más fuerte que Henry, Bea”.

“Es Beatriz”, ladré y volví mi atención al frente. “Si lo quieres, consíguelo tú mismo. No estoy interesada en que un cabeza hueca, arrogante y bastardo trabaje en mi quirófano.”

“Ay”. Alcanzó la puerta y la abrió para nosotros. “Casi diría que te gusta”.

“Me importa una mierda lo que casi dirías”. Me volví y caminé hacia mi oficina, sin saber si odiaba más mi inseguridad o mi soledad.

“Hazlo por nosotros, Bea. En serio”.

Lo ignoré y entré en mi oficina, cerrando la puerta detrás de mí. “Hazlo tú mismo, imbécil”, murmuré y dejé caer mis cosas en mi escritorio. No tenía cirugía hasta las dos de la tarde, así que me quedaría aquí. Cerré la puerta. Las persianas estaban abajo, y todos sabían que no me podían molestar a menos que dejara la puerta abierta. Regla implícita.

La culpa me recorrió de nuevo mientras me sentaba y sacaba algunos archivos que quería estudiar. Le debía una disculpa a Alan. Necesitaba volver a encarrilar nuestra extraña relación. No éramos amigos, y no seríamos amantes. Trabajamos juntos. Eso era todo.

Casi grité cuando mi puerta se abrió de par en par y Peters entró y la cerró detrás de él. La expresión de su cara decía que tenía una maldita gran disculpa por dar.

“¿Sabes qué? Pensaba que eras una perra por la forma en que actúas por aquí, pero nunca en un millón de años habría pensado que eras alguien sin educación”. Sus ojos estaban llenos de emociones y su piel estaba sonrojada.

Me puse de pie y crucé los brazos sobre mi pecho. “Lo siento. Debería haber-”

“Sí. Deberías haberlo hecho”. Caminó hacia mí, moviéndose alrededor de mi escritorio con aspecto agresivo.

El miedo y la lujuria me atravesaron. Levanté mi mano y la presioné en su pecho. “Retrocede”.

“No lo haré. Me senté en ese maldito restaurante por una hora esperándote”. Se detuvo, pero por el fuerte movimiento de su pecho, podría decir que no quería.

Mi pulso se aceleró mientras un millón de deliciosos pensamientos corrían por mi cabeza. Este hombre era conocido por hacer que las mujeres se sintieran bien. Mi deseo de olvidar todo lo que me agobiaba y simplemente ceder ante él estaba anulando mi fuerza para retroceder. Tenía que hacer algo.

“Lamento que pensaras que una mujer respetable como yo iría a cenar con un hombre puto como tú”. Me reí burlonamente. Me sentí tan perra. “No hay forma en el universo de que quiera algo de ti, y tú solo estás aquí, Alan Petersen, porque Samuel te quería aquí. A la mierda por enviarte aquí. No eres más que un chico infantil que tiene que presumir y columpiar su pene en los pasillos. ¡Ni siquiera mereces ser médico!” Le grité, esperando que mi show lo desalentara, lo enfureciera, lo alejara y no mirara hacia atrás.

Él comenzó a responder, su rostro estaba rojo, sus ojos me advertían, pero cerró los ojos y asintió. “Sé lo que estás haciendo, Bea, pero no lo estás entendiendo”.

“¿Qué es lo que estoy haciendo?” Retrocedí un paso cuando mis manos se humedecieron. Mierda, quería ser suya. Sentir su pasión romper dentro de mí.

“Quieres que me vaya”. Abrió los ojos y me dejó sin aliento. “Y eso no está sucediendo”. Extendió la mano y se agarró a un lado de mi cuello, tirando de mí hacia él con enojo.

“No. Necesito que te vayas”. Puse mis manos sobre su pecho y gemí cuando sus músculos se flexionaron bajo mis dedos. Quería tocar cada centímetro de su cuerpo. “¡Sal ahora!”

“No está sucediendo”. Se inclinó y presionó sus labios contra los míos y el mundo desapareció.

Envolví mis brazos alrededor de su cuello y medio gemí mientras abría mi boca y lo invitaba a entrar. El sonido de su gruñido de aprecio hizo que mi pecho golpeará, y mis pantaletas se humedecieron con una oleada de lubricación. ¿Quién demonios era este bastardo? Sabía que conseguiría lo que quería de mí y se iría.

Pero tal vez eso era mejor que quedarse.

“Fóllame”, murmuré contra su boca mientras mis sueños se desarrollaban detrás de mis ojos cerrados.

“Te voy follar, mujer”. Envolvió una mano fuerte alrededor de la curva de mi culo y me levantó, obligándome a envolver mis piernas alrededor de él. La gruesa dureza de su pene presionando en mi húmedo centro fue suficiente para dejarme hecha un desastre caliente.

Era enorme por lo que podía sentir, y quería hasta el último centímetro de él metido dentro de mí. Envolvió sus dedos alrededor de mi cabello y se echó hacia atrás mientras me miraba a los ojos. “Mereces un buen castigo por haberme plantado anoche, pero no tengo la paciencia para esa mierda en este momento”.

“Quiero que lo hagas”, murmuré y rodé mis caderas mientras mis ojos se cerraron. Una deliciosa lujuria me envolvió en gruesas olas, y no quería nada más que a él. Algo sobre la necesidad de rendirme me dejó rota, abierta, viva.

“Y juegas a la mojigata en público”. Soltó mi cabello antes de empujarme contra la puerta. “Espero que te guste lo rudo”.

“No sé cómo me gusta”. Sonaba como una virgen insegura. Era casi cómico y, sin embargo, me sentía así en sus brazos. Sabía cómo complacer a una mujer, y yo quería ser arrojada al borde del éxtasis violentamente por él. “Ahora cállate y haz lo que viniste a hacer”.

Se rió entre dientes antes de volver para dejarme en mi escritorio e inclinarse para tirar mis papeles y archivos a piso. Me envolví a su alrededor y pasé mi lengua por el costado de su cuello.

“Necesitas aprender tu lugar en el sexo, Bea”. Retrocedió y envolvió sus dedos en la parte posterior de mi garganta, empujándome hacia atrás con su palma.

El miedo me bombeó, y jadeé y agarré su muñeca. “No”.

“Silencio. Haz lo que te digo que hagas”. Empujó más fuerte, y me doblé bajo la presión de tratar de mantener el ritmo. “Quieres esto. Me quieres a mí. Deja de tratar de controlar el momento y déjame hacerlo”.

“Tengo miedo”, susurré, sorprendida de que esas palabras salieran de mi boca.

“Sé que lo tienes, bebé. Confía en mí en esto”. Pasó su mano entre mis pechos, arqueé mi espalda y gemí mientras el placer bailaba en el centro de mi estómago. “¿Cuánto tiempo ha pasado?”

“Demasiado”. Las lágrimas me quemaron los ojos, pero las obligué a retroceder. De ninguna manera haría de esto un momento emocional. Yo quería carnalidad. La necesitaba.

“Soy un tipo grande, Bea”. Tiró de mi camisa y metió la mano en la copa de mi sujetador para sacar uno de mis pechos. “Mierda, eres tan hermosa. Sabía que serías una diosa”.

Gemí mientras se inclinaba y deslizaba su lengua alrededor de mi pezón, llevándolo a su boca y rechinando contra mí. La fricción fue suficiente para dejarme temblando. Había tenido algunos orgasmos poco profundos gracias a mis propios dedos, pero nunca uno profundo. Nunca uno en el acto de sexo. Quería uno, pero la presión para llegar allí era demasiada. Era un juego mental conmigo, y no pude dejar ir lo suficiente como para llegar allí. Jamás.

Deslicé mis dedos en su pelo oscuro y moví mis pies sobre el escritorio, doblé mis rodillas y abrí un poco más las piernas. “Te odio por esto”, gimoteé mientras tiraba de mi pezón con los labios y levantaba la vista.

Retrocedió y tiró de mis pantalones y mis bragas con un rápido golpe. Otro largo gemido se escapó de mí cuando sonrió. “Deja las rodillas a un lado. Quiero verte”.

“Peters”, susurré, pero dejé caer las rodillas abiertas, presionándolas contra la dura madera de mi escritorio. Quería verlo de cerca, para ver si realmente le gustaba lo que estaba viendo.

La lujuria en su rostro me quemaba.

Miró hacia arriba mientras tiraba de su uniforme hasta sus gruesos muslos y se quitaba la camisa por la cabeza. “No hables más, a menos que sea malo, ¿de acuerdo?”

Me apoyé en los codos y asentí. Dios, quería ser mala con él, pero no sabía qué decir. Estar con alguien que no fuera Alonzo me tenía cohibida, preocupada, queriendo ser todo lo que él quería que fuera. Envolvió su mano alrededor de su pene y mis ojos se agrandaron. Él no era grande. Era jodidamente grande.

“¿Te gusta lo que ves, Bea?” Él bombeó su pene hinchado a través de su mano antes de inclinarse hacia mí y pasar su cabeza suave sobre los labios de mi vagina, me abrió y se deslizó una pulgada dentro de mí.

“Me encanta”, gemí cuando mi cuerpo se contrajo, apretando mi piel alrededor de él.

“Todavía no has visto nada, bebé”. Presionó un poco más y extendió la mano libre, agarrando mi cuello de nuevo mientras rodaba sus caderas.

Gruñí y levanté un poco las piernas, arqueé mi espalda y presioné su cálida erección.

Un hormigueo comenzó en el centro de mi estómago y subió por mi espina dorsal, dejándome un poco mareada. “Quiero acabar”.

“Lo harás, ángel. Solo mírame mientras te follo en este momento”.

Abrí los ojos y lo miré mientras presionaba más. La determinación en su hermoso rostro me había desbordado mucho más allá. “Estoy tan mojada”, susurré y presioné más.

“Porque quieres esto. Me quieres”. Él agarró mi cuello y levantó sus caderas, forzando más su pene en mí de lo que creía posible.

“Lo hago”. Agarré su antebrazo y giré mi rostro para besar la suave piel alrededor de su muñeca mientras él ondulaba sus caderas y trabajaba su gran pene dentro de mí. El sonido de nuestros gemidos combinado con el dulce aroma del sexo era casi demasiado. Yo quería más. Ser poseída. Ser su propiedad. Lo quería en todas partes para ahogarme en la deliciosa depravación de su sexo.

“Estás cerca, Bea. Puedo sentir tu pequeña y dulce vagina apretándose. Déjalo ir. Ven por mí”. Él se retiró y volvió a clavar su pene en mí.

“No sé cómo”. Presioné mis pies en el escritorio y levanté mi culo un poco, rebotando en su pene mientras se agarraba fuertemente y me obligaba a tomar más de su pene cada vez.

“No pienses”. Su voz era grave, imponente. “Mírame ahora”.

Tragué saliva y me obligué a mantener los ojos en su hermoso rostro. Era demasiado, pero aún no renunciaba a la pelea. “Nunca he... no antes”.

“Bien. Quiero ser tu primera vez. Mírame y escucha el sonido de mi voz mientras te follo”.

“Por favor” Gimoteé y agarré su otra muñeca mientras la presionaba contra el escritorio al lado de mi cabeza, forzándome y presionando todo el peso de su cuerpo contra el mío.

“Me encanta la forma en que tu vagina tira de mi pene. ¿Lo sientes? Como si tu cuerpo quisiera comerme”. Se lamió los labios antes de besarme varias veces. “Querías a este bastardo dentro de ti, ¿verdad?”

“Sí”. Jadeé como un fuego acumulado en mi estómago. Me asustó y me dejó impotente. Me aferré a él con más fuerza y levanté mi rostro, necesitaba sentir la suavidad de sus labios mientras me follaba con largas y duras estocadas.

“Eso es. Chúpame la lengua, Bea. Chúpame bien y piensa en todas las cosas que te voy a hacer. Voy a follar cada apertura de tu cuerpo perfecto, Bea. Voy a convertirte en mi puta. ¿Me oíste?” Presionó sus labios contra los míos y forzó su lengua profundamente en mi boca mientras la cabeza resbaladiza de su pene golpeaba contra la bomba de tiempo en mi cuerpo.

Gemí y me retorcí contra él. Nunca en un millón de años habría dejado que otra persona me hablara así, pero mi mente se iluminó con las posibilidades de cómo se vería el placer.

Me arrancó un grito mientras la electricidad se enroscaba en el centro de mi estómago y un líquido espeso bombeaba de mi cuerpo, haciendo que nuestro sexo fuera desesperado.

“A la mierda, sí”, murmuró contra mi boca y me besó una vez más antes de retroceder y agarrar mis caderas. Entró en mí mientras subía por las alturas, mis manos se agarraban al borde del escritorio, mis ojos luchaban contra mí queriendo cerrarlos. Traté de concentrarme en él mientras su rostro se llenaba de placer. “Te voy a llenar de semen, cariño. Tómatelo todo, ¿de acuerdo?”

“Sí, hazlo”. Miré hacia abajo para ver cómo su eje resbalaba hacia mí. El placer que nunca había experimentado antes, ahora me iluminaba.

“Acaba de nuevo”. Levantó una de mis piernas y besó mi tobillo mientras me follaba más fuerte. La presión de su pulgar contra mi clítoris mientras extendía sus dedos sobre mi estómago

era más de lo que podía soportar. Mi cuerpo se estremeció bajo el peso de otro orgasmo profundo. Grité, y él se meció contra ese punto otra vez, forzándome a soltar todo a lo que trataba de aferrarme. Continuó cogiéndome a través del orgasmo, pero disminuyó un poco, masajeando mi cuerpo con el suyo mientras dejaba escapar un suspiro largo y relajado.

“No puedo creer que nosotros-”

“No”. Él negó con la cabeza y presionó hacia mí. “No vas a arruinar esto. Solo cállate y disfruta que estamos juntos”.

Fruncí mis labios y asentí, alcanzándolo mientras se inclinaba y me besaba una vez más. “Esto no significa que-”

“¡Mujer!” Ladró y mordió mis labios antes de retroceder y levantarse sus pantalones. Cogió su mochila del suelo y caminó hacia la puerta, deteniéndose antes de que él la abriera. Miró hacia atrás y sentí que una parte de mi corazón se sanó. “Todavía me debes la cena”.

Sonreí, incapaz de ayudarme a mí misma. No hay palabras que se ajusten al momento, así que dejé de intentarlo y me acurruqué encima de mi escritorio, cálida y sexualmente saciada por primera vez en mi vida.

No tenía idea de que podría ser tan bueno, pero tal vez lo era.

Tal él lo era. Sí. Definitivamente. Era él.

PETERS

Beatriz y yo trabajamos codo con codo en el quirófano más tarde ese día, pero apenas nos hablamos. No estaba seguro de si estaba enojada o molesta, pero la dejé estar. Me quedé asombrado. Había follado a muchas mujeres en mi vida, pero ninguna me hizo desearla más.

La princesa de hielo tenía un centro suave, cálido y húmedo, y quería ser dominada como una puta en la cama. Ella tenía mis entrañas retorcidas en nudos y a mi pene jugando. A la mañana siguiente, estaba agotado por la falta de sueño, y me dolían tanto las bolas que me costaba caminar.

Me di una larga ducha y ordeñé algunos orgasmos antes de dirigirme al trabajo. No era nada en comparación con el júbilo que sentí con Bea contra su escritorio el día anterior, pero funcionaba para aliviarme por el resto del día.

El automóvil de Beatriz ya estaba estacionado en su lugar, lo que era un poco fastidioso. Quería estacionar allí para acercarme un poco a ella, y tal vez así las cosas estuvieran bien entre nosotros, la haría sonreír o talvez poner los ojos en blanco. La mujer tenía una gran influencia sobre mí después de estar una semana en su hospital. No tenía idea de cómo demonios iba a sobrevivir durante otras tres semanas sin enamorarme perdidamente de ella.

“Imposible”, murmuré y caminé por las puertas del hospital.

Arturo se volvió y levantó la vista de una ficha con una sonrisa en su rostro. “Advertencia, hoy es una zona de guerra”. Él asintió con la cabeza como si yo supiera de lo que estaba hablando.

“¿En el quirófano?” Levanté una ceja y cambié mi mochila al otro hombro.

“Sí. Beatriz y Alonzo están en eso”. Él negó con la cabeza y volvió a mirar la ficha. “Todavía creo que uno de ellos debería encontrar otro lugar para trabajar. Harán explotar este lugar con su mierda. Realmente están comenzando a afectar a todos aquí”.

“¿Alguna idea de quién es la culpa?” Me moví a su alrededor mientras la preocupación se elevaba en mi pecho. Me sorprendió un poco la disposición de Arturo a hablar mal de Bea o Alonzo. Hace unos días estaba muy reservado al respecto.

“No tengo idea. Buena suerte hoy”.

“Gracias hombre”. Entré en el ascensor y encontré a un par de residentes acurrucados, susurrando algo. “Señoritas”. Asentí con la cabeza y les di la espalda.

“Doctor Peters”. La que tenía el pelo rojo se movió para pararse a mi lado, con una sonrisa sexy en su rostro pálido. “Saldremos más tarde esta noche por un poco de relajó, por si quisieras...”

“No, pero gracias por la invitación”. Salí del ascensor y me dirigí directamente a la oficina de

Beatriz. Estaba vacía, pero no pude evitar entrar y respirar profundamente. Olía a ella. Limpio y delicioso. Mi mente regresó a nuestro sexo el día anterior, y mi pene se crispó un par de veces, el pobre bastardo queriendo su obsesión con una pasión renovada.

Presioné la palma de mi mano contra mi creciente erección, respiré hondo y moví mi mochila para colgarla frente a mí mientras caminaba hacia la oficina de Alonzo. El sonido de los dos gritándose encendió algo dentro de mí. No quería que ella sintiera nada por nadie. Ni siquiera por mí, realmente. Era egoísta y jodido, pero era lo que era.

Puse mi mano en la puerta e intenté decidir cuál sería mi mejor plan de acción. ¿Le había dicho algo a Alonzo sobre nosotros? ¿Alguien nos había visto? Todo se me antojó demasiado bien como para no tener en cuenta que el Jefe del hospital sabría que el día anterior me había follado a su ex mujer en su escritorio.

Samuel. Dios. Samuel también iba a matarme.

Dije una pequeña oración y quité mi mano de la puerta. Era mejor no irrumpir en mitad de su pelea, sin importar cuanto quisiera salvar a Beatriz. Ella era una mujer grande y dura. Podría salvarse a sí misma, y no apreciaría que me metiera en su situación personal como si tuviera el derecho también.

Tomé una decisión madura, aunque casi me mata hacerlo.

Dando media vuelta, caminé lentamente de regreso a mi oficina e intenté tranquilizar mi acelerado corazón.

“Ella está bien. Déjala en paz”, murmuré. Cerré mi puerta detrás de mí, solté mi bolso y pasé las manos por mi cabeza. ¿Qué demonios estaba pensando al tomarla como lo había hecho el día anterior? Había mucho en riesgo, y ahora era demasiado tarde para tener una conversación adulta conmigo mismo. “Mierda”.

Mi teléfono sonó, y me acerqué para ver el nombre de Alonzo. Presioné el botón del altavoz. “Habla Peters”.

“Alonzo. Ven a mi oficina, ahora”. Él cortó la llamada.

“Uf, mierda”. Salí de mi oficina y volví a la suya. Si el hijo de puta creía que me iba a intimidar o que me preocupaba ser despedido por lo ocurrido con Beatriz, estaba loco. No tenía miedo ni una mierda. No trabajaría aquí allí de todos modos.

Pero odiaba la idea de arruinar la reputación de Beatriz o su carrera. No valía la pena, y por lo que dijo Samuel, era todo lo que ella tenía.

Abrí la puerta para encontrar a Beatriz de pie junto a la ventana, de espaldas a mí. Alonzo estaba en su escritorio, escribiendo en su teclado. Era casi imposible, pero me obligué a apartar la mirada de Bea mientras giraba. La mujer era más que bella, era la criatura más poderosa y sensual que había existido. Me hizo considerar hacer cosas que nunca pensé que estaría dispuesto a hacer, como intentar...

“Peters. Siéntate”. Alonzo miró a Bea. “Doctora Fisher. Venga aquí, por favor”.

Me senté e ignoré su juego por no llamarme doctor también. La tensión era espesa, pero no iba a agregar nada. Pronto se darían cuenta de que era un excelente cirujano. No había necesidad de sacar mis bolas y colocarlas en el escritorio. Era energía desperdiciada.

Beatriz se acercó, su barbilla hacia arriba, sus tetas eran hermosas. Era completamente natural, y casi me daba lástima por el idiota que estaba frente a nosotros. No sobreviviría amar y luego perder a una mujer como ella. Sin duda quedaría jodido como mi viejo.

“Bien”. Sacó un archivo y me lo entregó. “Tenemos un cliente de alto perfil que necesita un análisis debido a la presión en su cabeza. No estará disponible durante las próximas dos semanas, pero queremos que estés aquí en el momento que podamos. ¿Lo entiendes?”

Beatriz resopló. “Con el tipo de dolores de cabeza que está teniendo y la frecuencia, estamos arriesgando mucho aquí, Alonzo. Tienes que dejar de lamerle el culo y decirle la verdad. Él podría morir, ¿y luego qué?”

Sonaba como si estuviera lista para hacer explotar el edificio. La miré, pero ella me ignoró por completo. Debería haber herido mis sentimientos, pero estaba empezando a entenderla un poco mejor. Ella se escondía detrás de una pared de emoción, y la ira era su técnica favorita por lejos.

“No es mi decisión, doctora Ficher, y lo sabe. Hemos pasado por esto”. Él apretó su mandíbula, y los dos miraron hacia abajo.

Abrí el archivo y lo hojeé. “¿Por qué me estás mostrando esto? ¿Quieres que tome el segundo lugar para Beatriz en el procedimiento?”

“No”. Se volvió hacia mí, y pude verla tensarse por el rabillo del ojo. “Quiero que tomes la iniciativa. Será lo correcto antes de que te vayas, y siento que es una buena cirugía para que nos muestres algunas de tus nuevas técnicas”.

“Este no es el momento de mostrar, maldita sea”, dijo Beatriz mientras golpeaba el escritorio con los puños y se ponía de pie. “Estás jugando con fuego”.

“Esto es bastante rutinario para mí, Bea”, dije mientras la miraba.

“¡Doctora Ficher!” Ella me fulminó con la mirada. La mujer que se había acostado sobre un escritorio, mendigando mi toque, mi agresión, mi pene, ya no estaba.

“Beatriz ¡Ya basta!”. Alonzo se puso de pie, y su voz resonó alrededor de la habitación. “Estás despedida”.

“Alonzo”. Me puse de pie queriendo que esto no fuera una competencia de quien meaba más lejos. Estaba empezando a llegar a algún lado con la hermosa mujer. Mierda.

“No. Está bien. Peters puede tomar la iniciativa y Henry puede secundarlo”, agregó Beatriz, giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta.

Ahora fue Alonzo quién golpeó el escritorio. El sonido del golpe la hizo saltar cuando se detuvo junto a la puerta. “Serás la segunda en esto, o entregarás tu maldita licencia. ¿Me oyes? No manejas este jodido hospital. Yo estoy a cargo”.

Todo dentro de mí me gritaba que agarrara su gran título de jefe y lo golpeará hasta que no pudiera respirar, pero sabía que ella no lo apreciaría en lo más mínimo. Sería por nada.

“Sí, doctor Anderson”. Ella se mantuvo dándonos la espalda, levantó la cabeza, abrió la puerta y caminó fuera.

“Mierda”, agregó Alonzo bajando la cabeza y dejando escapar un largo suspiro cuando me dejé caer en la silla detrás de mí.

“Sé que esta mierda no es el lugar en el que me quedaré, pero ustedes dos están jodiendo el ambiente en este hospital. Se siente en todas partes”. Agarré el archivo y me levanté. “Haré lo que me pidas durante las próximas tres semanas, pero después de eso, me iré de aquí. Nadie puede crecer, ni siquiera respirar, en un ambiente tan hostil. Eso te incluye a ti y a Beatriz”.

La tristeza en sus ojos me hizo sentir como terrible cuando levantó la vista. “Todavía la amo”.

Caminé hacia la puerta sin hacer alusión a su comentario. “Si necesitas algo más relacionado con la cirugía, estaré allí y tomaré el liderazgo o el apoyo. Lo que sea que decidan ustedes”.

Ella estaba esperando afuera en el pasillo, su espalda presionada contra la pared, su expresión apretada por la ira. “Lo odio”.

“Lo sé”. Me moví para pararme frente a ella. “¿Sabes cuánto quiero acercarme y tocarte ahora mismo?”

“No”. Ella miró hacia abajo. “No puedo volver a hacer lo que hicimos ayer. No soy alguien

que solo se acuesta con las personas. He estado con Alonzo solamente. Eso es todo”.

“Y ahora conmigo”. Extendí la mano y rocé mis dedos por un lado de su rostro. “Tienes que irte a otro hospital”.

“No tienes que decirme lo que tengo que hacer”. Ella estaba retrocediendo.

“Cierto. Pero... me debes la cena mañana por la noche. No saldrás de eso”. Le guiñé un ojo. “Te veré en el quirófano, doctora Ficher. Lo solucionaremos”.

“Bien. Cena, pero no me recogerás”.

Caminé por el pasillo cuando una sonrisa levantó mis labios. “¿Puedo confiar en que aparezcas?”

“Tal vez”. Su voz se suavizó un poco.

“Aun después de ese castigo sigues siendo una chica mala” Me giré para mirarla mientras caminaba hacia atrás.

Mátente por querer más de lo que nunca recibiría de ella.

BEATRIZ

“¿Necesitas algo más?” dijo Peters asomando la cabeza en mi oficina cuando estaba terminando un informe sobre nuestra cirugía esa tarde. Se veía tan atractivo. Feliz y lleno de vida.

“No, te veo mañana”. Volví mi atención a mi archivo, esperando que se fuera.

“¿Quieres ir a comer algo? Estar solo en esta gran ciudad es terrible”.

Me reí y miré hacia arriba, odiando lo mucho que me afectó. “Eres de Nueva York”.

“Un pequeño sector de Nueva York y los dos tenemos que comer”. Movié su mochila en su hombro, causando que los gruesos músculos de su pecho se flexionaran. Dejé que mis ojos se movieran hacia sus tatuajes en su brazo cuando un estremecimiento me recorrió. Era tan jodidamente exquisito sin su ropa puesta. No tenía dudas de por qué cada mujer en las cercanías babeaba por él. Yo también lo hacía, simplemente lo ocultaba bien.

“No, pero gracias. Me obligarás a ir a cenar mañana por la noche. Eso será más diversión de la que puedo manejar en una semana”. Le guiñé un ojo y recogí un archivo. “Tengo que terminar esto”.

“Está bien, pero no digas que no lo intenté”. Él deslizó sus manos en sus bolsillos. “Disfruta tu noche, doctora”.

“Tú también”. Mantuve mis ojos en los papeles debajo de mí a pesar de que el impulso de dejar la precaución crecía como las llamas de un fuego masivo dentro de mí.

Salió, y volví mi atención hacia él, disfrutando de la vista de su culo. Quería verlo desnudo y mojado en una ducha caliente. La lujuria bailaba en mi estómago, y el deseo de tocarme me agarró fuerte y rápido.

“No, basta”, ladré.

“¿Hablando contigo misma, Bea?” Alonzo se detuvo en la puerta abierta y se apoyó contra el marco.

La expresión en su rostro decía que estaba buscando la reconciliación, pero todavía no estaba preparada para eso.

“Siempre”. Me encogí de hombros y me recliné en mi silla. Hubo un tiempo en que verlo hubiera causado que mi corazón saliera de mi pecho, pero esa obsesión había terminado hacía tiempo.

Él resopló y entró, cerrando la puerta detrás de él. “Ven a cenar conmigo”.

“De ninguna manera”. Envolví mis brazos alrededor de mi pecho. “Prefiero comer sola”.

“Ouch”. Se sentó y dejó escapar un largo suspiro. “Merezco eso”.

Me encogí de hombros. “No estoy segura de lo que mereces. ¿Qué quieres? Me voy pronto”.

“¿Sola?” Él levantó su ceja.

“No es asunto tuyo”. Mantuve mi tono, pero el mismo enojo que siempre me quemaba cuando lo veía rugió a la vida. Iba a morir joven si no encontraba una mejor salida para mi rabia y decepciones. Follarme a Peters ayudaría, pero eso conduciría a un camino que no estaba lista para atravesar.

El asintió. “Eso es cierto”.

“¿Qué necesitas, Alonzo? Realmente no estoy de humor para sentarme aquí y charlar contigo”.

“Bea”

“Beatriz”. Me incliné hacia adelante y presioné mis codos en el escritorio. “No somos amantes. No eres mi marido, y ni siquiera eres un amigo para mí”.

“No lo veo de esa manera”.

“No me importa cómo lo veas. Dime qué necesitas en relación al hospital o vete. No está en mi contrato ser amable”.

Él sonrió y no me afectó en absoluto lo que pude ver. “Escucha, te quería explicar por qué Peters tomará el liderazgo en esta cirugía en dos semanas”.

Levanté mi mano. “No me importa. Él puede hacerlo”.

“Déjame terminar”. Asentí y fruncí los labios. Estaba demasiado cansada como para enfrentar otra pelea con él. “Si algo sucede en esa cirugía y algo sale mal, podrías perder tu licencia. Puede parecer extraño para ti, pero no dejaré que te pase nada. Esta no es una cirugía que desees realizar. Eso es todo, no hay más.”.

“¿Así que ahora me estás protegiendo de salvar vidas solo en caso de que todo se vaya a la mierda?” Incliné la cabeza hacia un lado y lo estudié. ¿Cómo demonios me había permitido quedarme con este hijo de puta durante nueve años?

“Exactamente. Significas mucho para este hospital, y mucho para mí”.

“Bien. Bien, gracias por la protección de hermano mayor, pero la última vez que lo revisé, soy la mejor neurocirujana en esta área. No necesito que tu ni nadie más me haga desaprovechar mis oportunidades”. Me puse de pie, sintiéndome tan pequeña sentada frente a él. Era una montaña de hombre, y eso solía ser una de las cosas más atractivas de él, pero ahora lo sentía como un matón.

Él también se puso de pie. “Nunca te haría desaprovechar una oportunidad, Beatriz”.

“Me hiciste perder la oportunidad de tener hijos”. Presioné mi mano en el escritorio. “No estoy segura de que alguien sea capaz de superar eso”.

“No quiero hablar de eso esta noche, Bea. Te dije que lo siento. No puedo recuperar mi egoísmo, pero puedo trabajar para compensártelo”. Actuó como si fuera a moverse para ponerse a mi lado.

“No te atrevas a acercarte a mí”. Le di una mirada de advertencia. “No estoy interesada en nada que tengas que ofrecer”.

“Te debes sentir sola. Ven a casa conmigo esta noche. No hemos estado juntos durante una semana o más. Te necesito”. Extendió la mano por el escritorio y me pasó los dedos por la parte superior de la mano. “Compartamos una botella de vino y tomemos un baño juntos. Me tomaré un tiempo para hacerte sentir bien”.

Retiré mi mano. “No gracias. Prefiero comer una pizza, tomar una ducha tibia y follarme a mi vibrador, pero por favor... búscate una puta y pasa un buen rato. Adelante, definitivamente te hará bien y dejarías de fastidiarme”.

Retiró su mano como si hubiera sido quemado.

“No estoy interesada en nada más que en mi carrera”, insistí.

“¿Ni siquiera en hijos?” Él levantó su ceja.

“Eso, como todo lo demás relacionado conmigo, no es asunto tuyo. Vete si no tienes asuntos

del hospital de los que hablar. Hablo en serio”. Pasé mi mano por mi cara, sintiéndome de repente tan cansada. Debería haberme ido con Peters. La cena y algunas risas hubieran sido mejor que tener que hablar con Alonzo.

“Puedo someterme a una vasectomía invertida”.

“Me voy”. Recogí mis cosas y caminé alrededor del escritorio.

“Bea” Extendió la mano y me agarró, tirando de mí más cerca de él. “Sabes que todavía te amo. Esta mierda de lucha entre nosotros existe por la pasión que aún nos tenemos. Sé que me amas también”.

“No, no te amo”. Me aparté y caminé hacia la puerta. “Buenas noches, doctor Anderson”.

“Buenas noches”, susurró.

Caminé por el pasillo sintiendo que mi vida no era más que una serie de eventos jodidos. Necesitaba unas vacaciones o un descanso. Cualquier cosa para alejarme del pasado e ignorar el futuro.

Una rosa roja y una nota me esperaban en el capó de mi auto mientras subía. Algunos residentes estaban hablando de eso cuando pasaron por mi lado. Los ignoré, no me interesó la opinión de los médicos jóvenes que no tenían la menor idea de los sacrificios que pronto se les exigirían.

¿Alonzo?, pensé.

Recogí la nota y la flor y subí al auto antes de desplegarla. La escritura era horrible.

MAÑANA EN EL BELL'ANTRE. 6 P.M. NO LLEGUES TARDE, O IRÉ A BUSCARTE. ~ DR. Playboy.

UNA RISA SALIÓ DISPARADA DE MÍ AL LEER EL NOMBRE CON EL QUE FIRMÓ. ¿CUÁN CANSADO ESTARÍA de ser el mejor playboy de los campos médicos? Quizás no mucho. Tal vez lo disfrutaba.

El hombre apasionado que me hizo el amor en mi oficina no era un playboy o un chico en absoluto. Era un hombre que parecía saber exactamente lo que quería. Quizás eso era solo parte de su encanto. Al menos así lo sentí cuando salí del estacionamiento y me dirigí a casa.

La idea de llamar a Agatha o Samuel me invadió mientras aparcaba frente a mi casa y me acercaba a la puerta en un silencio oscuro. Alonzo tenía razón sobre una cosa. Estaba sola. Sentía que la vida de todos avanzaba, pero no la mía. Tal vez era mi culpa, pero no lo creo. Nueve años de matrimonio y haber sido engañada todo el maldito tiempo requirió un poco de ayuda.

Después de encender un montón de luces, encontré mi botella favorita de vino y me serví una copa. Había una pizza fría en el refrigerador llamando a mi nombre. Comería algunos trozos y seguiría con mis desagradables pensamientos sobre Alonzo.

Ducha tibia.

Vibrador.

Era una especie de rutina y una de las únicas cosas que se mantenían estables en mi vida.

PETERS

Por algún motivo me tiraron a la sala de emergencias la mayor parte del día, lo cual fue un buen descanso de Beatriz, pero no uno que yo quisiera. Al verla molesta el día anterior con Alonzo me hizo desear animarla, lo cual era extraño. Estaba rompiendo mis propias reglas, y había pasado poco más de una semana.

¿Habría sabido Samuel que me enamoraría de su hermana? ¿Me había enamorado de ella?

No, no hay manera.

Conduje a una floristería cerca del restaurante y bajé de la motocicleta. No podía recordar la última vez que compré flores para una chica, pero quería que Beatriz se sintiera especial, diferente. No estaba seguro de qué pasaría, pero estaba dispuesto a todo. Probablemente nunca seríamos nada porque ambos teníamos demasiados problemas emocionales, pero si ella quisiera hijos... podría ayudarla. Ella podría confiar en mí. Nunca divulgaría su secreto, y de alguna manera, me convencí del hecho de que estaría bien si la dejara embarazada y me fuera.

Algo en lo profundo de mí se sentía inseguro, pero a la mierda. Se lo ofrecería al menos.

“Hola. ¿Puedo ayudarte con algo?” Un joven chico afeminado salió de entremedio de un gran ramo de rosas.

“Sí, claro. Estoy buscando algunas flores para una cita esta noche”.

“¿Qué mensaje estás tratando de enviar?” Su expresión se puso seria.

“Um, no estoy seguro de lo que estás preguntando”.

“Las flores envían un mensaje. Las rosas rojas son para los amantes, blancas y amarillas para los amigos”. Extendió la mano y tomó una rosa rosa de tallo largo de un jarrón. “¿Son para tu madre, tu hermana, un amigo, un funeral o para una mujer con la que esperas acostarte?”

Resoplé. “Wow. ¿Todo lo que se puede decir con una flor?”

“Por supuesto. Las acciones hablan más que las palabras, y las flores susurran más poderosamente que las acciones”. Él se encogió de hombros. “¿No todos saben esto?”

Me reí de las ideas del chico. “No estoy seguro. Tomaré las rosas rojas y pondré unas cuantas blancas. Quiero a esta mujer en mi cama, pero también me gustaría su amistad”.

“Complejidad. Me gusta”. Se giró y se entretuvo preparando el ramo para Beatriz. Saqué mi teléfono y revisé si había mensajes. Nada más que unas pocas chicas tratando de ver si estaba libre para una larga noche de mierda. Mis entrañas se enfriaron al pensar en la vida que había creado. ¿Realmente pensé que follar sería suficiente como proyecto de vida?

Sí. Era más que suficiente en su momento. La repugnancia giró en mi estómago, pero forcé mis pensamientos en una dirección diferente. La verdad es que la cena no era todo lo que quería de la hermosa mujer que había revivido mis sentimientos e inseguridades. Quería una noche explorando

su cuerpo. Necesitaba escucharla acabar otra vez, sentir su cuerpo tenso contra el mío.

“¿Estás bien?” El tipo salió caminando.

No me di cuenta de que estaba jadeando mientras mi cuerpo se endurecía y mi corazón se aceleraba. “Oh, sí. Lo siento. Solo tengo asma”.

Él sonrió. “De acuerdo, pasemos a la caja”.

Le pagué al tipo, le di las gracias y conduje hasta el restaurante con las flores balanceándose en una de mis manos. Me preocupaba que el viento rompiera los pétalos de las malditas rosas, pero afortunadamente llegué a mi destino sin demasiados problemas.

La chica guapa en el puesto de anfitriona vestía un top negro transparente y pantalones ajustados. En otro momento me habría tomado el tiempo para apreciar lo bien que se veía, pero ahora no quería nada más que a Beatriz. Eché un vistazo a la mesa mientras la seguía.

Todavía no estaba allí, y llegué diez minutos tarde. Mierda.

“Te encontrarás con alguien, supongo”, ella retrocedió y sonrió hacia mis flores.

“Oh sí. Doctora Beatriz Ficher. Alta, cabello largo negro, una mujer hermosa”.

Ella rió. “Excelente. Le mostraré la mesa cuando llegue aquí”.

“Gracias”. Me senté y tiré de la camisa que tenía puesta. Odiaba vestirme para una cita, pero Beatriz era el tipo de mujer que lo merecía. No jeans y ni camiseta para ella. Saqué mi teléfono nuevamente y lo revisé.

“Detente, mierda”. Gruñí y dejé caer el teléfono sobre la mesa frente a mí. ¿Por qué esta mujer me hacía sentir tan necesitado? Tenía que superarlo. Me iría en tres semanas y se acabó.

Vino el camarero, me arriesgué y pedí una botella de vino. Las posibilidades de que apareciera eran cada vez más escasas a medida que transcurría el tiempo. Treinta y cinco minutos después de que le dije que nos reuniéramos, comencé a levantarme.

“¿Te vas?” Beatriz estaba parada frente a la mesa. El sedoso vestido negro que llevaba dejaba muy poco a la imaginación. Mi cuerpo gritó de placer mientras recorría con mis ojos toda su longitud.

“Mierda, no”, susurré y me levanté para sacar su silla. “Llegas tarde”.

“Quería meterme en problemas. Pensé que llegar tarde era la forma más fácil de hacerlo”, dijo y se sentó. Sus movimientos eran elegantes, controlados. Me hizo querer ser un mejor hombre.

“Bueno, estás en el camino correcto, seguro”. Me moví y tomé mi asiento antes de ofrecerle las flores.

“Rojo para los amantes. Blanco para los amigos”, dijo y las levantó hacia su linda nariz y respiró profundamente.

“Quiero ser ambos”. Puse mi servilleta en mi regazo y me recliné cuando el camarero se apresuró a llenar la copa de Beatriz. Esperé hasta que él se fuera para llamar su atención nuevamente. “Quiero hablar de algo en un momento, pero no quiero que te molestes ¿de acuerdo?”

Para mi sorpresa, ella asintió. “Está bien. Voy a jugar esta noche”.

“Bueno”. Cogí el menú. “Déjame ordenar para nosotros a menos que seas quisquillosa. Me encanta la comida. Pediré algunas cosas para que las compartamos. Te encantará”.

“Me gusta cómo suena eso”. Se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbo. “¿Cómo estuvo emergencias hoy?”

“Ocupado, sangriento”. Dejé el menú y me acerqué a la mesa. “¿Y el quirófano?”

“Más o menos. Creo que Henry te extrañó”. Un toque de sonrisa jugó en su boca.

“No tienes idea de lo hermosa que eres, ¿verdad?” Extendí la mano y tomé su mano libre, pasando mis dedos sobre sus nudillos. “Quería golpear en la cara de Alonzo el otro día por molestarte”.

“Gracias”. Retiró su mano. “Creo que siempre me va a molestar verlo. Arruinó mi juventud y me robó algunas promesas”.

“Todavía eres joven, Bea. Tienes una vida por delante”.

“Hoy estás suelto de palabras”. Su sonrisa se levantó, pero no me miró.

Me reí. “Siento que puedo ser yo mismo a tu alrededor”.

“¿Ah, sí? ¿Y quién es el verdadero Alan Petersen?” Tomó otro sorbo de su vino y me estudió.

“Ya no estoy seguro. Hubiera dicho que un gran cirujano se cierra para mantenerse a salvo de mujeres como tú, pero la seguridad parece tan aburrida desde este punto de vista”.

Sus hombros se pusieron rígidos, y la alegría desapareció de su expresión. “Sabes que no podemos ser nada más que colegas”.

“Seamos amantes esta noche, Bea. Te llevaré a casa conmigo”. Levanté una mano cuando comenzó a oponerse a mí. “No aceptaré un no por respuesta. Incluso si es la última vez que me dejas tocar”.

“Bien”. Terminó su vino y me levantó la copa. “Si es allí donde se dirige la noche, lléname otra vez... la copa”.

Me reí y llené su vaso. “Háblame de ti. Conozco el asunto con Alonzo, pero ¿qué te gusta hacer? ¿Quién eres tú bajo esa cruda sensualidad y brillantez?”

“¿Crees que soy sensual?” Ella se ablandó, y mi corazón dio un vuelco. Alonzo era el hombre equivocado para ella. Recé para que se diera cuenta y huyera lejos de él.

“Más allá de lo tolerable”. Levanté la vista cuando el camarero se detuvo con ensaladas. Hizo un gesto hacia el piano bar y la pista de baile. “Gracias”. Volví mi atención hacia ella. “¿Te gusta bailar?”

“Me encanta”. Levantó su tenedor cuando me levanté. “¿A dónde vas?”

“Te llevaré a la pista de baile”. Me detuve a su lado y tendí mi mano. “No me niegues. Todas estas personas con pantalones de fantasía están mirando”.

“Oh, mierda”. Se levantó y deslizó su mano en la mía. “¿Todo esto es necesario?”

“Puse mi alarma en dos horas”.

La tomé de la muñeca, giré a la pista de baile y la jalé contra mí. Presioné mi palma en la parte baja de su espalda y me incliné para besar su hombro expuesto. “Nunca lo he hecho en menos de dos horas”.

“¿Entonces me desafías?” Preguntó sin aliento.

“No. Me desafío a mí mismo”. La giré y presioné mi erección en ciernes contra su estómago, deseando que supiera lo que me causaba. “Sé que puedo lograrlo con el premio correcto colgado delante de mí”.

Se rió entre dientes y levantó la barbilla. Cerramos las miradas, y no tuve dudas de que ella sentía lo que yo sentía.

“¿Puedo preguntarte algo?” Me incliné y rocé mi nariz con la de ella. Una dulzura se hinchó dentro de mí que nunca había experimentado antes.

“Sí”, respondió y presionó sus amplios pechos contra mi pecho mientras nos movíamos.

“¿De verdad crees que ya has pasado el punto de tener un hijo?” Apreté mi agarre mientras ella trataba de retroceder. “No me alejes. Quiero saber si todavía quieres uno”.

“¿Por qué?” Su expresión se volvió sombría. Odiaba empujarla a un estado emocional, meterla en un lugar de dolor, pero tenía una oferta para ella. Necesitaba saber si valía la pena mencionarlo.

“Porque quiero saber, Bea. Dímelo”. Me incliné y rocé mis labios con los de ella. “Como amigos. Ábrete a mí. Dime lo que quiero saber”.

“Ya pasé el límite, Peters. Tú como médico lo sabes”. Ella descansó contra mí como si nuestra conversación la hubiera dejado agotada.

“No estoy de acuerdo con tu pronóstico”. Me incliné y le pellizqué los labios con mi boca. Repentinamente estaba tan excitada que me dejó entrar un poco. Deslicé mi mano por su espalda y su cabello, deslizando mis dedos por los hilos de seda hasta que logré sujetarla.

“Es egoísta de mi parte. ¿Qué pasa si algo sale mal con el bebé?” Sus ojos tenían demasiadas emociones que ignorar.

“Entonces lo amarías igual”. Me incliné y la besé con un fuego que esperaba que sintiera tan profundo como yo. Me respondió con un gemido mientras se apretaba contra mí y llevaba el beso a otro nivel. “Deja que te ayude”. Le lamí la boca y la besé otra vez antes de darme la vuelta y caminar hacia la mesa.

“¿Ayúdarme cómo?” Preguntó mientras se dejaba caer en su asiento, sus mejillas sonrojadas, sus ojos abiertos con curiosidad.

“Nunca voy a casarme, Bea. Estoy demasiado dañado por esa mierda, pero si pudiera ayudarte con uno de tus sueños, eso se sentiría bien. Correcto”.

“¿Estás ofreciendo ser un donante de esperma?” Ella se inclinó hacia atrás como si la hubiera abofeteado.

“No”.

“Oh Dios”. Soltó una risa nerviosa. “Entonces, ¿qué-”

“Te ofrezco hacerte el amor hasta que quedes embarazada. No convertiré lo que tenemos en algo estéril y clínico. Quieres un bebé y te quiero dar uno”.

BEATRIZ

No era raro que me quedara en silencio, pero la oferta de Peters me afectó. Un millón de voces hablaron a través de mis pensamientos, pero la que me llamó la atención fue mi propio sonido, rogándome que lo hiciera. Que dijera que sí.

“No estoy segura de qué decir”. Cogí mi tenedor y guardé mis emociones. “Es increíblemente amable de tu parte”, dije fingiendo una sonrisa.

“No es todo desinteresado”. Tomó un bocado de su ensalada y me miró. “Solo algo en lo que pensar, ¿de acuerdo?”

“Gracias por la oferta”. Comí otro bocado y gemí. “Dios, esto es delicioso”.

“¿Verdad? Es uno de mis favoritos”. Levantó la cesta de pan y me la ofreció. “Sabes que no podemos decirle a Samuel sobre lo que sea que pase entre nosotros”.

Sonreí. “Se molestaría mucho conmigo”.

“¡Conmigo!” Sus ojos se agrandaron, y mentiría si no aceptara que me sentí un poco enamorada de él. Tenía mil preguntas que quería hacerle, pero necesitaba contenerme. Su oferta era dulce, pero la mayoría de los hombres que participaban en la creación del bebé querían participar en la vida del pequeño una vez que nacía. Esa parte no se sentía bien. Especialmente con mis sentimientos confusos hacia Peters.

“Soy su hermana pequeña e inocente que nunca ha hecho nada malo”.

“Inocente mi culo”. Lamió sus labios, atrayéndome. Para un bebé o no, quería sentirlo presionado frente a mí, detrás de mí, abrazándome, follándome como lo hizo unos días atrás. “Eres la mujer más dominante, fuerte y respetada que conozco”.

“¿Todavía me respetas después del otro día?”

Su expresión se endureció. “Más que antes. Tuviste que bajar la guardia para dejarme entrar, Beatriz. Eres hermosa y llena de fuerza. La victoria más difícil que hemos tenido es con nosotros mismos. Te rendiste a ti misma, no a mí”.

“Tal vez sea así”. Cambié el tema, y nos reímos un poco durante la cena, conociéndonos un poco mejor. Le conté algunas historias mías, de Agatha y de Samuel mientras crecía, y él me contó un poco acerca de sus alocados años universitarios. Nunca sacamos a nuestros padres, y estaba agradecida. No quería lástima por perder a los míos. Además, quería saber por qué Samuel y él eran tan cercanos.

“Eso estuvo delicioso”. Se limpió la boca y sacó su billetera. “¿Tienes que ir a tu casa y conseguir ropa?”

“No, no me quedaré. No está bien”. Terminé mi vino mientras me miraba. “En serio”.

“Entonces me quedo en tu casa”. Levantó la vista y le dio su tarjeta al camarero antes de girar

su oscura mirada hacia mí. “Me quedan unas pocas semanas. Por el día quiero gastar los nervios en el hospital y por la noche hacerte el amor”.

La lujuria ardía en mi centro, y mis muslos se tensaron. “Eres tan directo”.

“Lo sé. Es un mal hábito”. Se levantó y terminó su vino mientras el camarero le devolvía la tarjeta. “Vamos. Si vamos a mi casa podrás irte cuando quieras. Si terminamos en tu casa, es posible que tengas un visitante a largo plazo si me gusta”.

Me reí y deslicé mi mano en la suya, tirando cerca de su costado mientras salíamos. “Tengo mi auto aquí”. Debería haber luchado más duro, pero le creí. Él terminaría en mi casa como invitado permanente. Parecía ese tipo de hombre.

“Conduce tu coche, y tomaré mi motocicleta. Sígueme”. Él me acercó cuando salimos y se inclinó para besarme.

Empecé a alejarme, pero decidí no hacerlo. Me incliné hacia él y profundicé el beso, chupando su lengua para que supiera que lo disfrutaba. Sus manos corrieron por mi espalda hasta apretar la parte superior de mi culo.

Me encantaba lo brillantes que eran sus ojos cuando se apartaba de nuestro beso. “Ten cuidado”.

“Bueno”. Me moví de sus brazos e intenté no tropezar con mi automóvil. El poder de su deseo era sofocante y me mareó. Tal vez todavía tenía algo de fuerza en mí para girar en la autopista y volver a casa. Discutiríamos por eso al día siguiente, pero podría manejarlo mejor en el hospital que fuera de él. Me sentía vulnerable cuando no estaba en un entorno seguro donde tenía el control total.

Llamé a mi hermana, Agatha, mientras salía del estacionamiento detrás de él. Ella respondió en el segundo tono.

“¿Bea? ¿Estás bien?”

Me reí. “Sí. ¿He empeorado tanto que no llamo a menos que algo esté mal?” Mis ojos se detuvieron en Peters más adelante. Aunque estaba oscuro, aún podía ver lo ardiente que se veía inclinado sobre su motocicleta.

“No. Simplemente me preocupé. ¿Qué pasa?”

“Voy a la casa de Peters. Me voy a acostar con él. Dime que me vaya a casa”.

“¿Qué?” Su voz se elevó. “No, de ninguna manera. Ve allá y diviértete. Debes soltarte el cabello”.

“Este tipo es un problema con P mayúscula, Agatha”.

“Mejor aún. Oh, no le hables a Samuel sobre esto. Realmente le agrada este tipo. Se molestaría al escuchar eso-”

“Lo sé”. Doblé por un largo y oscuro camino mientras mi imaginación corría desenfrenada. “Solo quería que me dijeras algo con sentido común”.

“Bueno, considéralo hecho. Ve a disfrutar de tu noche. Te lo mereces, hermana”.

Puse los ojos en blanco. “Gracias. Creo”. Corté la llamada y me estacioné en un lugar vacío al lado de mi hermoso hombre. “Este es un maldito error”.

Se bajó de la motocicleta y se acercó, abriendo mi puerta y retrocediendo. “Conozco ese síndrome de lucha o huida. Vamos, hermosa. Gané la apuesta”.

Me reí. “La cena fue lo único que ganaste”.

Me agarró la mano y me jaló contra él. “Estás jugando a la tímida. Es casi lindo. Ambos sabíamos a qué llevaría la cena”.

“¿Sabíamos?” Pregunté sin aliento, sintiéndome demasiado femenina para mi gusto.

“Mierda, sí”. Él rozó su nariz contra la mía antes de moverse para un beso largo y delicioso.

“Subamos, ahora”.

Me aparté y me volví, caminando con las rodillas temblorosas por las escaleras. Envolvió sus manos alrededor de mis caderas y se agarró con fuerza hasta que llegamos a la cima.

“¿Asustado de que me cayera?”

“No”. Envolvió su brazo alrededor de mi hombro y nos movió hacia su lugar, abriendo la puerta y dejándome pasar. “Quería un motivo para tocarte. Mi bolsa de trucos habitual parece una tontería ahora”.

“Creo que me gustaría ver algunos de esos trucos”. Sonreí, sintiendo los efectos del vino mezclados con la sensación de ebriedad que proporcionaba la lujuria. “Dime por qué te llaman Doctor Playboy, Peters. Quiero saber”.

“Porque nunca dejo a una mujer sin un orgasmo”. Se sacó la camisa por la cabeza y trató de alcanzarme cuando la puerta se cerró detrás de mí. “¿Sabes cuánto quiero oírte acabar por mí, Bea?”

Me estremecí y me moví a sus brazos. Su piel era sedosa debajo de mis dedos, pero su cuerpo era duro y grueso. “El otro día fue mi primer orgasmo con un hombre”.

“¿Has tenido uno con una mujer?” Él ahuecó un lado de mi cara y se inclinó para besarme. Trabajé para quitarme los zapatos antes de intentar quitarle sus pantalones. “Déjalos”.

“Muy mandón, bebé”.

Retrocedió y se quitó los pantalones, quedándose en boxers negros. Alcanzó mi vestido y me lo quitó por sobre mi cabeza. Mi sujetador negro y mis bragas apenas me cubrían. “Mierda, eres tan hermosa, gatita”.

“¿Gatita?” Sonreí y me quedé quieta mientras caminaba a mi alrededor, sus dedos arrastrando mi piel.

“Sí. ¿Te gusta eso?” Se detuvo frente a mí y extendió la mano para soltar mi sujetador antes de lanzarlo por la habitación. Se movió hacia abajo, rozando sus labios sobre mis pezones mientras se apoyaba en sus rodillas. “Contra la pared, Bea”.

“No estoy segura de que me guste. Haces que sea difícil respirar”. Me apoyé contra la pared detrás de mí mientras él se movía hacia arriba y tiraba de mis bragas por mis temblorosos muslos.

“¿Te gusta que te coma la vagina?” Él levantó la vista, y mi corazón casi se detuvo en mi garganta.

“No lo sé”. Extendí la mano y pasé los dedos por un lado de su rostro. Un millón de emociones cobraron vida en mí. Era todo lo que sabía que quería y, sin embargo, me negué a mí misma. ¿Por qué? Miedo.

“Vamos a averiguarlo”. Deslizó sus manos por mi cuerpo, empujándome hacia atrás mientras agarraba mis pechos y los masajeaba. Su lengua corrió a través de mis pliegues, abriéndome mientras me chupaba y jugaba con su lengua.

Gemí y agarré sus brazos, moviendo mis caderas y follando su cara mientras me llevaba a una nueva altura de placer. “Más”, gimoteé.

“Envuelve tu pierna alrededor de mi hombro”. Pasó sus manos por mi cuerpo y alrededor de mi trasero, agarrándolo con fuerza mientras deslizaba mis dedos en su cabello y dejaba que me agarrara. El sonido de él lamiéndome el cuerpo fue suficiente para debilitarme, pero sus dedos jugando en mi trasero se sentían deliciosos. Tan perversamente prohibido.

Grité cuando mi orgasmo me partió en dos. Me di la vuelta, pero él se agarró con fuerza, bebiéndome y aprovechando al máximo para deslizar su dedo profundamente en mi culo. Grité cuando el orgasmo se hizo más y más alto. Fue demasiado, pero algo dentro de mí quería todo lo que él tenía para ofrecer, y si esto era un anticipo, no iba a sobrevivir.

“Eres tan deliciosa, Bea. Dame todo lo que tienes, bebé”. Él levantó la vista y movió su lengua sobre mi clitoris.

“Suficiente”. Gruñí y me alejé de su cara. “Suficiente por favor”.

“Mi turno”. Besó mi vagina húmeda una vez más antes de pararse, se quitó los boxers y su pene surgió orgulloso del apretado material grueso. “Ponte de rodillas para mí”.

Extendí la mano y lo acaricié un par de veces, amando el poder de tenerlo en mi mano. “No me hagas daño”, susurré y moví mis manos a sus caderas mientras me ponía de rodillas.

“Nunca”. Pasó sus dedos por un lado de mi cara, y por la expresión de sus ojos, le creí. Sentí que estaba enamorando de mí, y eso me asustó más que su oferta de ayudarme a tener un bebé. “Chúpamelo”.

Me reí. “Eres horrible. Lo sabes”. Me incliné y corrí mi mejilla por el lado de su longitud. Su pene era grueso y enorme, deliciosamente hinchado solo para mí.

“¿Eso crees?” Agarró su eje y presionó su carnosa cabeza en mi boca.

Puede que no supiera muchas cosas, pero sabía cómo ceder. Presioné mis manos sobre su estómago inferior y respiré profundamente por mi nariz antes de inclinarme y tomar todo en mi boca. Él jadeó y agarró un gran mechón de mi cabello mientras meneaba sus caderas.

“Bea. Eres una puta garganta profunda”.

Me reí y me atraganté, retrocediendo cuando mis ojos comenzaron a llorar. “Te odio”.

“Lo sé. Está bien. Usa ese odio para alimentar tu fuego esta noche”.

No necesitaba nada para alimentarme más que a él. Lo llevé a mi boca y le rendí culto a su pene durante los siguientes diez minutos, chupando y besando, tirando de su carne y haciéndole saber que él no era el único capacitado para dar placer.

“Mierda”, gimió y se agarró a mis hombros cuando se retiró. “No más. Quiero que me montes. Necesito sentir tu cuerpo contra el mío”.

“Yo también”. Agarré su mano y me ayudé a levantarme. “Siéntate en la silla de allí”, le ordené.

Se dirigió hacia allí y se dejó caer. “No tengo condón”.

“Tampoco lo tenías la primera vez. Nada de qué preocuparse. Te hice analizar antes de que pusieras un pie en mi hospital”.

Sonrió mientras me miraba. “Guau, eres una leyenda en el campo de la medicina”.

Levanté la vista cuando él agarró mis caderas y me obligó a girarme con mi espalda hacia su pecho. “Esta noche solo quiero fingir que me perteneces”.

“Y tu a mí”. Me senté en su regazo, deslizándome hacia abajo por su pene y gimiendo mientras me obligaba a abrirme. Presionó sus dientes en mi hombro y sus dedos en mi vagina, rodando sus dedos sobre mi sensible piel mientras bombeaba sus caderas.

“Quiero que me disfrutes”.

“Siempre lo hago” dije mientras presionaba mi espalda contra su fuerte pecho y levanté mis caderas hasta que no tenía nada más que la cabeza de su pene todavía dentro de mí. Luego me obligué a bajar cuando mi cuerpo se contrajo y palpité.

“¿Vas a acabar ya, Bea?” El tocó mi vagina y meneó sus caderas mientras mi orgasmo crecía en mi estómago.

“Dios, sí. Me encanta cómo te sientes dentro de mí. ¿Bésame?” Giré la cara, y él se inclinó, besándome con fuerza mientras sus dedos golpeaban mi suave piel como si estuviera tocando un instrumento.

Sus caderas chocaron contra mi culo rápidamente mientras sacaba su enorme pene de mi humedad. Lloré su nombre contra sus labios y se levantó, embistiéndome con un delicioso golpe.

Apretó su agarre en mi vagina y tiró de mi piel mientras gemía ruidosamente.

“Estoy cerca, ángel”. Me lamió el cuello y agarró con fuerza uno de mis pechos mientras me embistió desde abajo. “Quiero ser yo quien te dé lo que quieres”.

¿Un bebé?

“No te detengas,” murmuré y arqueé mi espalda, contrayendo mi cuerpo para darle la más fuerte presión que pudiera tener.

“Eso es. Ordeña, Bea. Ordeña este pene”.

“Dios, sí”. Cerré los ojos y moví mis caderas, tirando de su pene hasta que me obligó a parar.

Me relajé contra él, su cuerpo todavía metido dentro del mío, crispando y bombeando hacia fuera.

“Quédate conmigo esta noche”. Me besó en un lado de la cara mientras pasaba el dedo por mi humedad en movimientos lentos y constantes. Yo quería más de él. Quería pasar la noche entera, pero sabía bien que si me quedaba, tal vez nunca querría irme.

Entonces, hice lo mejor para nosotros dos.

Le di un beso de despedida, me vestí y me fui como si fuera una mujer más que ocupaba su cama.

Llorar todo el camino a casa no era parte del plan, pero empezar a enamorarme del mayor playboy en la historia del hospital tampoco lo era.

PETERS

Una sensación se instaló en el centro de mi pecho la mañana después de que Beatriz se fue. Fue el hecho de darme cuenta que no tenía el tiempo que necesitaba para derribar sus paredes y destruir las mías. No existía una solución rápida o una cogida esporádica que curara a ninguno de los dos.

Era un idiota por pensar que era la solución.

Después de tomar una taza de café y comer unos trozos de pan tostado, me vestí y me dirigí al hospital. Extrañaba mi casa en Nueva York y mis amigos. Esto no era para mí en absoluto. Me sentía cómodo siendo quien era en Nueva York. Este nuevo y sensible hijo de puta en el que me estaba convirtiendo estaba empezando a afectarme de los nervios un poco.

No es que no hubiera sido suave con Beatriz en Nueva York, pero algo de esta soledad me hizo estar más dispuesto a considerar e incluso prometer cosas que sabía que nunca cumpliría realmente. No a la larga, al menos.

Fue lo mejor que dejó la noche anterior, aunque una voz de reproche pasó por mi cabeza toda la mañana, tratando de convencerme de lo contrario.

Llegué al hospital y estacioné al lado de un auto lleno de residentes. No ocultaron el hecho de que yo era el tema de conversación, pero así era la vida. Estaba lo suficientemente bien como para dejarlos estar. El buen karma regresaría en mi dirección, o eso esperaba.

Vi que Beatriz aún no bajaba de su automóvil, por lo que me acerqué. La puerta golpeó contra mí, y di un paso atrás, ofreciéndole una sonrisa engreída.

“Eso es violencia en el lugar de trabajo, señorita”.

Ella puso los ojos en blanco y salió. “Estoy atrasada. Presenta una queja ante el Jefe del hospital. Estoy segura de que estará encantado de escuchar que mutilé algo”.

“¿Mutilar? Eso es demasiado”. Sonreí y retrocedí, cerrándole la puerta mientras caminaba hacia el hospital. Tuve que correr para alcanzarla. Parecía como si nuestra pequeña sesión de hacer el amor no hubiera causando una gran impresión en la Princesa de Hielo.

“Tenemos que pasar por la oficina de Alonzo. Me envió un mensaje hace unos minutos preguntándome dónde demonios estábamos”, dijo mirándome de soslayo.

“Nadie me habló de una reunión con Alonzo esta mañana”. Saqué mi teléfono para buscar mensajes. “¿Se supone que debemos leer la mente ahora?”

“Iba a enviarte un mensaje una vez que entrara”. Ella atravesó la puerta del hospital con la cabeza en alto. La perra descarada estaba actuando como si yo no estuviera allí. Loca.

La ira se apoderó de mí, y extendí la mano y la agarré del brazo, deteniéndola. “Oye. Hicimos el amor anoche, porque recuerdo que sucedió algo así. Cena. Flores. Sexo apasionado. Gritaste

mi-”

Ella se acercó y puso su mano sobre mi boca mientras sus mejillas se sonrojaban. “Detente. Estamos en el hospital, y anoche fue increíble, pero es el pasado. Déjalo ahí”.

Esa sensación extraña de antes despertó en mi interior. Fue un escalofrío, una frialdad, el entumecimiento del rechazo. Así que tal vez yo no era el único que intentaba pensar las cosas. Obviamente, Beatriz también había reflexionado un poco sobre nosotros y se quedó corta.

Retrocedí, di media vuelta y caminé hacia la oficina de Alonzo. Si ella quería mantener las cosas profesionales, yo haría exactamente eso, pero no le iba a gustar. Yo era un idiota.

Ella estaba detrás de mí, o así lo asumí, así que me aseguré de empujar la puerta un poco más fuerte de lo normal cuando entré en la oficina de Alonzo. Con suerte, ella podría pasar antes de que se cerrara. No buscaba a un caballero, y era algo muy bueno. Porque, yo no era uno.

“Peters. Beatriz. Qué bueno que se pasen por aquí”. Alonzo se levantó de su silla y sonrió a un hombre grande con un traje azul que estaba sentado frente a él. “Congresista Kade, estos son los cirujanos que lo operarán. Son lo mejor de lo mejor”.

Me moví y extendí mi mano hacia el hombre mayor. La mirada cansada en sus ojos me dijo que Beatriz tenía razón. Deberíamos haberlo operado antes. Él podría tener una agenda apretada, pero trabajar desde tres metros bajo tierra era imposible. Alguien debería haberle dicho, pero no era mi lugar. Conociendo a Beatriz, ella lo haría pronto.

“Encantado de conocerlo, congresista”. Le estreché la mano y retrocedí, dejando espacio para la bella mujer que seguramente pisaría mi ego ese mismo día. ¿Cómo podía pretender que la noche anterior no había sido jodidamente increíble?

“Igualmente”. Él sonrió y extendió su mano hacia Beatriz. “He oído mucho sobre ustedes dos, y también sobre su hermano, el doctor Ficher”.

Beatriz sonrió cálidamente. “Cuidaremos bien de usted”.

“No tengo duda”. Se sentó y se volvió hacia Alonzo. “Así que no será antes de dos semanas. Tengo una agenda llena hasta entonces, pero quiero que esto se realice en el momento en que tenga un respiro”.

“Por supuesto, Clay. Eso es lo que planeamos hacer, ¿verdad, Peters?” Alonzo me miró. Beatriz se puso rígida, echó los hombros hacia atrás y levantó la barbilla un poco. Este era su hospital, y yo era un visitante. Si no lo supiera, habría pensado que Alonzo estaba tratando de molestar a la bella mujer.

“Sí. Trabajaré con la programación de hoy para asegurarme de que todo esté bien. Tendremos que hacer un trabajo preoperatorio, pero nada demasiado fuera de lo común”. Eché un vistazo a Bea. “Quieres agregar algo”.

Ella ni siquiera me miró, sino que se concentró en el congresista. “Solo quiero decir que estoy un poco preocupada de que no se haga cargo de esto más pronto. Con los dolores de cabeza que está teniendo y-”

“Lo hará en el momento en que tenga una oportunidad, doctora Ficher”. La voz de Alonzo tenía un tono de finalidad.

“Sí. Ojalá pudiera hacerlo antes” dijo el hombre mayor acercándose y frotándose un lado de la cabeza. “Felizmente encontraré tiempo para el preoperatorio y lo que se necesite. Les agradezco a los dos. Honestamente, lo hago”.

“Peters, por favor haz que Clay siga el procedimiento, para que entienda mejor lo que sucederá y reserve el tiempo de recuperación para algo como esto”. Él asintió con la cabeza hacia mí, y pasé la siguiente media hora hablando sobre los detalles de la cirugía. La tensión que se desprendía de Beatriz fue suficiente como para dejar mi estómago revuelto para cuando

terminamos la reunión.

“Excelente”. Clay se levantó y me ofreció su mano. “Solo díganme las fechas de pre operación y estaré aquí. Sé que estoy en buenas manos con usted, doctor Peters”.

“Con nosotros dos”, agregué y retrocedí para que Beatriz pudiera estrechar la mano del hombre una vez más. Eché un vistazo a Alonzo, que también estaba más pálido. Era como si los dos estuviéramos esperando que Bea lanzara su mierda y se fuera. No estaba fuera del espectro normal de las cosas que podrían suceder.

“Sí, por supuesto”. Clay estrechó la mano de Beatriz y se volvió hacia Alonzo. “¿Desayunamos, viejo amigo?”

“Absolutamente”. Alonzo caminó alrededor del escritorio y abrió la puerta para los dos. “Gracias por pasar por aquí. Iré a verlos más tarde”.

Salí y dejé escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

La voz de Beatriz era monótona mientras se movía a mi lado. “Bueno, lo tranquilizaste. Bravo”.

“No estoy seguro de que sea un cumplido”. Comencé a caminar por el pasillo hacia el quirófano. “No pedí estar a cargo de esto”.

“¿No?” Ella me miró con una combinación de dolor y enojo en su rostro. Podría estar cerca de los cuarenta, pero tenía la madurez de una adolescente loca.

“No responderé a eso”. Me alejé y doblé a la izquierda. No había forma de que discutiera con ella después de la noche que habíamos tenido. Le había ofrecido mi cuerpo para embarazarla y lo aprovechó. Ella no necesitaba drama adicional o estrés en su vida. Incluso podría estar cargando a mi bebé.

La idea causó escalofríos que surgieron en mis brazos. ¿Y si eso fuera cierto?

Cerré la puerta de mi oficina, necesitando unos minutos antes de comenzar el día. Saqué mi teléfono para ver un mensaje de texto de mi mejor amigo, Jackson.

¿ESTÁS VIVO, HOMBRE? NO HE SABIDO DE TI EN UNA SEMANA Y MEDIA.

SONREÍ Y MARQUÉ SU NÚMERO ANTES DE DEJARME CAER EN MI ESCRITORIO. ÉL RESPONDIÓ EN EL primer tono.

“Oye, perra. ¿No puedes llamar a nadie?”

Me reí y me recliné en mi silla. “Tampoco has llamado, señorita”.

“He estado ocupado, amigo. Hustling es todo lo que hago hoy en día”. Se aclaró la garganta. “¿Cómo va todo allí?”

“Bien”.

“¿Te acuestas con la hermanita de Samuel?” Pude sentir el humor en su voz. Maldito cabrón.

“Sí. Un par de veces, y sigue siendo una perra”. Pasé mis dedos por mi cabello y sofoqué un suspiro. Volver a casa se sentiría tan bien. Quería volver a ser yo sin la presión de Bea en mi mundo. Me afectaba más de lo que quería admitir.

Él se rió a carcajadas. “No hay puntaje para el doctor Playboy allá en Boston, ¿eh?”

“No esta vez, amigo”. Eché un vistazo para ver a una de las enfermeras esperando afuera de mi puerta. Levanté el teléfono y le indiqué que estaría en el quirófano en breve. “¿Qué hay de ti? ¿Conseguiste a una hermosa chica soltera?”

“Todavía no, pero tampoco estoy tratando de hacerlo”.

“Oh, ya veo. Entonces, ¿en el momento que quieras, donde pones el ojo pones la bala?”

“Mierda, así es”, dijo riendo arrogantemente. “Hey, ¿Cómo está tu papá? ¿Las cosas aún van cuesta abajo para él?”

“Está mejor. Tengo una mucama, una cocinera y una enfermera que lo visitan diario. Su cocinera es una mujer de unos diez años mayor que yo, y por lo que puedo decir, se llevan muy bien”.

“Oh, mierda”. Él rió. “Papá está recibiendo todo tipo de ayuda”.

Puse los ojos en blanco. “De acuerdo, me dirijo al quirófano. Hablamos más tarde”.

“Está bien, hablamos luego”.

Colgué la llamada y me levanté, caminando lánguidamente hacia lo que seguramente sería un largo día de salvar vidas y ofrecer esperanza. Lástima que la única persona en el hospital que necesitaba ambas no era receptiva a ninguna de las dos.

BEATRIZ
DOS SEMANAS DESPUÉS

Dos semanas pasaron en un parpadeo, y tristemente, Peters y yo apenas nos comunicábamos al final de ese periodo. Era mi culpa, y no estaba segura de cómo solucionarlo. Aunque en realidad no quería arreglarlo. Se iría pronto de regreso a Nueva York, y la vida continuaría como siempre.

Entré en Destrada para ver a Agatha ya sentada en nuestra mesa. Levanté mi mano y saludé antes de pasar al baño para desacelerar mi corazón.

Samuel se unió a nosotras para almorzar. Aunque estaba más que feliz de ver a mi hermano mayor, sabía que me leería como un libro. Vería el dolor en mi corazón.

Presioné mis manos en el fregadero frente a mí y me quedé mirando mientras respiraba profundamente. “Solo finge estar genial. Habla sobre medicina, mamá y papá y sobre lo buena que es la comida. Sé superficial”.

Un dolor profundo resucitó en mi pecho cuando mi corazón se contrajo. No quería ser superficial con mi hermano, pero si lo dejaba inmiscuirse en todas las cosas jodidas que pasaban por mi cabeza, él enfrentaría a Peters y no quería eso.

No era culpa de nadie más que mía.

La puerta se abrió, y Agatha asomó la cabeza. “¿Estás meditando antes de ver a Samuel?”

Me reí entre dientes y me volví para abrazarla. “No. Simplemente no quiero que se meta en mi vida privada. Es un desastre en este momento”.

“¿Cuándo no es un desastre?” Envolvió sus brazos alrededor de mí y presionó un beso en mi mejilla. “Déjalo que te ayude a resolverlo”.

“¿Tu no me ayudarías?” Retrocedí un poco y le di una sonrisa descarada.

“No lo creo. No tengo mucha experiencia con el amor o el sexo. Solo te diría que lo intentes una y otra vez. Intenta hasta que funcione”.

“¿Y si nunca funciona?” Su consejo no era para nada malo, pero requería una persona mucho más fuerte que yo.

“Funcionará, Bea. Lo creo con todo mi corazón”.

La solté y me acerqué a la puerta, manteniéndola abierta para ella. “Siempre has sido nuestra soñadora. No pares. Una de nosotras tiene que recordarles a los demás cómo es llegar a las estrellas”.

“No estoy segura de que sea un cumplido al ver lo pragmática que eres”. Dijo deslizando su brazo sobre el mío, y para mi deleite, mi hermano mayor ya estaba sentado en la mesa esperándonos.

“Samuel”. Sonreí y me moví a sus brazos mientras él se ponía de pie. Las lágrimas

amenazaban con derramarse sobre mis mejillas, pero las obligué a retroceder. No había forma en que usáramos nuestro primer almuerzo como familia para hablar sobre mí.

“Hermana” Besó un lado de mi cabeza y me apretó con fuerza. “¿Estás lista para irte conmigo a Nueva York?”

Agatha se rió y se sentó. “Muerde tu lengua, viejo. Ella se quedará aquí conmigo”.

“Nunca estás aquí”. Retrocedió, pero mantuvo sus brazos a mi alrededor. “Parece que no estás durmiendo bien”.

“Deja de analizarme antes de tomarme una copa de vino”. Sonreí y extendí la mano, tocando un lado de su rostro. “Tu cabello se está poniendo gris. Te ves como papá”.

“Sigo pidiéndole a Leti que me llame papi, pero ella piensa que es un poco porno”. Él guiñó un ojo mientras fingíamos una mordaza.

Me senté junto a él y recogí mi menú. “Me alegra que ambos estuvieran libres. Es bueno estar con ustedes”.

“Estoy de acuerdo”. Agatha tomó la canasta de pan entre nosotros. “Cuéntanos sobre esta gran cirugía que harás mañana”.

“Sí. Quiero repasar todo”. Samuel se inclinó y sacó un archivo de su maletín. “Ojalá Peters estuviera aquí. ¿Debería llamarlo para ver si está libre?”

“¡No!” Dije un poco demasiado fuerte cuando Agatha respondió con un “¡Sí!”

Samuel se rió entre dientes. “Está bien. Lo haremos sin él, Bea, pero debes explicarle algunos de los riesgos asociados con este tipo de cirugía. No estoy hablando solo de riesgos médicos, sino de riesgos legales, responsabilidades”.

“Lo haré”. Asentí y crucé las piernas debajo de la mesa. “Alonzo no me dará el liderazgo por eso. No estoy segura de apreciar que esté dispuesto a poner en riesgo a un médico visitante. Parece poco profesional para mí”.

“No es el tipo de hombre que se preocupe demasiado por alguien que no esté bajo su paraguas”. Samuel señaló.

“Ni siquiera de los que están dentro”. Dijo Agatha dándome una mirada de complicidad. “No te ha estado molestando demasiado últimamente, ¿verdad?”

“Es intermitente”. Me encogí de hombros. “Sabes que no está contento con el divorcio, por lo que sigue tratando de reconciliar la situación de alguna manera”.

El rostro de Samuel se ruborizó. “¿Reconciliar? ¿Cómo podrías reconciliar lo que hizo?”

“Lo sé”. Levanté mi mano. “No hagamos esto. Lo hemos hecho un millón de veces. Es un bastardo horrible que no merece más que miseria”.

“No estoy diciendo eso, pero Bea, en serio. Tienes que salir corriendo de allí”. La mirada de Samuel se clavó en mí. “Eres una de los neurocirujanos más brillantes del país. Ven a Nueva York”.

“Una de las mejores, pero no la mejor”. Sonreí, burlándome de él.

“Bueno, por supuesto que no. Yo lo soy”. Ofreció una sonrisa engreída que me recordó a Peters. “Pero, eres la segunda”.

“¿Y tu protegido?” Sonreí.

“Tercero, pero no le digas eso”. Él me entregó el archivo de sus manos. “Revisa las notas que tengo aquí cuando tengas tiempo. Podemos hacer Skype antes de la cirugía, y repasaremos lo que quieras. No es una cirugía complicada de ninguna manera, pero como sabes, hay riesgos como en todas”.

“Por supuesto”. Puse el archivo sobre la mesa en el lugar vacío a mi lado.

“¿Cómo está Peters?” Samuel se acercó y agarró un rollo y se metió un trozo en la boca. “Es

brillante y divertido”.

Asentí, tratando de mantener mis emociones ocultas. “Es arrogante como el infierno, pero todos lo aman”.

“Pero tú”. Samuel inclinó la cabeza hacia un lado. “¿Le has dado una oportunidad?”

“No lo sé”. Eché un vistazo a Agatha, que estaba masticando lentamente su pan y mirándonos como si alguien viera una película vieja que le encanta. “Cuéntame sobre tu último viaje. ¿China estuvo bien?”, pregunté a Agatha.

“Más o menos”. Arrugó su nariz. “Fue interesante ver otra cultura, pero los extrañé. Extrañaba la ciudad y el ruido. Es extraño allí”.

Me reí y miré a mi hermano. “Al menos no tenemos que preocuparnos por perderla en otro continente”.

“Bien. Eso es un alivio”. Le guiñó un ojo a Agatha. “¿Tus tobillos están mejor?”

Ella se inclinó y debe haber estado frotándolos. “Sí. Gracias por ayudarme con eso. Supongo que veinte años de baile finalmente me alcanzaron”.

“Hablando de eso”, intervine, “¿estás planeando establecerte pronto y, de ser así, dónde?”

Samuel se inclinó hacia ella un poco e intervino sin esperar su respuesta, “¿Todavía estás considerando esa academia de baile de la que has estado hablando desde que eras pequeña?”

Ella se inclinó hacia atrás y levantó una ceja. “¿Por qué esta conversación se volvió repentinamente hacia mí? Regresemos a Peters y Bea. Me gusta más”.

Compartimos una risa cuando el camarero se acercó y tomó nuestra orden. No me importaba lo que tomara. No iba a dejar que la conversación volviera a mí y a Peters. Estaba atrasada en mi período y tenía miedo de hacerme un examen. ¿Qué pasaba si estaba embarazada? Una deliciosa calidez corrió a través de mí, dejándome al borde de ser emocional de nuevo.

Quería un bebé, ¿pero tenerlo con un hombre que me pudiera enamorar y decepcionar tan fácilmente? Hubiera estado bien si él fuera del tipo para establecerse, pero no había forma en que eso sucediera. Lo sabía sin pensarlo demasiado. Sufriría si no tenía cuidado.

Esperaría una semana más.

“¿Bea? ¿Ordenarás?” Samuel puso su mano sobre mi antebrazo y apretó. Levanté la mirada para encontrar una expresión preocupada en su rostro.

“Oh, sí. Lo siento. Pensaba en la cirugía”. Recogí mi menú mientras mi estómago gruñía. Pedí un poco más de lo que normalmente haría, pero no era por la posibilidad de estar embarazada. Sonreí ante la idea.

“¿Qué te hace sonreír? Déjanos entrar en tus pensamientos”. Agatha cogió otro rollo y lo arrojó sobre la mesa para mí. “Se trata de Peters, ¿verdad?”

“¿Por qué sería por Alan?”, preguntó Samuel levantando su ceja y mirándonos a las dos.

“Porque él me mantiene alerta”. Me encogí de hombros y alcancé la mantequilla. “Si no fuera joven y tonto, podría dejar que bajara mis defensas”.

“No, no lo harías”. Samuel no solo se parecía a mi padre, sino que también tenía la capacidad de sonar como él. La nostalgia corrió a través de mí, levantando mi estado de ánimo. Tantos buenos recuerdos me inundaron.

“¿Recuerdas el momento en que papá te atrapó escondido en tu habitación para no salir con esa chica que pensaste que iba a tener tus bebés y arruinaría tu vida?”. Me reí mientras la expresión de mi hermano se endureció.

“Dezzy. Sí. Lo recuerdo”.

Agatha se rió y bufó. “Me encanta ese nombre. ¿Qué era ella, catorce años mayor que tú, Samuel?”

“Algo como eso”. Rodó sus ojos y me dio una mirada de advertencia. “¿De verdad? ¿Tienes que usar esto para escapar?”

“Oh, sí. Cualquier cosa que me quite la atención. Tenía el cabello negro salvaje”.

“Como el tuyo cuando te levantas por la mañana”. Agatha sonrió, burlándose de mí.

“No. Ella era perversa”. Me reí profundamente cuando otra historia se levantó dentro de mí. “Agatha, ¿te contó Samuel acerca de la vez que perdió un anillo en el pelo de la chica? Estaban haciendo el acto sucio, ¿verdad, Samuel?” Lo miré. El sonido de las risitas de Agatha llenó la habitación a nuestro alrededor, dándome la sensación de paz que tanto necesitaba.

“¿De verdad? Mierda Samuel”. Se pasó las manos por la cara mientras yo reía.

“¿Encontraste el anillo?”, preguntó Agatha inclinándose hacia adelante con sus ojos grandes. Ella parecía tener ocho años.

“Sí”. Asintió con la cabeza Samuel. “Tomó unas horas, pero estaba en su cabello”.

“En su pelo rizado y salvaje”. Sonreí y me recosté.

“Tu turno”. La sonrisa de Samuel se amplió.

“No. Las mías son aburridas”. Extendí la mano y le tapé la boca con la mano. Iba a contar sobre la vez que me emborraché y bailé sobre la mesa en un bar cuando estaba en la escuela de medicina. Era uno de los recuerdos más vergonzosos que tenía, y le encantaba compartirlo a pesar de que Agatha lo había escuchado un millón de veces.

“¿La historia del bar?” Ella levantó una ceja.

Él bajó mi mano. “¿Sabías que estaba desnuda?”

“¡No lo estaba!” Lo golpeé en el pecho. “No creo que lo estuviera. ¿Lo estaba?” pregunto Agatha.

Él se rió, y el mundo completo parecía estar bien de nuevo. “No sé, hermana. No estaba allí. Es tu historia para contar”.

“Bien. Entonces, nunca sucedió”. Di una sonrisa descarada y me relajé en la calidez de mi familia.

Cualquier otra cosa que estuviera pasando fuera de esa burbuja era algo de lo que preocuparse en otro momento.

Por ahora ... estaba en casa con los dos. Un lugar que extrañaba como loca.

PETERS

Me desperté la mañana del domingo con alguien llamando a la puerta. Había sido un largo y arduo periodo de dos semanas. Beatriz me trató como cualquier otro par de manos en su quirófano y me dejó un poco incómodo, aunque jugué esa mierda como algo sin importancia. ¿Qué elección tenía?

“Ninguna”, murmuré mientras me arrastraba fuera de la cama y caminaba hacia la puerta. Me puse un par de jeans y me froté los ojos, preguntándome quién demonios pasaría tan temprano el fin de semana. No conocía a muchas personas en Boston, y las que conocía no eran del tipo de visita.

Samuel Ficher estaba parado al otro lado de mi puerta, sorprendiéndome un poco.

“Oye, guau. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?” Extendí mi mano mientras la preocupación corría a través de mí. ¿Pasó algo malo con Beatriz? ¿Por qué estaba Samuel de Nueva York?

Él estrechó mi mano y me dio un rápido abrazo. “Vine a almorzar con mis hermanas ayer. Me alojé en un hotel cerca del centro médico gracias a una reunión en Harvard esta mañana. Pensé en pasar y visitarte”. Él retrocedió y me miró una vez más. “¿Estás bien?”

“No podría estar mejor”. Retrocedí. No había forma en que me dejara ver cómo me sentía realmente. Por un lado, no estaba seguro. Estaba listo para regresar a casa, pero tenía algunas cosas más por hacer en mi lista de tareas pendientes antes de empacar. Samuel quería revisar la lista si lo conociera. Mejor terminar las cosas profesionalmente y volver a mi vida.

“¿De verdad?” Se rió entre dientes y entró. “Te traje algunas notas para la cirugía de Clay Kade mañana”.

“¿Le entregaste esto a Bea?” Tomé el archivo y lo abrí mientras caminaba hacia la cocina para tomar un café.

“¿Desde cuándo comenzaste a llamar a mi hermana, Bea?” Se detuvo en la entrada de la cocina, me volví y me encogí de hombros.

“Desde que hemos estado trabajando juntos sin parar durante tres semanas”.

“¿Todavía te está costando tratarla?”

“Oh, sí. Bueno, había cambiado, pero ha vuelto a meterse en su caparazón”. Me volví y trabajé en el café. “Desearía que hubiera algo que pudiera hacer para ayudarla, pero no es así. Estoy cansado de intentarlo y pensarlo”.

Sus manos se aferraron a mis hombros desde atrás. “No es asunto tuyo, Peters. No te envié aquí para arreglar a Beatriz. Te mandé a entrenar al hospital sobre algunas cosas, para mostrarles algunos trucos nuevos y para ayudar a Bea con sus residentes. Has hecho eso y ya casi es hora de volver a casa”.

“Bueno”. Resoplé y me solté. “Estoy listo. Estas personas son muy diferentes de los neoyorquinos”.

Él sonrió cuando me volví para mirarlo. “La mayoría de la gente estaría de acuerdo en que ser diferentes es algo bueno”.

“Por diferente, quiero decir serios y aburridos como el infierno”. Levanté la mano y pasé mis dedos por mi cabello. Quería decirle que sentía algo por su hermana, pero era irrelevante. Lo que sucedió entre nosotros estaba prácticamente enterrado en algún lugar de nuestro silencio. “¿Entonces por qué la participación en la cirugía mañana? ¿Alonzo te llamó?”

“No, solo sé lo que es tratar con estas cirugías de alta prioridad. Hay mucha presión adicional. Quería asegurarme de que tanto tú como mi hermana estuvieran bien”. Deslizó sus manos en los bolsillos de sus pantalones y me estudió. “No estoy feliz con Alonzo poniéndote a cargo”.

“¿En lugar de Beatriz?” Había aprendido hace mucho tiempo a no tomar personalmente nada que dijera Samuel. Era un gran tipo, y siempre parecía estar pendiente de todos los que lo rodeaban.

“No, no me gusta la idea de que cualquiera de ustedes lo haga”. Él se encogió de hombros. “Aunque debería ser Beatriz quién esté a cargo porque es su hospital y está más cómoda allí que tú. Le está cubriendo el trasero porque aún espera recuperarla”.

“Es una mierda. La jodió realmente”.

“Estoy de acuerdo”. Se sentó en una de las sillas en la mesa de la cocina. “Desearía poder traerla de vuelta a Nueva York con nosotros”.

“No pidas mi ayuda con eso, Samuel. Ella apenas puede soportarme”.

“Eso es porque se siente atraída por ti”.

“Lo que sea”. Regresé a la cocina y tomé una taza de café. “Incluso si fuera así, no va a hacer nada al respecto”.

“¿Por qué?” Él preguntó.

“Porque tiene miedo de comprometerse, hermano”. Le ofrecí una taza. Él la tomó, y me senté frente a él. “Es una mujer hermosa, brillante y fuerte, pero se sentirá sola hasta que alguien le quite ese chip de que la quieren dañar”.

Su expresión se apretó, y me preocupaba que hubiera ido demasiado lejos. “¿Estas ofreciendo hacer eso?”

“No. Ella es tu familia, no la mía. Estoy listo para terminar esta mierda y volver a casa. No he dormido con una enfermera en tres semanas. Estoy sorprendido de que mis bolas no se hayan podrido”.

Él rodó los ojos. “Nunca dejas terminar una conversación, ¿verdad?”

Me reí. “¿Qué? Estoy hablando en serio”.

“¿Y por qué no has hecho tus trucos aquí en los pasillos de Boston como lo haces en nuestro hospital?” La sonrisa en su rostro me hizo saber que no me menospreciaba por mi estilo de vida. Algo me dijo que quizás él mismo lo había hecho. Años y años.

Me encogí de hombros. “No lo sé, pero suficiente sobre mí. Repasemos este archivo, aunque siento que es una pérdida de tiempo. Es una cirugía bastante rutinaria”.

“Pero se la realizarán a una persona que no es rutinaria. Ahí es donde surge la preocupación”.

“Un cuerpo es un cuerpo, Samuel. Tú me lo enseñaste”.

Frunció los labios y asintió, sacando el archivo y guiándome a través de todo lo que ya sabía. Me alegré de que fuera él y no Beatriz quien lo hiciera. La conversación pudo haberse malinterpretado fácilmente para hacerme sentir la necesidad de defender mi inteligencia y experiencia, pero no fue así.

Él se preocupaba. Aunque solo desearía que su hermana lo hiciera.



SAMUEL SE FUE JUSTO ANTES DE SU ALMUERZO, Y ME METÍ EN LA CASA, TRATANDO DE PENSAR EN cómo pasar el resto del día libre. No estar en el hospital dejaba demasiadas horas abiertas durante el día. Me dejé caer en el sofá y vi la televisión hasta altas horas de la tarde, sintiéndome como una babosa por no hacer algo más constructivo.

De vuelta en Nueva York, habría estado en los pasillos del hospital, ayudando o buscando una nueva chica para llevarla a mi casa. Una sonrisa apareció a un lado de mi boca ante la idea de volver a casa. Boston había sido un error, y era lo suficientemente maduro como para darme cuenta de eso. Samuel me había ofrecido la oportunidad, pero salté sobre ella como un loco. No estaba seguro de lo que estaba esperando. ¿Reconocimiento? ¿Grandeza? ¿Respeto de otro grupo de colegas?

Mi teléfono sonó, sacándome de mi ensoñación. Mi papá.

“Hola papá. ¿Qué pasa?” Me incliné hacia atrás y estiré mi brazo libre en el aire. “Hey, papá”.

“No me siento tan bien”. Él sonaba terrible. Me sobresalté.

“¿Dónde está Olga?” Caminé hacia la habitación y encontré algo de ropa. Algo andaba mal. Me di cuenta por el sonido de su voz.

“Se fue hace unos días. Creo que ella y su ex intentarán resolver las cosas”. La tristeza llenó la habitación a mi alrededor.

“Está bien. Bien, estoy en camino hacia allá. Solo espera. Podemos pasar la noche juntos”.

“Creo que tal vez debería llamar al hospital. Me siento mal y no puedo pensar con claridad”.

“Sí. Llámalos. Me dirijo hacia allá. Asegúrate de decirles que me llamen, ¿de acuerdo?”

“Está bien. Hasta pronto”. Soltó la llamada, y mi corazón casi se detuvo.

¿Por qué diablos no me había llamado hacía unos días cuando Olga se fue? ¿Y por qué diablos dejaría de limpiar y cocinar al volver con su ex? Agarré mis llaves y corrí al estacionamiento para encontrar mi motocicleta.

No se trataba de los servicios que estaba brindando. Mi padre incluso había quitado las jodidas fotos de mi madre en la pared, a pesar de haber adorado a esa mujer la totalidad de mi vida.

“Pensó que tenía una oportunidad de felicidad otra vez. Mierda”. Subí a la motocicleta y conduje como un poseído durante una hora hasta llegar a su casa. Supuse que ya estaba en el hospital, pero algo dentro de mí quería estar seguro. Si se lo hubieran llevado, ya lo estarían cuidando. Si no... Paré mi tren de pensamientos mientras me detenía en su casa.

Apenas me bajé de la motocicleta antes de medio caerme en mi intento de correr hacia la casa. Abrí la puerta y llamé. “¿Papá? ¿Estás aquí? Soy Peters”.

El sonido de alguien gimiendo por el pasillo tenía mi corazón en mi garganta. Saqué mi teléfono y corrí por el pasillo para verlo en el suelo de su habitación, con la piel profundamente amarilla.

“9-1-1. ¿Cuál es su emergencia?”

“Soy Alan Petersen. Mi padre está sufriendo de ictericia debido a una falla hepática. Envíen una ambulancia al Fallen Stock Lane tres veintidós”. Me arrodillé junto a él y extendí la mano para agarrar su mano.

“Una ambulancia está en camino”.

Corté la llamada y me puse de rodillas. “¿Papá? ¿Puedes oírme?”

Él murmuró algo cuando sus ojos se cerraron. Las latas de cerveza llenaban el dormitorio, y el hedor del alcohol se desprendía de él en gruesas olas.

“Espera, ¿de acuerdo? Te llevaré al hospital y ellos te ayudarán. Esto es reparable. No hay problema”. Lo senté en mi regazo y lo acuné, hablé con él suavemente hasta que llegó la ambulancia. El servicio médico de emergencia llegó rápidamente.

“Es un alcohólico. No estoy seguro de cuánto tiempo ha estado en ictericia. La última vez que estuvo acompañado por alguien fue hace tres días”, dejé que las palabras cayeran de mis labios, respondiendo a todas las preguntas lo mejor que pude a medida que lo ponían en la ambulancia.

Me hicieron un millón de preguntas, y trabajé duro para concentrarme en la voz del chico y nada más. Les dije que los seguiría en mi motocicleta solo para poder recuperarme.

Llegamos al pequeño hospital y me aparté del camino y dejé que los médicos y enfermeras tomaran el control. Parado en la sala de espera, paseando por el piso me dio un nuevo respeto por los seres queridos de los pacientes con los que trabajé.

“¿Señor Petersen?” Un médico mayor caminó hacia mí, con la mano extendida. “Soy el doctor Jeff Jones. Su padre descansa pacíficamente y el color amarillo...”

“Soy un neurocirujano. Solo dígamelo directamente. Por favor”. Le estreché la mano con fuerza antes de retroceder y tratar de no desmayarme. Todo parecía cerrarse sobre mí. Sabía qué aspecto tenía la insuficiencia hepática en las primeras etapas y en las avanzadas. ¿Cómo diablos había estado mi papá sin tratamiento o no lo había notado?

“Bien, lo siento”. El asintió. “Está en las etapas avanzadas de insuficiencia hepática. Haremos lo que podamos, pero no puedo darle mucha esperanza”.

“Perdón” Envolví mis brazos alrededor de mí mismo. “Hay un millón de tratamientos para esto”.

“Sí, y su padre está en la etapa de un trasplante. Irá a la lista”.

“¿Cuánto tiempo dura la lista?” Por primera vez en mi vida adulta, lamenté mi decisión de ser soltero, para protegerme. Estar allí solo y sin nadie a quien recurrir era el momento más oscuro de mi vida.

“Más tiempo que lo que le queda a él”. Miró hacia abajo y tomó aire antes de mirar hacia arriba. “Lo haremos sentir cómodo, y puede ir a verlo cuando esté listo”.

“Gracias. Necesito un minuto”. Me volví y salí del hospital, subí a mi motocicleta y manejé hasta que me quedé sin gasolina. Me dejé caer en un campo en el medio de la nada y lloré hasta que el sol rompió el borde de la tierra.

A mi papá lo habían golpeado un millón de veces, y era un buen hombre. Si él no podía encontrar la paz o el amor, ¿qué esperanza tenía yo? Ninguna.

BEATRIZ

El almuerzo con mi hermano y mi hermana me ayudó a calmarme un poco. No estaba segura de por qué estaba luchando contra la relación a corto plazo que Peters me ofreció mientras estuvo en Boston. Habría sido divertido, que era algo que necesitaba en mi vida.

Me levanté el lunes por la mañana y tuve que correr al baño en el momento en que mis pies tocaron el suelo. Vomité todo lo que había comido el día anterior y sentí un fuerte pánico dentro de mí. Operaríamos al congresista Kade en tres horas. No podría estar enferma.

“¿Enferma o embarazada?” Me limpié la boca, me cepillé los dientes y me vestí rápidamente. No había forma de que fuera capaz de concentrarme en la cirugía si estaba preocupada por estar embarazada. Lo más probable es que no lo estuviera, pero necesitaba tranquilidad.

Conduje a la farmacia por la calle y compré dos pruebas por si acaso. Forzándome a calmarme, tararé una de mis canciones favoritas y pensé en el procedimiento para mi cirugía esa tarde.

Afortunadamente, mi pulso había disminuido un poco cuando volví a la casa y arranqué la prueba de embarazo. Leí las instrucciones, aunque sabía muy bien cómo usar una de esas malditas cosas. Había usado cien o más durante mi matrimonio con Alonzo, sin saber que estaba jugando con mis posibilidades de concebir.

Solo al ver el pequeño bastón blanco con el mango violeta me dio una sensación de malestar. Era un recordatorio de lo que me había perdido.

Oriné sobre la cosa estúpida y la puse con cuidado en el borde del fregadero antes de salir a la sala y pasearme como leona encerrada. Si estuviera embarazada, ¿de quién era? Sería muy difícil saber realmente si el bebé tenía dos semanas o cuatro semanas. Me acosté con Alonzo unas semanas antes de mi primera vez con Peters.

“Pero Alonzo se ha hecho vasectomía”. Pasé mis dedos por mi pelo largo y volví al baño. No quería a ninguno de los dos en mi vida. Realmente no. Entonces, si estuviera embarazada, solo le diría a Peters que era de Alonzo y a Alonzo le diría que se trataba de Peters.

“O no le diré nada a ninguno de ellos. No es asunto de nadie”. Entré al baño y recogí el bastón. Mi corazón casi se detuvo en mi pecho.

Embarazada.

“De ninguna manera”. Las lágrimas llenaron mis ojos, y abrí el otro paquete y caminé hacia la cocina para tomar una jarra de agua. Un millón de emociones corrieron a través de mí. ¿Era realmente capaz de concebir o era una broma cósmica de algún tipo?

Si la segunda prueba fuera positiva, entonces programaría una cita con mi ginecóloga. Ella me

conocía muy tristemente.

Finalmente tuve que orinar de nuevo. Agarré el bastón y me senté, mi corazón se aceleró y las lágrimas cayeron de mi barbilla mientras me entregaba a la tensión emocional de qué pasaría si.

Después de dejar que el bastón en el lado del fregadero durante el tiempo asignado, lo revisé. Embarazada.

“Mierda”. Puse ambos en mi botiquín, limpié el fregadero y entré a la sala de estar.

Dejándome caer en el sofá, presioné mis manos en mi cara y lloré. Lágrimas de miedo. Lágrimas de preocupación Lágrimas de alegría.

Finalmente. Iba a ser madre, contra el infierno y la marea.

No me importa nada más. Quería esto más que cualquier otra cosa en mi vida, y finalmente estaba ocurriendo.



ESTABA FREGÁNDOME LAS MANOS CUANDO PETERS ENTRÓ AL QUIRÓFANO, CON LOS OJOS OSCUROS Y los labios apretados.

“Doctor Peters”. Lo miré y asentí, un poco preocupada por su apariencia.

Algo estaba mal, pero realmente no era el momento de hablar sobre eso.

“Doctora”. Él asintió y se lavó las manos antes de volverse hacia Lara. “Enciende algo de música de metal para mí en el quirófano hoy, por favor. Soy el líder, y lo necesito”.

“Sí, señor. ¿Está bien?” La cara de Lara estaba llena de preocupación.

“Lo estaré. Gracias”. Él se movió alrededor de ella y entró a la habitación mientras lo miraba. Lara caminó hacia mí. “¿Qué está pasando? ¿Hay algún problema entre ustedes?”

“No, en absoluto”. Levanté la vista para ver a varios miembros del personal y médicos que se dirigían a él. Su expresión no cambió. Era bueno que no le hubiera dicho nada sobre el bebé. Por lo que pude ver, no necesitaba que sucediera nada más en su vida.

Será mi secreto, mi tesoro. Se ofreció para darme un bebé, y aunque no pensé que fuera posible, lo logró.

Mi corazón saltó y me dolió todo en el mismo momento, dejándome un poco sin aliento. Con qué facilidad podría enamorarme de un hombre como Peters, pero esto era para mejor.

“Estaré justo al lado de ustedes dos”. Lara me dio una cálida sonrisa y me ayudó con mis guantes.

“Siempre lo estás”. Caminé hacia las puertas; mis manos se levantaron cuando ella las abrió para mí. “Gracias”.

Henry miró en mi dirección con preocupación en sus ojos. “Doctora Ficher, venga aquí. Me pararé a su lado y los asistiré en lo que me necesiten”.

Él era increíblemente respetuoso a pesar de que éramos los más jóvenes en la habitación.

“Gracias”. Me moví hacia Peters y levanté la vista. “Todo está preparado como lo pediste. Estoy aquí para ti. Solo haz lo que debas hacer”.

Él asintió, y me di cuenta de que algo horrible le había sucedido. La luz en sus ojos era tenue, y las ojeras debajo de sus ojos lo dejaban como si la muerte golpeará a su puerta. “Estoy bien. Solo haz lo que te pida”.

“Por supuesto”. Asentí y seguí todas sus instrucciones. Un sonido de pitido llamó mi atención, y di vuelta y verifiqué de cerca el monitor cardíaco. “La presión arterial está bajando, Peters. Retrocede”.

“Todavía no. Estoy casi allí, Bea. El tumor está envuelto en un nervio. Puedo hacer esto”.

“No. Retrocede”. Me agarré al lado de la mesa, odiando el sonido de mi voz. Estuve a punto de gritarle, pero el miedo me mantuvo en mi lugar. “Ahora”.

Él levantó la vista. “Esta es mi cirugía. No la tuya. Retrocede o vete a la mierda”.

Me sobresalté por el odio en su rostro. ¿Realmente había arruinado las cosas entre nosotros hasta el punto de que él me atacara delante de todos?

“Peters”. Henry tocó la parte baja de mi espalda. “Solo haz una pausa por un minuto y deja-”

“¡Estoy casi allí!” Él presionó, y Clay se sacudió, su cuerpo se convulsionó cuando el monitor nos gritó.

“Va a sufrir un paro cardíaco”. Me hice cargo, haciendo todo lo que pude para darle vida al congresista. Henry y Peters ayudaron, y el monitor se normalizó cuando su corazón se estabilizó. “Ciérralo, ahora”.

“No. Si me hubieras dejado, lo habría conseguido antes de que él entrara en coacción. Él está bien. Sólo monitorea su ritmo cardíaco y haz lo que te dicen”, me ladró en voz alta.

Lara salió, y Henry fue tras ella. Las pocas enfermeras que teníamos a nuestro alrededor retrocedieron.

“Lo haré. Haz lo que tengas que hacer, pero si vuelve a acercarse a la muerte, lo cerrarás”. Gruñí suavemente y entrecerré los ojos mientras miraba hacia arriba.

Su piel era tan pálida, y sus ojos gritaban pidiendo ayuda, pero no había manera de que su ego me dejara intervenir. Especialmente ahora.

Pidió algunos instrumentos más y concluyó la cirugía mucho más rápido de lo que nunca lo hubiera hecho. “Ciérralo”. Él me dio la luz de su cabeza y salió de la habitación, dejándome para limpiar su desastre.

La ira me atravesó, pero me la tragué y terminé el trabajo. En el momento en que terminé, salí al pasillo y tropecé con Alonzo.

“¿Qué demonios está pasando?” Su voz era agresiva, y la vena que corría por su frente latía violentamente.

“Lo siento, Beatriz. Estaba preocupada”. Lara se movió a su alrededor y me dio una mirada de disculpa.

“Está bien”. Me volví hacia Alonzo. “Hubo una complicación”. Caminé hacia mi oficina, sabiendo que él me seguiría.

“¿Y de quién fue la culpa de que casi lo perdiéramos? Lara dice que fue Peters”.

Entré en mi oficina para encontrar a Peters allí. No vio a Alonzo antes de enfrentarme.

“Si alguna vez te entrometes en otra cirugía de la que estoy a cargo, haré que te retiren tu licencia. ¿Me oíste?” Su dedo estaba en mi cara, sus ojos llenos de ira. “Casi murió allí”.

“Espera”. Alonzo se movió y golpeó la mano de Peters. “Por lo que escuché, esa fue tu maldita falta”.

“Fue mía”. Me giré para enfrentar a Alonzo mientras la claridad volvía a mí.

“A mi oficina, ¡ahora!” Alonzo se dio la vuelta y salió furioso.

“¿Cómo demonios ya sabe lo que pasó, Beatriz?” Peters caminó por mi lado. “¿Corriste hacia él en el momento en que terminamos? A la mierda contigo”.

Seguí a Peters por el pasillo con una tristeza que no esperaba que me inundara. Estaba lista para dejar mi carrera, mi posición y mi futuro. Alonzo nunca me dejaría respirar en Boston general, y Peters perdería su licencia por poner a un paciente tan importante en riesgo.

Tenía que tomar la culpa. Me liberaría del hospital, de Alonzo, y tristemente, de Peters.

PETERS

Quizás fue mi culpa, pero no tenía ganas de aceptarlo. Entré en la oficina de Alonzo agotado, pero listo para pelear con él y Beatriz. No había sido más que un ciudadano de segunda clase desde que entré en su jodido hospital.

“Que pasó”. Alonzo se dejó caer en su escritorio.

“El tumor estaba envuelto alrededor de un nervio que lo habría paralizado si no lo hubiera eliminado todo. No había más remedio que presionar un poco”. Me paré frente a su escritorio cuando Beatriz entró.

“Entonces, ¿lo llevaste más allá del punto de un paro cardíaco? ¿Desde cuándo esa es una buena práctica, Peters?” Alonzo ladró, su cara roja como una remolacha.

“Habría terminado a tiempo, pero intervine. Tenía miedo y quería que retrocediera. Mi interrupción le costó tiempo. Soy responsable por esto”.

“No”. Me volteé a mirarla “Era-”

“Escúchenme. Los dos, maldita sea”, interrumpió Alonzo. “Clay, es mejor que se despierte sano y completo. Tendremos que contarle sobre su corazón debilitado, por supuesto, pero no quiero que ninguno de los dos diga una maldita cosa de lo que acaba de suceder. ¿Lo entienden?” Él miró entre nosotros dos. “En lo que a mí respecta, Peters, estás liberado de tus obligaciones aquí. Samuel y Peter pueden tratar contigo en Nueva York. Actuaste tontamente, independientemente de la participación de Beatriz. Era tu operación y fallaste”.

“Alonzo-” Beatriz dio un paso al frente. ¿Estaba tratando de salvarme? Era casi gracioso pensar que lo estaba haciendo. Si fuera así, era para salvar su imagen frente a Samuel, nada más. Ella me había estado ignorando desde nuestra cita de mierda. Volver a casa no parecía un castigo en absoluto. Estaba más que listo para regresar.

“Silencio. No hay más palabras”. Él la señaló con el dedo. “Esto será investigado. Te suspenderán sin paga hasta nuevo aviso. Sal de mi oficina. Ahora”.

Me volví y salí, sin estar seguro de qué decir o hacer. Ella pasó volando a mi lado, corriendo hacia su oficina.

Ella era demasiado fuerte para llorar, pero no podía evitar querer salvarla.

Aunque tendría que esperar. Necesitaba regresar al hospital en Lexington, donde estaba mi padre. Resolvería las cosas con Alonzo una vez que hablara con Samuel y descubriera mi mejor defensa. Aunque lo más probable es que no hubiera una defensa de ningún tipo.

Bajé a mi oficina y recogí mis cosas. El suave sonido de su voz me sorprendió un poco.

“Lo siento”. Ella estaba parada en la puerta, luciendo como un ángel en apuros. Todo dentro de mí quería levantarme y tomarla en mis brazos, pero ella no quería eso. Eso había demostrado, y

era lo mejor. Yo no era el tipo de hombre que ella necesitaba. No estaba seguro de que existiera. Mierda, tal vez era Alonzo Anderson. Él había tenido más suerte que cualquier otro hombre.

“Yo también”. Tiré de mi mochila sobre mi hombro y caminé hacia ella. “Sin embargo, me alegra irme a casa”. Extendí la mano y le toqué la barbilla mientras frotaba su mejilla con el pulgar. “Cuando hagan la investigación, me echaré la culpa. Fue mi culpa. Debería haberte oído cuando las cosas se complicaron. No necesitas sufrir por esto”.

“Estoy bien. Tengo que salir de aquí, ¿sabes?” Lágrimas llenaron sus hermosos ojos. “Déjame usar esta razón para liberarme. Pueden quitarme mi licencia. Estaré bien”.

“Mierda, no”. Me acerqué y tomé su cara. “Samuel nos ayudará a resolver esto”.

“Lo sé, pero déjame hacer esto. Está bien. Lo quiero”. Ella se puso de puntillas y me tocó el costado de la cara, tirando de mí en un largo beso. Mi cuerpo despertó y mi corazón se cerró profundamente en mi pecho.

Fue un adiós para nosotros, pero deseé que no fuera así.

“Gracias”. Ella me besó de nuevo.

“¿Por qué?”

“Por todo”. Ella retrocedió, se secó los ojos y forzó una sonrisa. “Sobreviví al doctor Playboy. Debería tener una camiseta o un tatuaje o algo así”. Me guiñó un ojo y salió de mi oficina, dejándome allí roto, perdido, deshecho.



LLEGUÉ AL HOSPITAL UNA HORA MÁS TARDE, TOTALMENTE CANSADO. SAMUEL ME HABÍA LLAMADO varias veces durante el trayecto, pero ignoré sus mensajes. Necesitaba un lugar tranquilo para devolverle la llamada, y él no era mi prioridad, ni tampoco Beatriz ni el congresista en recuperación.

Era mi padre.

Entré en su habitación y me detuve en la puerta. “¿Papá?”

Él volvió la cabeza y sonrió. “Peters. Ven aquí, hijo”.

“Me asustaste bastante anoche”. Dejé mi mochila en el sofá y me acerqué para sentarme al lado de su cama. Cogí su mano y la apreté mientras un millón de emociones corrían a través de mí. No pude evitar preguntarme cuánta mierda podía recibir una persona antes de que se rompiera. Me sentí como si estuviera en una búsqueda profunda para responder a esa pregunta.

“Lamento eso”. Cerró los ojos y tomó un aliento tembloroso. “Soy un hombre débil. Tu madre me dejó hace tantos años”. Se asfixió, y maldición, yo me sentía igual.

“Papá. No tienes que hablar de esto ahora”. Extendí la mano libre y froté su pecho suavemente. “En serio”.

“Necesito hacerlo”. Abrió los ojos y se secó las lágrimas. “Desearía no haberle dejado tener una parte tan grande de mi corazón, pero lo hice. Soy un músico, un romántico, un amante, Alan. Lo siento, Peters”.

“Llámame por mi nombre, papá. Está bien”. Froté su pecho en círculos lentos. “No debería haberte negado eso. Solo es que escucho su voz cada vez que alguien dice mi nombre”.

“Entiendo”. Se pellizcó la nariz cuando un suave sollozo lo dejó. “Ella era mi todo, hijo. Era mi musa, mi amante, mi mejor amiga. Pero no era suficiente”.

“Sí, lo era. Estaba jodida, papá. Ella no solo te dejó”. Le di unas palmaditas en el pecho y esperé a que abriera los ojos. “Ella también me dejó”.

“Lamento mucho no haber podido hacer nada. Encontró a alguien más, hijo. No pude

convencerla de que no se fuera con él. Se alejó y nunca miró hacia atrás. ¿Alguna vez podrás perdonarme por dejarla arruinarnos?”

Le quedaban pocas semanas de la vida y quería saber si yo lo perdonaría.

“Ya lo hice, papá. Hace años”. Levanté la mano y la pasé por un lado de su rostro. En un intento por cambiar el tema, comencé a hablar de mí. “Entonces la chica por la que estaba empezando a cambiar decidió que yo no era el hombre para ella”. Bufé, incapaz de contener mi disgusto. “No estoy seguro de por qué, intenté ser sincero con ella”.

“¿Qué pasó?” Él agarró mi muñeca y me abrazó.

“No sé. La llevé a cenar, le compré flores, hicimos el amor, y al día siguiente fue como si no existiera en absoluto”. Me encogí de hombros y forcé una sonrisa. “Supongo que estoy hecho para la vida de soltero, ¿eh?”

“No, no lo creo”. Él me consoló. “Tal vez estaba tratando de protegerse para no enamorarse de ti”.

“O tal vez es solo una perra”. Me puse de pie y caminé hacia la ventana, odiando la forma en que se veía mientras yacía allí muriendo frente a mí. Si alguien merecía una segunda oportunidad, era él.

“¿Realmente crees eso?” Su voz estaba ganando fuerza, lo cual me alegré de escuchar. Hablaría sobre mi vida amorosa toda la noche si eso lo mantuviera ganando fuerza.

“No lo sé”. Miré por encima de mi hombro y memoricé la mirada amorosa en su rostro. “No. Supongo que no”.

“Entonces ve tras ella, hijo. Si crees que ella es la indicada”.

“Ya no estoy seguro de lo que sea”. Me volví hacia la ventana para dejar que mis ojos recorrieran la melancolía de la tarde. “No quiero enamorarme. Al ver lo que te sucedió cuando mamá se fue, no estoy seguro de poder manejar amar y perder a Beatriz”.

“Déjame decirte esto. Ven aquí”. Él extendió su mano hacia mí cuando volteé.

Lo tomé y me senté a su lado, deseando escuchar cualquier cosa que él tuviera que decir. “Dime”.

“Volvería a sufrir este dolor si eso significara que pasaría buenos momentos con tu madre. Esos recuerdos son el deleite de mi vida además de los que tengo de criarte. No importa cuánto te duela el amor, vale la pena siempre y lo vale todos los esfuerzos”.

“Pero no funcionó, papá, y tú fuiste el que sufrió. Eso es una mierda”. Levanté la mano y le quité el pelo de la frente.

“Pero podría funcionar”. Él sonrió débilmente. “Siempre hay una posibilidad de que tu historia se convierta en una de las mejores historias de amor de todos los tiempos. No se puede ver el final desde el principio. Solo Dios puede hacer eso, Peters”.

“No estoy seguro de querer ver lo que sucede de todos modos”. Apreté su mano. “Eliminaría toda la diversión”.

Él se rió entre dientes y extendió la mano para ahuecar su estómago. “Estoy cansado. Déjame descansar y vete a casa. Estaré bien aquí”.

Me puse de pie y me incliné, besando su cabeza. “No voy a ir a ninguna parte por el momento”.

Un suave golpe en la puerta me hizo levantarme completamente. El médico a cargo de urgencias entró y habló con mi padre durante unos minutos antes de volverse hacia mí.

“¿Podemos hablar en el pasillo? Su padre necesita descansar un poco”. Él abrió la puerta y retrocedió. Miré a mi padre.

“Duerme un poco. Estaré allí en ese sofá, ¿de acuerdo?”

“Está bien, chico”. Cerró los ojos, y salí de la habitación y me volví hacia el doctor.

“Dispare directamente conmigo”.

“Por supuesto”. Levantó la tabla con la ficha de mi padre y negó con la cabeza. “Se lo dije, pueden ser dos semanas, pero sinceramente no estoy seguro. Tenemos un tubo que sale por su costado para drenar la bilis y ayudar a filtrar las toxinas lo mejor que podamos, pero eso no va a durar mucho. Su hígado y otros órganos están muy comprometidos con sus años de consumo excesivo de alcohol”.

“¿Podemos trasladarlo a Nueva York? ¿A St. Marks? Lo quiero bajo mi cuidado”.

“Podemos trasladarlo, pero el hospital allí no lo pondrá bajo su cuidado, doctor Peters. Usted es un familiar directo. Eso no va a suceder”.

Empecé a odiar al tipo, pero él tenía razón. No había necesidad de discutir algo que sabía que era verdad. “Tiene razón. Hagámoslo transportar mañana por la mañana. Luego me iré a casa. Póngalo bajo el cuidado de la doctora Belen Morais, ¿de acuerdo?”

“Por supuesto. Conozco a Belen personalmente. Ella lo cuidará mucho”. Extendió la mano y se apoderó de mi hombro. “Lo siento mucho por no haber enfrentado esto a tiempo”.

Asentí y me di vuelta para caminar por el pasillo. Necesitaba algo de aire antes de que mi corazón explotara en mi pecho. Era un jodido médico, un neurólogo en ascenso y mi padre estaba perdiendo ante una enfermedad que podría haberse detenido a tiempo, pero no fui a visitarlo. No podía soportar el latigazo emocional de no volver a verlo.

Y por mi mierda, perdería a la última persona que me quedaba en el mundo.

Me dejé caer en un banco fuera del hospital y me recosté, cerrando los ojos y sumergiéndome en el primer recuerdo que me vino a la mente.

Yo y Beatriz, follando en su escritorio en su oficina. Debería haberme excitado, pero no fue así. Me dejó frío sabiendo que nunca llegaría a ver lo que podríamos haber sido. Ahora no.

El miedo se apoderó de mí, y el orgullo me hizo alejarme de lo que pudo haber pasado.

La única esperanza que tenía dentro de mí en lo que a ella concernía era un bebé. Si ella quedara embarazada de una de nuestras sesiones de amor, entonces tal vez podría volver a intentarlo.

Levanté la barbilla hacia el cielo y oré, algo que no había hecho en mucho tiempo. Perdería a mi padre, pero darle a Beatriz lo que más quería en la vida suavizaría ese golpe.

Al menos esperaba que fuera así.

BEATRIZ
DOS MESES DESPUÉS

La nieve en las carreteras hacía casi imposible viajar a Nueva York para las vacaciones de Navidad, pero Samuel no aceptaba un no por respuesta. No había vuelto al Boston General desde el incidente con Peters, pero estaba más saludable de lo que había estado en años.

La junta había revisado la cirugía para el congresista Kade y nos encontró a mí y a Peters no culpables de nada relacionado con mala conducta. Ambos recibimos una sanción, pero nada demasiado serio. Pedí un permiso de ausencia hasta el año nuevo y debido a que pasé por encima de la cabeza de Alonzo, la junta del hospital lo aprobó.

La conversación con Alonzo justo antes de ir a Nueva York había sido tan buena como esperaba. Pasamos treinta minutos gritándonos, y me di cuenta de que ya no tenía que hacer eso. Él no era mi dueño, y nunca volvería a ser parte de mi vida. Al menos no fuera del hospital. Reconocer eso fue quitarme el mayor peso sobre mis hombros.

Conduje cuidadosamente a Nueva York con música de Navidad en los altavoces y con una ligereza que nunca había sentido. Extrañaba tanto a Alan Petersen que la vida parecía incolora, mezclada con grises, blancos y negros, pero no iba a arrastrarlo a él en medio de mi locura.

Estaba embarazada de nueve semanas con su bebé y, aunque probablemente era lo incorrecto, me estaba quedando sola. Me mudaría a Seattle u otro estado costero después del primer año. Solo tenía que pasar las vacaciones sin que mi hermano se enterara. Eventualmente tendría que decirlo, pero no ahora. Quería que este regalo me perteneciera sin dramas el mayor tiempo posible.

Además, no se estaba mostrando en absoluto.

Salí de la autopista y estacioné frente a la hermosa mansión de Samuel. Una sonrisa surgió a un lado de mi boca cuando salí del auto. Él siempre fue bueno para el espectáculo. No pude evitar preguntarme si su prometida, Leticia disfrutaba de la casa grande o si deseaba algo más pequeño.

Ella vino de la pobreza, lo que me hacía respetar aún más su perseverancia.

Caminé hacia la puerta y llamé antes de echar un vistazo a las hermosas luces de Navidad que decoraban la casa. Tendría que salir más tarde con Samuel para verlas, aunque de ninguna manera me esforzaría demasiado. Poner al bebé en riesgo estaba fuera de cualquier posibilidad.

Esta era mi única oportunidad de tener un hijo y no la estropearía.

Samuel abrió la puerta y se rió. “Beatriz. Te ves hermosa”. Extendió la mano y me dio un cálido abrazo, besando mi mejilla.

“Samuel. Es bueno verte, hermano. Gracias por invitarme a pasar las vacaciones”.

“Estás caliente”. Retrocedió mientras sus ojos rodaban sobre mí. “¿Tienes fiebre?”

“Oh, no. El hermano hipersensible. Dame un abrazo”. Comentó Leticia acercándose y abriendo los brazos.

Abracé a la joven mujer, contenta de verla. Ella tenía el mismo espíritu de Samuel. Era la esposa perfecta para mi hermano, y no podía esperar a que finalmente celebraran su boda. Curiosamente, ella se veía relajada y parecía no tener prisa.

“Es bueno verte, Leti”. Besé su mejilla y entré a la casa, asimilándolo todo. “Es hermoso aquí”.

“Vamos. Déjame mostrarte el árbol”. Leticia tomó mi mano y tiró de mí hacia la sala de estar. “Samuel, toma sus maletas del auto”.

“¡Puedo tráelas yo misma!”, grité sobre mi hombro mientras la seguía. La casa estaba decorada de punta en blanco, y me enamoré de nuevo. “La Navidad es mi época favorita del año. Mis padres solían hacerlo así. ¿Y la tuya también?” Dejé que la pregunta saliera de mis labios antes de que pudiera retirarla. Ella había sido pobre. Había vivido en piso de tierra. No había forma de que su madre pudiera permitirse decorar la casa.

“No, en absoluto”. Se detuvo al lado del árbol y dejó escapar un suspiro de satisfacción. “Todo esto lo hizo Samuel. Creo que le ayuda a pasar las vacaciones sin extrañar demasiado a sus amigos”.

“Estoy segura de eso”. Extendí la mano y pasé los dedos por el oropel. “Me mudaré a Seattle en enero”. No había querido decirlo, pero algo sobre Leti me hizo sentir como en casa, relajada.

“¿Oh sí?” Se volvió para mirarme y yo cambié un poco para mirarla a los ojos. “¿Samuel sabe que estás embarazada?”

“¿Qué?” Puse mis manos sobre mi estómago mientras la sorpresa me recorría.

“¿Samuel sabe que estás embarazada?” Extendió la mano y apartó mi pelo de mi hombro. “Puedo ver la redondez perfecta de tu estómago, y tienes fiebre. La mayoría de las mujeres se pone así en el primer trimestre. Es la razón por la que te tomaste un año sabático, ¿no?”

Asentí con la cabeza, sin estar segura de cómo sentirme por su capacidad de sumergirse en mi vida tan profundamente. “Sí, y no, él no sabe. Iba a decirle en unos meses”.

“No, no hagas eso. Ustedes son cercanos. Díselo ahora. Él te apoyará. Lo sabes”. Ella sonrió cálidamente. “Estoy tan emocionada por ti. Sé lo mucho que querías esto”.

“Demasiado”. Me froté el vientre y miré hacia abajo.

Samuel hizo un sonido desde el otro lado de la habitación. “Beatriz”.

Eché un vistazo y asentí. “Estoy embarazada. No iba a decírtelo, pero tu mujer aquí me inmovilizó”.

“Oh Dios mío”. Cruzó la habitación y me tomó en sus brazos. La sensación de ellos envueltos a mi alrededor me hizo asfixiarme. Cuanto quería que Peters estuviera aquí, sus brazos alrededor de mí, su corazón me pertenecía, pero era una tontería. Él no era el tipo de hombre para establecerse, y no me sometería a nadie nunca más.

“No sé qué es todavía. Han pasado solo nueve semanas”.

“¿Es de Alonzo?” Levantó la ceja cuando un asomo de disgusto jugó a lo largo de sus labios.

“No”. Bajé la mirada y respiré temblorosamente. “Peters”. Levanté la vista cuando Samuel dio un paso atrás. “Pero tienes que jurarme que no dirás nada”.

“¿Qué? ¿Te acostaste con él?” Se pasó la mano por la cara y se volvió para caminar hacia la chimenea. “Esto es mi culpa”.

“No, no lo es”. Me uní a él y noté que Leti salió de la habitación. “Él es todo lo que quería en un amante, Samuel. Demonios, él es todo lo que cualquier mujer querría”. Forcé una risa, pero el sonido no se escuchó. “Pero sabía que no debía dejarlo entrar en mi corazón. Es solo un playboy”.

“No, no lo es. Es mucho más que eso, Bea”. Se giró para mirarme. “Perdió a su padre hace unas cinco semanas y casi lo mata. Debería haber sabido que estabas embarazada. Hubiera sido útil”.

“Espera”. Sonreí. “¿No estás enojado porque dormimos juntos?”

“Eres una adulta, Bea”. Extendió la mano y me metió un mechón de pelo detrás de la oreja. “Y no puedes pedirme que le oculte esto. Es como un hermano para mí”.

“Te lo estoy pidiendo”. Golpeé su mano. “No quiero que se sienta obligado a estar conmigo. No necesito un hombre en mi vida. He deseado tener un bebé toda mi vida y Peters me dio uno, Samuel. Solo dejémoslo así”.

“Esa debería ser su decisión, hermana”.

“¿Qué decisión?” Agatha entró en la habitación y caminó hacia nosotros.

“Tu hermana tiene nueve semanas de embarazo y no quería que ninguno de nosotros lo supiera”. Samuel sonrió y retrocedió. La expresión de su rostro decía que estaba esperando que Agatha se lanzara contra mí, pero su reacción nos sorprendió a los dos.

“¿Qué? ¡Oh Dios mío! ¿Voy a ser una tía?” Bailó alrededor y se acercó a mí, tirando de mí en un abrazo que se sentía más que un incómodo baile de secundaria.

Me reí y la abracé. “Sí, y voy a necesitar un poco de ayuda para criar a este pequeño”.

“¿Es un niño?” Agatha gritó cuando sus ojos se abrieron más.

“Todavía no estoy segura, pero creo que es un niño”. Eché un vistazo a Samuel, que puso los ojos en blanco y se volvió hacia el fuego.

“No es definitivo hasta veinte semanas. Lo sabes, Bea”. Se inclinó y tomó una copa de vino. “Dile de quién es bebé”.

“Mío”. Le sonreí a Agatha, preguntándome por qué demonios pensé que mi hermano y mi hermana me juzgarían. Eran las personas que más me aceptaban. Siempre se habían parado a mi lado, apoyándome, amándome.

“¿Y?” Ella sonrió maliciosamente. “Oh, por favor dime que es de Peters”.

“¿En serio? ¿Tú también?” Samuel se volvió y miró a Agatha. “¿Qué pasa con este tipo?”

“No quieres que te lo expliquemos”, le informó Agatha y se volvió hacia mí. “¿Es suyo?”.

“Sí. Es suyo”. Miré hacia abajo mientras mi hermana pasaba sus manos sobre mi estómago ligeramente hinchado. “Va a ser hermoso entonces. ¿Podemos llamarlo Doctor Playboy Junior cuando sea mayor?”.

“¡No!” Samuel gritó antes de que su expresión apretada se desvaneciera en una sonrisa. Él me miró con amor. “Beatriz, los tres estamos aquí para ti. Si no quieres decirle a Alan, entonces es asunto tuyo, pero te recomiendo encarecidamente que no seas injusta con él, pero te dejaré a ti tragar esa culpa”.

“Samuel tiene razón. Estamos aquí para ti. Ayudaremos a criar al bebé”.

“Bien. Espero que esté escandaloso como el infierno”. Sonreí y me acerqué para dejarme caer en el sofá mientras Samuel y Agatha comenzaban a hablar sobre el futuro. Leticia se unió a ellos, y mis ojos se volvieron pesados mientras me recostaba y dejaba que mi mente se divagara.

¿Cómo sería la vida si le dijera a Peters que tenía a su bebé dentro de mí? ¿Él se haría cargo o escaparía? ¿Trataríamos de hacer que las cosas funcionaran o criaríamos al bebé como amigos que viven en ciudades diferentes?

¿O trataríamos de resolver las cosas juntos? ¿Podríamos enamorarnos? ¿Tener más hijos?

Me detuve. Yo no era una soñadora. Yo era la pragmática en la familia.

Decirle era más condenatorio que guardarlo para mí.

Trabajé duro para convencerme de eso, pero no lo creí ni por un minuto.

PETERS

DOS SEMANAS DESPUÉS

“**A**lmuerza conmigo”. Jackson no iba a ceder hasta que aceptara sacarme de la casa. Habían sido dos largos meses y perder a mi padre durante las vacaciones me había dejado desorientado.

“Bien, pero voy a gastar mi dinero en langostas”.

“Bien. No esperaría menos de una rata callejera como tú”. Él bufó y me colgó.

Sonreí, incapaz de ayudarme a mí mismo. El tipo era un idiota y, sin embargo, lo amaba como a un hermano. Él fue el único de mi infancia con el que me mantuve en contacto. Necesitaba una mujer fuerte que entrara en su vida y lo ordenara un poco.

Necesitaba una Beatriz.

“Necesito una Beatriz”. Caminé hacia el baño y revisé mi tez en el espejo antes de deslizar mi mano dentro de mis pantalones. La única acción que mi pene había visto durante los últimos meses era mi propia mano. No pude encontrar el deseo para acostarme con alguna de las mujeres en el hospital.

Me dolía el cuerpo con la necesidad de sentir una suave piel presionada contra mí, de escuchar el suave gemido de una mujer en éxtasis y, sin embargo, todo lo que podía pensar era en la hermana mayor de Samuel.

La ira reemplazó la necesidad, y caminé hacia la habitación, maldiciendo en voz baja. Tendría que preguntar por ella más tarde ese día cuando viera a Samuel. Incluso si eso significaba discutir un poco. Él sabía que algo pasó entre nosotros. El bastardo era demasiado inteligente para realmente no saberlo.

No me importó. Necesitaba saber qué estaba tramando. Su foto ya no estaba en el sitio web del Boston General, lo que significaba que renunció o perdió su trabajo. Recé porque fuera la primera alternativa. La sensación de ser el culpable de su despido sería demasiada.

Después de vestirme, salí de la casa y me dirigí a mi Mustang. La nieve era demasiado gruesa para conducir la motocicleta, y me congelaría si lo intentaba. Por lo que entendía, mi trasero era uno de mis mejores activos, por lo que no hay razón para dañarlo.

Subí al auto y lo encendí, activando el calentador y sacudiéndome hasta que la maldita cosa se calentó.

“Un nuevo año”. Retrocedí y encendí la radio hacia la clásica estación de metal. Conduje hasta el restaurante, disfrutando lo mejor que pude. Hablaría con Samuel, buscaría a Beatriz y haría las paces, y luego regresaría a casa y seguiría con mi vida. Ella no era la mujer para mí, y seguro que yo no era el tipo de hombre que quería a largo plazo. Era mejor así, o eso me dije tres millones de veces.

Me acerqué al ballet del restaurante de lujo que Jackson había elegido y salí, dándole las gracias al chico y caminando hacia la puerta.

La anfitriona levantó la vista mientras caminaba hacia su puesto. “Buenos días. ¿Cómo puedo ayudarte?”

“Me reuniré con Jackson Barto”. Metí las manos en los bolsillos y miré a su alrededor. Ella conocía a Jackson. Todos lo conocían. Era el multimillonario más joven de toda Nueva York.

“Por supuesto. Él ya está aquí”. Ella me miró una vez más cuando sus mejillas se sonrojaron. Normalmente, habría coqueteado un poco para ver si había espacio para un polvo a media mañana en el armario de las escobas, pero algo había cambiado dentro de mí. Era aterrador. Yo estaba creciendo.

“Hey amigo”. Jackson se puso de pie y me ofreció su mano. Parecía que vestía un traje de un millón de dólares. Cabrón.

“Oye, hombre. ¿Cómo estás?” Me senté y eché un vistazo al restaurante de cinco estrellas. “No podríamos comer pizza y cerveza?”

“Es el primer día del Año Nuevo, por supuesto. Quería mantener la tradición. Hemos estado haciendo esto desde que puedo recordar. ¿Qué te pasa?” Él me miró con severidad. “No estás durmiendo. Siempre te vuelves loco sin dormir”.

Me froté los ojos mientras ardían. “Sí. No sé lo que está pasando”.

“Cuéntame”. Se inclinó hacia atrás y tomó un vaso de un líquido oscuro.

“¿Me cobrarás por eso?” Sonreí y pedí un whisky en las rocas cuando llegó la camarera.

“No, a menos que llores. Entonces, sí, y también pagarás por el almuerzo”. Tomó un sorbo de whisky y dejó el vaso. “No has sido tú mismo desde Boston. Te estás haciendo viejo. ¿Qué demonios está pasando contigo? ¿Esto es sobre tu papá?”

Me encogí de hombros y me recliné en mi asiento. “No lo sé. Creo que parte de eso es por perder a mi padre, pero la mayor parte se trata de Beatriz”.

“¿La hermana de Samuel?” Él levantó una ceja. Me había guardado mis problemas como siempre. Hablar de una mujer de casi tres meses en el pasado era probablemente un poco estúpido, pero ella era la razón de mis noches de insomnio.

“Sí”. Le di las gracias al camarero y bebí la mitad de mi licor antes de gruñir y dejar el vaso. “No sé, hombre. Algo sobre ella”.

“Te enamoraste”. Él se rió y se inclinó hacia delante. “¿El gran doctor Peters se enamoró? ¿De una mujer mayor? Mierda. Debe haber sido increíble”.

“Lo era”. Eché un vistazo a mi bebida. “No puedo olvidarla”.

“Entonces vete a buscarla”. Golpeó la mesa cerca de mi mano, forzándome a mirar hacia arriba. “Probablemente aún no esté con nadie si es la mujer dominante que dijiste que es. Los hombres se aterrorizan con esa mierda”.

“¿Hombres como tú?” Sonreí, dándole un poco de dolor.

“Jódete. Ninguna mujer me conquistará. Nunca”.

“Serás azotado antes el verano”.

“Cien dólares a que no será así”.

“Tomaré esa apuesta”. Extendí mi mano, y la sacudimos antes de reír. “Perderás”.

Sacudió la cabeza. “En realidad, parece que ya estás perdido. Si esta chica significa tanto para ti, ve tras ella. No eres un chico de veintidós años con diez dólares en el bolsillo, Peters. Eres un hombre maduro. Ve y consigue lo que quieras”.

“Sí. Ojalá fuera así de fácil”. Terminé mi bebida y pedí otra. “Ella no está interesada en mí, amigo”.

“¿Y qué importa? Haz que se interese”.

Él tenía un punto. ¿Por qué me rendía tan fácilmente? Ella retrocedió un poco, y decidí alejarme de algo que estaba creciendo dentro de mí. No. Se trataba de ver a mi padre renunciar a su vida por mi madre. Esa mierda me dejó frío al querer perseverar en todo lo relacionado con el amor.

“Siguiente tema”. Recogí mi menú e ignoré sus pinchazos.

Éramos solteros, y aunque los dos lo odiamos, fingimos que nos encantaba.



“FELIZ AÑO NUEVO, HOMBRE”. LA VOZ DE ARTURO FUE UN SONIDO BIENVENIDO AL OTRO LADO DEL teléfono mientras manejaba hasta St. Marks. Una visita rápida con Samuel y me dirigí a casa para disfrutar el resto del día libre antes de volver a la rutina al día siguiente.

“Igualmente”. Entré en el estacionamiento de gran tamaño en el hospital. La nieve estaba amontonada en todas partes. “¿Cómo están las cosas allí desde que me fui?”

“Bien. Es raro sin Beatriz, pero bueno”. Se aclaró la garganta.

“¿A dónde se fue? Nunca me enteré”.

“Está en Seattle ahora, lo que hace que Alonzo se vuelva loco. Ha sido un bastardo desde que se fue, y empeoró hace unas semanas”.

“¿Por qué?” Salí del auto y me puse mi chaqueta para cubrirme de la nieve que caía. Estaba jodidamente helado.

“Está embarazada, o eso piensan todos”.

Me detuve en seco. “¿Qué? ¿Por qué alguien pensaría eso? ¿Se le nota?”

“Sí. A menos que esté bebiendo cerveza en grandes cantidades. De lo contrario, todo el mundo piensa que ese bulto en un bebé”.

“¿Y Alonzo cree que es suyo?”

“Oh sí”. Él rió. “¿A quién más le pertenecería? Ella es una buena chica. Solo ha estado con él, o eso dicen todos. Juro que trato de no meterme en esta mierda de drama. No me interesa involucrarme en la vida de nadie aquí. Espera, debo irme-”.

“Está bien”. Corté la llamada y guardé mi teléfono en el bolsillo mientras entraba al hospital. Algunas personas me saludaron y me dieron la bienvenida. Saludé y continué mi caminata a la oficina de Samuel.

Beatriz estaba embarazada, y si así era... ¿El bebé era mío? Una calidez que no esperaba se hinchó en mi pecho y la emoción casi me incapacitó. Habían pasado tantas cosas con mi padre que ahora cualquier cosa pequeña parecía doblegarme. Tendría que ir a ver a un consejero pronto o algo así. Estaba perdiendo mi autocontrol.

Llamé a la puerta y asomé la cabeza en la oficina de Samuel para verlo trabajando furiosamente en algo. “Oye, jefe. ¿Estás libre?”

“Peters. Vamos, entra”. Se levantó y levantó sus manos hacia el techo. “¿Cómo estuvo tu Navidad?”

“Estuvo bien”. Cerré la puerta detrás de mí. “No me queda ningún familiar, así que pasó inadvertida, si soy honesto”.

Su rostro cayó. “Oh, mierda. Lo siento. Deberías haber venido a mi casa. Nos hubiera encantado tenerte allí”.

“Samuel”. Caminé hacia el escritorio y presioné mis puños contra la parte superior, inclinándome un poco hacia él. “¿Beatriz está embarazada?”

Todo el color desapareció de su rostro. Mi corazón se contrajo dolorosamente. Ella lo estaba, y él no me había dicho una maldita palabra. Estaba desgarrado. Por un lado, era su hermana. Si ella no quería que dijera nada, era honestamente respetuoso de su parte, pero por otro lado... era uno de mis amigos más cercanos, mi mentor.

“Sí”. Él asintió y cruzó los brazos sobre su pecho. “Pero esta no es mi conversación. Lo sabes”.

“Sí, y no voy a saltar este escritorio y no te golpearé el trasero por ese único hecho. Debería haber sido tu hermana quien dijera algo”.

“¿Asumes que es tuyo?” Él levantó su ceja.

“Sé que es mío. Le hice el amor dos veces mientras estuve allí. No hay forma de que volviera con Alonzo”. Omití la parte donde le ofrecí el derecho de usar mi cuerpo para hacer al bebé. Él no lo entendería. Mierda, apenas yo lo entendía.

“Interesante”. Su expresión se apretó. “Entonces, ¿te follaste a mi herma y te fuiste?”

“Ella me obligó a irme, y estoy seguro de que tú también sabes esa mierda”. Mi piel se calentó y la necesidad de explotar se elevó bruscamente dentro de mí. “¿Dónde está ella?”

“En Seattle, pero quiere criar sola a este bebé”.

“No, no lo haré”. Me volví y respiré profundamente mientras caminaba hacia la puerta. “No sé qué mierda de brujería me provocó, pero estoy enamorado de ella, Samuel”. Le miré de vuelta. “No puedo comer. No puedo dormir. No he estado con nadie desde ella. Tengo que verla. Me lo debes”.

Él permaneció de pie inmóvil con una expresión de indecisión en su rostro.

Cerré las miradas con él, sin querer moverme. Había sido su mano derecha desde que podía recordar. Él era la única persona fuera de Jackson a la que llamaría familia.

“Dime dónde está”, murmuré, mi mandíbula estaba fuertemente apretada.

“Está bien. Te enviaré un mensaje de texto con la dirección. Tienes tres días de permiso para hacerlo. Eso es todo lo que tengo para ti”. Sus brazos se deslizaron hacia abajo, y pude ver la derrota en su rostro. “No sé cómo se siente por ti, Alan. No habla con ninguno de nosotros sobre eso”.

“Está bien. Lo resolveré de una forma u otra”. Salí con un sentido de propósito. La quería en mi vida, y si ese bebé era mío, quería ayudarla a criarlo.

BEATRIZ

“**B**uen trabajo, doctora Ficher”. El médico mayor que asistía a mi cirugía en el mejor hospital de Seattle me saludó con la cabeza.

“Gracias doctor”. Me restregué y caminé por el pasillo, lista para tomar mis cosas y disfrutar del largo fin de semana. Mi horario era mucho mejor en Seattle que en Boston. No ser jefa de neurología significaba que una gran carga se desprendía de mis hombros. Alguien más podría manejar al equipo médico y lidiar con las cargas de mierda de la administración.

Escribí un informe rápido y reuní mis cosas, cansada y lista para tomar un baño caliente y dormir. Era el primer día de un nuevo año. Mi año, y sin embargo no podía evitar vivir en el pasado. Echaba de menos estar cerca de mi hermana, y el corto trayecto en coche hasta Samuel.

Incluso más que eso, extrañaba la idea de encontrarme con Peters. Consideré seriamente ir a trabajar al St. Marks en Nueva York antes de decidir por la costa oeste. Al estar en el mismo departamento en el mismo hospital, lo vería todo el tiempo.

Lo quería tanto, que dolió.

Una sonrisa triste recorrió el costado de mi boca. Probablemente él ya había avanzado y habrían pasado diez mujeres por su cama para entonces.

Salí a la fría tarde de enero y me puse el abrigo con fuerza. Me quedé sin aliento cuando me detuve a unos pocos pies de mi auto.

El hombre más guapo que jamás había visto estaba junto a mi puerta; su cuerpo se relajó mientras me miraba.

Alan Petersen.

“Peters”, susurré y miré a mi alrededor como si fuera un secreto travieso que quería guardar para mí.

Él se rió y caminó hacia mí. “Hola hermosa”. Echó un vistazo alrededor y volvió su atención hacia mí. “Conduje el camino hasta Seattle, aunque debo decir que estoy un poco halagado. La mayoría de las mujeres cambian sus números. Una incluso se tiñó el pelo para evitarme”.

Me reí, incapaz de ayudarme a mí misma. Me picaban los dedos para alcanzarlo. ¿Realmente habían pasado dos meses? ¿Qué demonios estaba pensando?

Oh, mierda. El bebé.

“Me mudé por muchas razones, engreído bastardo”.

“¿Fui una de esas razones?” Extendió la mano y metió un mechón de mi cabello detrás de mi oreja.

“No”. Agarré su mano y la sostuve mientras la dejaba caer a su lado.

“Eres una pésima mentirosa”.

“Es verdad”. Me acerqué un poco, no estoy seguro de lo que estaba haciendo, pero seguía avanzando. El primer toque de deseo y calidez llenó cada centímetro de mi cuerpo, y no pude dejarlo ir. Aún no.

“¿Qué estás haciendo aquí?”

“Vine a comprar pescado fresco para la cena”. Él se encogió de hombros y sonrió.

“Regresaste a Nueva York y no te molestaste en mirar atrás ni una vez”.

“Oh, miré hacia atrás, Bea. Todos los días. He vivido en el pasado durante más de dos meses”.

Extendí la mano y le toqué el costado de la cara, el duro pelo de su barba me hizo cosquillas en los dedos. Había tantas emociones entre nosotros que se hacía cada vez más difícil respirar.

“Lo siento por tu papá. Samuel me lo dijo”. Di el último paso entre nosotros. “Y sobre el incidente en el Boston General. No debería haberme puesto en tu camino”.

“Debería haberte escuchado”. Pasó su mano por el lado de mi cabello, deslizando sus dedos y apretándolos. “Odio cuánto te quiero”.

“Yo también lo odio”. Sonreí y me levanté, presionando mis labios contra los suyos. Estaba equivocada y tan alejada de todo, pero se sentía tan bien.

Gruñó y envolvió sus fuertes brazos alrededor de mí, inclinándose hacia el beso y consumiéndome de una manera en la que siempre había querido que fuera un hombre. Abrí mi boca y jugué con su lengua, invitándolo a entrar mientras mi cuerpo se humedecía y dolía.

El beso fue suficiente para dejar mis rodillas débiles, y estaba más que agradecida por el fuerte agarre que tenía sobre mí. Retrocedí y me di cuenta de que me dirigía a otra pelea con él. No le había contado sobre el bebé. Se pondría furioso.

“¿Qué?” Él rozó su nariz contra la mía. “No me gusta esa mirada en tu cara. Estás reteniendo algo”.

“Estoy embarazada”. Agarré su camisa con fuerza, temiendo que retrocediera y explotara como siempre lo hacía Alonzo.

“Lo sé”. Él me besó de nuevo. “Ven y te prepararé la cena. Podemos hablar de todo”.

“¿Ya lo sabes?” La sorpresa corrió a través de mí. “¿Y no estás enojado?”

“Estoy un poco herido, pero entiendo tus razones. Te dije que te ayudaría a tener un bebé si eso es lo que querías”. Él sonrió. “Obviamente hice un buen trabajo”.

“Lo siento. Debería haber llamado”. Deslicé mis manos por su pecho mientras recuerdos de nosotros haciendo el amor inundaron mi mente. “Quiero hablar contigo sobre eso”.

“Bueno”. Él se rió entre dientes. “No tienes muchas opciones en este punto”.

“Cierto”. Saqué mis llaves. “¿Me sigues a mi casa?”

“Estaré justo detrás de ti, Bea”. Se quedó allí por otro minuto, sus fascinantes ojos verdes estudiándome. Me sentí hermosa, desnuda, expuesta. Fue emocionante. ¿Realmente había venido a Seattle solo por mí? ¿De verdad le importaba más de lo que yo le había dado crédito?

“Está bien”, respondí y subí a mi auto. Cerró la puerta y cruzó el estacionamiento. Alcé la mano y bajé el espejo retrovisor para mirarlo. Su culo se veía tan jodidamente bien en sus jeans. Quería tocar cada centímetro de él, usar mi cuerpo para enmendar todo. La pasión entre nosotros tenía el poder de curar todo lo que nos habíamos hecho el uno al otro por nuestros miedos.

“No más,” susurré bruscamente mientras las lágrimas brotaban de mis ojos. Salí del estacionamiento cuando comenzaron a caer. Sentí que estaba teniendo una segunda oportunidad. Otro intento para algo hermoso.

No me había dado cuenta de cuánto quería una segunda oportunidad hasta que la tuve. Conduje a casa, riendo y llorando como una loca. Una parte de mí quería endurecer mi cara y montarle un

espectáculo, pero parecía que el tiempo de las fachadas había terminado. Él no estaba enojado conmigo por el bebé, y estaba aquí, aquí mismo, por mí.

Después de estacionar el auto, lo apagué y miré hacia él para encontrarlo estacionado a mi lado y observándome desde su automóvil.

Sonreí y reí antes de salir. Él también lo hizo.

“¿Qué me estás haciendo?” Pregunté y cerré mi puerta.

“¿Tengo la esperanza de que te enamores de mí?” Caminó hacia el frente del auto y extendió su mano hacia mí. “No he sido el mismo desde que te conocí. Creo que me has hechizado”.

Me reí y tomé su mano, sintiéndome como si realmente estuviera llegando a casa por primera vez. “¿Y si lo hiciera?”

“Es lo que más quiero”. Me besó en la parte superior de la cabeza y caminamos a la casa. “¿Cuántas semanas?”

“Diez semanas”. Me moví hacia arriba para abrir la puerta y gemí cuando sus fuertes manos se deslizaron sobre mis caderas y ahuecaron mi estómago sobre mi chaqueta. Se inclinó y besó la parte de atrás de mi cuello.

“Y sin lugar a dudas, ¿es mío?”

Los escalofríos estallaron en toda mi piel y el deseo rugió en mí como un fuego. “Sí. Es tuyo. No he estado con nadie más”. Ya no podía forzarme a mentir. Todo estaba cambiando dentro de mí.

“Bueno”. Él lamió mi lado del cuello. “Te quiero, Bea”.

“Te necesito”. Entré y me volví para mirarlo mientras él trabajaba en mi chaqueta. Nos besamos bruscamente y nos desgarrábamos mutuamente la ropa hasta que presioné con las manos la apretada piel de su pecho. “¿Por qué arruinamos esto?”

“Porque somos idiotas”. Pasó sus manos sobre mis caderas y deslizó sus manos en mis bragas, tirando de ellas hacia abajo, y se arrodilló frente a mí. Me quedé desnudo, pero me sentí adorada, hermosa.

“No quiero alejarte más”. Deslicé mis dedos en su pelo mientras mi voz se rompió.

Él levantó la vista y rozó sus labios sobre la hinchazón de mi estómago. “Bien. Ya no te dejaré ir, sin importar los trucos que uses, bruja”.

Me reí y solté un suave aullido mientras envolvía sus brazos alrededor de mis muslos y me levantaba. “Peters. Bájame”.

“Es Alan”. Me puso en el sofá y empujó con su hombro contra mi muslo, obligándome a recostarme completamente. “Solo para ti”.

“Me encanta”. Lo alcancé, pero se acurrucó entre mis piernas y pasó la lengua por los labios.

“¿Sabes cuántas veces he comido esta vagina en mis sueños?” Pasó la parte posterior de sus dedos sobre mi montículo y pasó su pulgar por mis labios, sumergiéndolo en mi cuerpo.

“No” gimoteé y arqueé mi espalda. “Te he deseado todos los días desde la última vez que te tuve”.

“Ha pasado demasiado tiempo, Bea. No más”. Se movió hacia abajo y abrió más mis piernas antes de lamer a través de mis pliegues, abriendo mi cuerpo como solo él podía. “Acaba para mí. Quiero que lo hagas, cariño”.

Grité ante su petición traviesa cuando mi primer orgasmo estalló en mí. Me agarré al sofá y me liberé de todas las preocupaciones que tenía, de todas las dudas. Por la noche solo sería suya, y él sería mío. Quería la plenitud de la experiencia con él.

“¡Alan!”, grité y rodé las caderas, montando en lo alto del orgasmo mientras me sacudía con la fuerza de sus manos.

“Eso es, hermosa. Acaba por mí”. Él me miró mientras movía su lengua sobre mi clítoris. La sonrisa traviesa en el costado de su boca me hizo avanzar hacia la locura. Cómo un hombre como él querría a alguien como yo era un misterio, pero ya no lo quería dejar ir.

“¿Quédate conmigo esta noche?” Deslicé mi mano en su cabello otra vez y tiré. “¿Por favor?”

“No me iré a ninguna parte, Bea”. Besó mi estómago suavemente mientras subía por mi cuerpo y presionaba su pecho contra el mío. “¿El bebé está bien conmigo acosándote así?”

Me reí. “Eres médico. Sabes que todavía es muy pequeño para sentir algo”.

“Soy neurólogo. El tercero mejor del mundo”. Pasó sus manos fuertes por mis costados y ahuecó mis pechos, apretando suavemente. “Eres tan hermosa, cariño. Has sido el centro de todas las fantasías que he tenido desde el momento en que nos conocimos”.

“Tú también para mí”. Lo tiré hacia abajo para darle un largo beso mientras presionaba la gruesa cabeza de su pene contra mi calor.

Compartimos un gemido mientras se forzaba a entrar centímetro a centímetro.

“Maldita sea, mujer”. Se levantó y se retiró antes de agarrarse y frotar su cabeza sobre mi clítoris bruscamente. “Estás apretada. No te has estado masturbando”.

La vergüenza me quemó el pecho. “Eso no es asunto tuyo”.

“Sí”. Él levantó la vista mientras sumergía su pene dentro de mí. “Ahora todo lo tuyo es asunto mío. Quiero verte acabar pronto”.

“¡Alan!” Le golpeé con fuerza mientras se reía entre dientes.

“¿Qué? Estoy hablando en serio”. Presionó más profundamente y sonrió. “¿Te gusta eso? Es un pene grueso, Bea. Lo tomas como lo haría una puta”.

Gemí cuando mis ojos se cerraron. Yo era la persona más adecuada del mundo, y todos lo sabíamos. Ser una puta sonaba como un insulto para algunas, ¿pero ser su puta? Quería serlo. Lo quería.

“¿Conoces a muchas putas?” Lo jalé contra mí y envolví mis piernas alrededor de sus caderas mientras me follaba con empujones largos y profundos.

“No. Ya no conozco a ninguna mujer”. Me lamió el costado de la boca antes de besarme con una pasión que marcaba mi interior. Si él quería mi corazón, era suyo para tomarlo.

Estaba indefensa contra él, y ambos lo sabíamos.

Le había rogado a Dios por una segunda oportunidad en mi vida.

Esta era. Este era mi momento.

PETERS

Retrocedí un poco, para poder verla extendida debajo de mí. Cada parte de mí se iluminó con fuego candente para ella. El dominante que siempre había sido parte de mi persona rugió a la vida, gritando que ella era mía. Ella me pertenecía. No había nada que no haría por la diosa debajo de mí, incluso ofrecerle un anillo.

“¿Así, Bea? Agárrate fuerte, ángel. Relájate y disfruta esto, ¿eh?” Rodé mis caderas, golpeando la cabeza de mi pene contra el suave oleaje dentro de su vagina. Cambié mi ángulo para frotarme contra el dulce manojito de nervios en la parte superior de su montículo.

Ella gritó, y sus ojos se abrieron de par en par mientras clavaba sus uñas en mis brazos y desviaba la mirada hacia donde se encontraban nuestros cuerpos. “Se siente tan bien. No te detengas”.

“No puedes obligarme a hacerlo”. Saqué la larga longitud de mi pene fuera de su cuerpo y presioné metiéndolo con fuerza. Sus grandes tetas rebotaban, y su estómago se tensó mientras gritaba su liberación. La calidez chorreaba de su cuerpo, cubriendo mi pene y corriendo por mis bolas hasta mis muslos.

Era casi demasiado. Nunca había estado tan interesado en hacer que una chica acabara. Quería llevarla a un nivel superior, hacerla perder el sentido durante el sexo.

“Otra vez,” ordené y corrí mi mano hacia arriba para apretar el lado de su sensual cuello. Presioné mi pulgar debajo de su barbilla y presioné un poco, forzándola a mirarme a los ojos mientras trabajaba en su punto G nuevamente. “No tienes idea de todas las cosas que voy a hacerte, ¿verdad, gatita?”

“No”, ella gimió y puso los ojos en blanco mientras sus pestañas revoloteaban.

“Entonces lo dejaré como una sorpresa por ahora”. Me incliné y la besé, dominando su boca cuando la llevé al borde otra vez. El sonido de ella gimiendo mi nombre en mi oído mientras se retorció debajo de mí era casi demasiado. “Date la vuelta”.

Me moví de rodillas justo al lado del sofá y la ayudé a arrodillarse. Se inclinó sobre el sofá, dejando suficiente espacio para que su hinchado estómago no se viera afectado.

“Ten cuidado conmigo”. Ella apoyó su mejilla en el sofá y se estiró hacia atrás, cerrando sus manos alrededor de mis muslos mientras yo agarraba mi pene y lo conducía a su humedad. Me incliné sobre ella y presioné mi boca en la parte superior de su espalda.

Una mano en el sofá y la otra ahuecada alrededor de su estómago, la penetré en movimientos largos, masajeando su vagina mientras me movía. Mis testículos estaban tan apretados que me dolían, y aun así no estaba dispuesto a ceder todavía.

“Más duro”, susurró y se levantó un poco, obligándome a retroceder.

“Todo lo que quieras”. Moví mi mano desde su estómago para sostenerla justo debajo de sus pechos.

Con mi mano libre, ahuequé su garganta otra vez y me eché hacia atrás, forzando su cabeza hacia arriba e inclinándola hacia mí para que pudiera besarla y lamer sus labios suaves mientras la follaba duro y rápido desde atrás. El suave movimiento de su culo contra mi estómago hizo que mi pene se hinchara más y mi orgasmo se levantara más rápido.

“Voy a acabar si te sientes tan bien”. La besé de nuevo antes de pasar mi nariz por el costado de su cuello.

“Quiero que acabes. Una y otra vez para mí esta noche”.

Su voz se llenó con el mismo tono dominante que usaba en mí en el quirófano. Cerré los ojos y la abracé, sentándome sobre mis talones y tirando de ella hacia mí para no perder el contacto. “Fóllame, Beatriz”.

“Al fin”. Ella dejó escapar un largo suspiro de alivio y se agarró al borde del sofá para levantarse.

Me agarré con fuerza, perdido en el delicioso aroma de su piel, la calidez de su cuerpo mientras se follaba tan bien en mi pene. Ella acabó otra vez antes de que me uniera a ella, los sonidos y los olores eran demasiado como para poder manejarlos por más tiempo.

“Mierda”, grité y apreté mi agarre sobre ella. Utilicé mi agarre sobre ella para tirarla hacia abajo, empalarla en mi pene mientras rebotaba hacia arriba y hacia abajo, ordeñándome, drenándome de todo lo que tenía para darle.

Estábamos jadeando cuando ella se relajó en mis brazos.

Besé el costado de su cuello mientras mi pene bombeaba dentro de ella en fuertes oleadas una y otra vez. “Eres demasiado para mí. ¿Lo sabes?”

“De ninguna manera. Eres el gran doctor playboy”.

Resoplé. “Sí, bueno, si me tienes, ese tipo está listo para colgar su sombrero y calmarse”.

“¿De Verdad?” Su voz contenía más sorpresa de lo que pensé.

Bajé mi mano hasta su estómago. “Déjame cuidar de este bebé, Bea. No tengo más familia en el mundo. Retrocederé y te dejaré si no quieres ver a dónde puede llegar esto entre nosotros, pero no me lo impidas, ¿de acuerdo?”

Ella se apartó de mí y se volvió, subiéndose a mi regazo y sentándose a horcajadas sobre mí. La posición era increíblemente íntima, incluso más que nuestro sexo. “Debería habértelo dicho, lo siento”.

“Pero no lo hiciste, y está en el pasado”. Deslicé mi mano por su espalda, enamorándome de ella mucho más de lo que creí posible mientras me miraba con preocupación en su hermoso rostro. “Está bien. Simplemente no me lo impidas”.

“Quiero ver dónde podemos llevar nuestra relación”. Ahuecó los lados de mi cara. “No quiero estar sola”. Cerró los ojos y negó con la cabeza, bajando la guardia. “No quiero estar sin ti”.

“Buena chica”. La arrastré hacia abajo y nos volteamos mientras cubría su cuerpo con el mío. “Repasaremos los detalles más adelante. Hagamos la cena y tomemos un largo baño juntos. Nunca he hecho eso antes. Quiero que lo compartamos en familia”.

“¿Cocinar la cena o tomar un baño?” Ella rió, y el mundo parecía un sueño.

¿Cómo diablos habíamos estropeado algo que ambos sabíamos que podía ser tan bueno? No estaba seguro, pero estaba dispuesto a trabajar duro para que no vuelva a suceder.

Me reí. “Tomar un baño, mujer”. La besé antes de levantarme y levantarla conmigo. “¿Necesitamos salir y comprar algo para la cena?”

“No. Tengo pollo. He estado tratando de mejorar mi alimentación para el bebé”. Ella pasó su

mano por su estómago y mi pene se retorció a la vida otra vez.

“Ve a ponerte algo antes de que aproveche lo bien que te ves”. Sonreí y recogí mis pantalones.

“Gracias por venir por mí”. Me buscó mientras el amor llenaba sus ojos. Me derritió como nunca antes lo había hecho.

Envolví mis brazos alrededor de ella y me incliné, besándola suavemente hasta que se entregó por completo. Mi pulso se aceleró y mi corazón se aceleró. Así es como se siente el amor.

Ella se apartó del beso mientras yo pasaba mis manos por su espalda y agarraba su culo, amasándolo bruscamente.

“No vine aquí por ti”. Sonreí. “Vine a buscar pescado fresco para la cena. Estabas en el camino, así que pensé, a la mierda, ¿por qué no pasar a saludar?”

Ella rió y se soltó de mis brazos. “Oh, ¿sí? Bueno, puedes irte ahora. Ve a buscar tu pez”.

“A la mierda. No iré a ningún lado”. Me quedé allí, sosteniendo mis pantalones en mis manos como un truco mientras la veía caminar por el pasillo. Era difícil respirar, y ahora sabía lo que mi padre había sentido por mi madre. Era un sentimiento temerario e imprudente. Me obligaba a bailar al borde del fuego y no pensar en quemarme. No importa lo que pase. Quería intentarlo esta vez con ella.

Quería criar a nuestro hijo juntos y probar esta cosa llamada amor.

La voz de mi padre se hizo eco en mis oídos con los recuerdos del pasado. “*Preferiría cojear por la vida, quebrado, maltratado y destruido por el amor, que bailar sin conocer nunca las profundidades que la pasión puede brindar*”.

Finalmente estuve de acuerdo.

Beatriz y mi hijo lo valían.

El amor valió la pena.

EPÍLOGO

BEATRIZ

Ocho meses después

“¡Puja, mi amor, puja!” Peters se inclinó sobre mí, su voz fuerte y dominante.

“¡Silencio por la mierda!” Le ladré y miré a Jena, mi ginecóloga en el hospital St. Marks de Nueva York. “¡Ya sácalo!”

“¿Ella siempre es así de mandona?”. Ella nos sonrió a ambos y se apoderó de mis rodillas. “Está bien. Probemos esto de nuevo, Beatriz. La cabeza del bebé es bastante grande”.

“Me pregunto porque”. Jadeé ruidosamente y agarré la mano de Peters con todas mis fuerzas. No habíamos querido saber si tendría algo malo hasta que lo tuviéramos en nuestros brazos. No necesitaba el estrés de preocuparme por haber sido egoísta al quererlo. Las palabras de Alonzo rodaron en mi mente mientras cerraba los ojos y pujaba.

“Saldrá perfecto”, susurró Peters en mi oído mientras se aferraba a mí. Era como si conociera mis miedos más profundos, pero claro, los conocía. Los había compartido con él. Compartí todo con él. Era mi mejor amigo, mi compañero, mi amante.

“Eso espero”. Apreté los dientes y pujé con fuerza cuando Jena soltó un grito. “Eso es, Beatriz. Una más. De acuerdo, presiona fuerte por mí y tendremos tu bebé”.

Lo hice y pujé mientras el dolor atravesaba cada parte de mi cuerpo. Me desplomé contra la cama mientras el sonido de un llanto llenaba el aire.

“Es un niño”. Jena se levantó y alzó al pequeño mientras él gritaba y se revolvía.

“Oh Dios mío”. Peters se inclinó sobre mí, sus ojos se llenaron de lágrimas. “Un hijo. Nos diste un niño, mi amor”. Me besó suavemente varias veces mientras sus lágrimas corrían por su rostro.

El momento fue surrealista. Los dos nos necesitábamos, pero también necesitábamos un hijo. Una nueva vida para reemplazar las antiguas que habíamos perdido. Un nuevo conector para reunir a nuestra familia y darnos vida a partir de entonces.

“Venga a cortar el cordón, doctor Peters”. Jena nos sonrió. “Es hermoso”.

“¿Se parece a su papá?” Pregunté y me volví un poco cuando Peters se movió para cortar el cordón. Su voz era suave, cariñosa. Se abrió paso en mi corazón y selló el recuerdo en mi interior para siempre.

“Oye, pequeño hombre. Soy tu papá”. Se volvió y se rió mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. “Se parece a Samuel, Bea”.

Peters se inclinó y besó la cabeza del bebé antes de acercarlo y entregármelo. La pequeña cosa dulce arrullaba cuando lo sostuve en mis brazos y besé su rostro un par de veces. Lloré

suavemente al principio y luego un poco más fuerte.

Jena se acercó y lo quitó de nosotros. “Déjame que lo pese y lo mida. Lo llevaremos a tu sala de recuperación. Buen trabajo, mamá”.

“Gracias”. Giré mi cara hacia Peters y lo alcancé mientras terminaban de limpiarme.

“Está bien mi amor”. Envolvió sus fuertes brazos a mi alrededor y me abrazó fuertemente.

“Nunca pensé que llegaría este día”. Lloré contra la curva de su cuello, sintiéndome tan feliz que estaba teniendo problemas para comprender que esta era mi vida.

“Te mereces este día y un millón más como este, Bea”. Retrocedió un poco y me besó en las mejillas, recogiendo mis lágrimas en sus labios. “Te amo”.

“Yo también te amo”. Lo tiré hacia abajo y lo sostuve con fuerza. Mi vida cambiaría para siempre, y no fue por nada que hubiera hecho para merecerlo.

Todo era gracias al hombre a mi lado que no se dio por vencido.

Él no se dio por vencido conmigo.



“HEY, AMIGO. ¿TE DIJO TU MAMÁ QUE TE VAMOS A NOMBRAR COMO MI PADRE? ¿MMM?” LA VOZ DE Peters era suave mientras caminaba por la habitación del hospital con nuestro hijo apoyado contra su pecho.

Había estado dormitando toda la tarde, con el cuerpo dolorido y la mente destrozada por las emociones. “Así es”, arrulló y besó al bebé unas cuantas veces. “Ethan Jael Petersen. Te ves como un Ethan. Siempre son alborotadores. Le sacarás canas a tu madre cuando crezcas un poco. ¿No es así?”

El bebé hizo algunos sonidos, y no pude evitar sonreír. Me volteé de costado, y Peters me miró con una sonrisa levantando sus labios.

“Oye, bebé. ¿Cómo te sientes?” Se acercó y puso a Ethan en su cama antes de acercarse a mí. “Dame un lugar”.

Sonreí y retrocedí, haciendo espacio para él. “Estoy bien. Estoy realmente agotada”.

“Lo hiciste tan bien”. Se subió a la cama y me acercó a él antes de rodearme con su brazo y besarme un par de veces.

“Me veo terrible, estoy segura”.

“Te ves como mi mujer. Tan caliente y sexy que me estoy poniendo duro en la jodida sala de recuperación”. Él sonrió y se veía como el diablo disfrazado. “No quiero que te maltrates”.

“¿O tendré un castigo?” Levanté la mano y pasé los dedos por el lado de su rostro increíblemente guapo.

“¿Quieres uno?” Pasó su mano por mi costado y me dio una palmadita en el culo. “Allí. Te daré uno bueno una vez que estés sana y lista para comenzar con el próximo bebé”.

“¿Qué? De ninguna manera. Uno es todo lo que necesito”.

“Está bien, pero deberíamos practicar mucho en caso de que cambies de opinión”. Me besó de nuevo entre mis risas.

“Estás loco”. Descansé contra él y cerré los ojos. “Deberíamos habernos casado antes de tener a Ethan”.

“No lo sé, cariño, hubiera sido demasiado para nuestras vidas en ese momento, ¿pero hagámoslo ahora?”

Eché un vistazo al cambio en su tono. Él sonrió y me ofreció un anillo, un enorme diamante que sostenía entre su pulgar e índice.

“Alan”. Me senté, casi tirándolo de la cama. “¿Me estás pidiendo que me case contigo?”

“Estoy tratando de hacerlo”. Él se rió y se sentó conmigo. “Te quiero a mi lado por el resto de mi vida, Bea. Fuiste hecha para mí y pasamos un largo tiempo intentando encontrarnos”.

Sonreí mientras las lágrimas nublaban mi visión. “No quiero a nadie más que a ti”.

“Bien, porque estás atrapada, señora”. Él alcanzó mi mano. “Eso si quieres ser mi esposa”

“¡Sí!”. Bajé la mirada para verlo deslizar el anillo.

Él se acercó a mí, y me envolvió en un fuerte abrazo, tirando de mí hacia la cama. Gruñí de dolor, pero rodé sobre él y lo besé con fuerza. Era todo lo que quería en mi vida, y finalmente ... era mío.

La puerta se abrió, y echamos un vistazo para ver a Agatha, Samuel y Leticia detenerse antes de entrar.

“¿De Verdad?” Samuel negó con la cabeza. “¿No acaba de dar a luz? Dios mío”.

“No me llaman doctor playboy por nada”. Peters se rió junto a todos nosotros. Se giró y me miró, manteniéndose en su lugar. “Te amo, Beatriz Ficher, y lo haré por siempre”.

“Sí, lo harás”. Me incliné y sellé el trato con un beso.

Tenía una familia que me amaba y que me apoyaba, pero faltaban piezas en el rompecabezas, agujeros que me hicieron cuestionarlo todo hasta que llegó Alan.

El amor tenía una forma de vencerme y obligarme a salir a lo desconocido. Y aunque era aterrador, en ese lugar de inseguridad me sentí completa.

El fin...